

# ROL

**⇒**



DEL FORO GWROL



# **ROL**



**De gwrol.nforum.biz**

**CLAY** escrito por Bake  
**CROFT** escrito por Croft  
**NICK** e **INTERMEDIO** escrito por Zeh Roh  
**HENRY** y **CLARA** escrito por Fabianpx

**Idea original creada por Naxo**  
**Revisado por Zeh Roh**  
**Diseñado por Fabianpx**



# ÍNDICE

>Clay: La Ciudad .....	2
>Croft: Iniciar .....	7
>Nick: Entrar en la casa .....	9
>Henry: Anunciar presencia .....	22
>Clay: Matar a Henry .....	28
>Croft: Detener a Clara .....	37
>Nick: Preparar la cena .....	44
>Henry .....	53
>Clara: Doble confrontación .....	58
>Clay: Apagar las luces .....	64
>Croft: Que caiga la sangre .....	69
>Nick: Salvar a Croft .....	72
>Clara: Salida .....	77
>Clay: Nuevo hogar .....	93
>Croft: Abrir la canilla .....	100
>Clara: Recordar .....	107
>Nick: Quebrar los vidrios .....	112
>Croft: Abrir las puertas .....	119
>Nick: Explicar .....	122
>Clara: Revisar el edificio ....	133
>Clay: Encontrar un arma .....	137

>Croft: Conducir .....	143
>Nick: Encontrar a otra persona	146
>Clara: Matar a la bestia .....	151

## Intermedio ..... 162

>Clay: Caer .....	182
>Croft: Hablar .....	191
>Nick: Subir al techo .....	195
>Clara: Revisar abajo .....	201
>Clay: Liquido negro .....	210
>Nick: Conducir .....	217
>Clara: Perder el abrelatas ....	228







---

## >Clay: La Ciudad.

---

Llevaba tres días en la ciudad antes de que todo se desencadenara.

Tres días.

Me frustraba un poco cada vez que lo recordaba. De alguna manera, mi sueño estaba roto.

Había llegado el viernes por la mañana. Aunque mentalmente había llegado un mes o varios meses antes. Deseando estar ahí.

En la Gran Ciudad.

No era tan grande. Era mayor que mi pueblo, pero siempre la había exagerado en mi cabeza. Siempre había sido como la parte de la torta que no podía comer hasta que tuviera edad suficiente. La Ciudad era hogar de las mejores universidades, colegios, servicios y, según algunos, mujeres.

Siempre se veía como algo lejos de mí. Que nunca llegaría. Pero ahí estaba. Aunque fuera un tanto diferente a mi imaginación.

Lo impresionante era que todo se concentraba en la Ciudad. Quiero decir, si no estabas en la Ciudad faltaba

algo en tu vida. Simplemente todo venía desde la Ciudad y todo lo demás quería ir allí.

Ciudad repleta de turistas, nacionales y extranjeros. Locos por la Ciudad. Amantes de la Ciudad.

En la Ciudad, todos eran felices.

Todos.

Allí se encontraba el trabajo de tus sueños, tus mejores amigos, la mejor suerte que jamás ibas a tener, la mujer de tus sueños, el perro más fiel.

Toda necesidad estaba satisfecha en la Ciudad. Eso es lo que creía.

Por todo eso, también me asustaba.

Edificios que atravesaban el cielo; miles y miles de personas. Cámaras en todos lados. Al llegar pensé que lo que tenía la Ciudad no era magia, sino un control absoluto sobre su población. No había delincuencia, pero había droga. Y mucha. Era paradójico. Nunca se había visto que se pudieran separar esas dos palabras. También se separaba “droga” de “violencia”. O de “enfermedad”. O, más precisamente, de “adicción”.

Respecto a eso me mantuve escéptico. Era difícil de tragar. Pero la Ciudad me tenía más de una sorpresa. En realidad, nunca te dejaba de sorprender.

Aparte de su mezcla de control, magia y corrupción, también descubrí que estaba maldita.

El viernes por la mañana llegué al departamento que había comprado. Tenía dieciocho años pero podía manejarlo. El departamento era impecable. Parecía extraído de mis sueños, prácticamente. Igual o mejor que

en mis sueños. Eso era así incluso con el tráfico. Y yo odiaba el tráfico.

Desde que había llegado todo había sido perfecto, aunque me costara creer que drogas pudieran funcionar entre una perfección. Hasta el día había sido perfecto. El sol jamás había brillado de esa manera. Su reflejo pegaba en cada vidrio de los edificios gigantes. Ya empezaba a sentir la magia.

Sentía que podía llamarla la Ciudad de Clay. Encajaba conmigo a la perfección, y yo encajaba con todo. Lamentaba cada segundo que no había pasado en esa ciudad. Respirando su aire, viviendo su ritmo.

Esa tarde acomodé mis cosas en el departamento y me quedé en el balcón, escuchando la melodía de los autos. Era increíble cómo algo tan molesto como los autos se convertían en una orquesta de violines en la Ciudad.

Nunca deje de sonreír. En ningún momento.

Al llegar la noche tuve que conocer el resto de la ciudad. La mejor parte, tal vez.

Jamás me había sentido tan seguro caminando en la calle solo, de noche. Y tampoco había visto tanta venta de droga sin ningún tipo de cuidado. Parecía como si la Ciudad quería que consumieras, que consumieras cualquier cosa, pero que te mantuvieras calmado y sin quejarte.

La misma policía parecía ser cómplice de esta venta. Esa mierda era legal. No importaba qué mierda te querías mandar por las venas; era legal.

Me asusté. No, no me asusté. Mi corazón latió más fuerte por unos momentos, pero solo fue eso. No podía estar asustado; estaba sedado por la misma Ciudad.

Al entrar en un bar, la magia seguía ahí, y no solo la que se inhala. Todo seguía pareciendo perfecto, desde la música a la gente del lugar, los tragos, los precios. Parecía una puta película. Me asusté, pero no me asusté.

Solo faltaba que se sentara la chica más linda de la Ciudad al lado mío, y lo más terrorífico es que paso.

La chica más perfecta que jamás había visto se sentó al lado mío. Realmente estaba pasando. Mi corazón latió fuerte por un buen tiempo. Me asusté, pero no me asusté; y ahora no solo estaba drogado por la Ciudad, sino que también por los ojos delineados de la chica.

Pedí un trago para cada uno y hablamos. La música era ideal, y él bartender bajó el volumen lo suficiente como para que pudiera escuchar lo que ella me decía. Se ponía más terrorífico. Mi corazón seguía queriendo explotar, pero algo me impedía pensar. No podía tomar distancia de mí mismo. Mi terror era aplacado por el encantamiento de la Ciudad, sus ojos, y ahora también su escote.

Pedí otro trago. Ella me besó, y me relajé.

Tal vez la Ciudad era perfecta, y no había nada raro. Tal vez... la perfección no existía, pero no quería pensar en eso.

Me mantuve tranquilo por el resto de la noche, y por el sábado y el domingo. Había algo que me asustaba y me encantaba a la vez. Sentía que todo parecía ser demasiado perfecto, pero no podía evitar disfrutar de eso.

Mi cabeza se mantuvo en un estado que jamás había sentido. No pude dejar de sonreír en ningún momento. Tampoco dejar de pensar en la belleza de la chica del viernes. Esto duró incluso hasta el lunes.

El lunes por la mañana que había soñado por mucho tiempo.

Ese lunes en el que iba a pisar la facultad, lo que me iba a permitir tener un trabajo y vivir de lo que más me gustara. Ese fue el día en que todo se desencadenó.

A pesar de mi ansiedad, sus ojos y su cuerpo seguían ocupando la mitad de mis pensamientos, y la otra mitad era ocupada por la belleza de la Ciudad. Sentía que había un pequeño yo dentro de mí que gritaba algo, pero no importaba. No lo podía escuchar.

-----  
>Croft: Iniciar.  
-----

Había estado corriendo desde la mañana. Casi no podía creer que estuviese recuperando el aliento. Abrí un espacio entre la persiana y miré hacia afuera.

Media hora antes había visto a un hombre ser despedazado... No podía haber estado a más de diez metros de mí. Corría por la mitad de la calle, gritando como un demente. Una de esas cosas le salto por un costado y hundió sus fauces y extremidades en él. La abominación empezó a jugar con su interior, y yo traté de aprovechar y huir. A pesar de que otra de ellas vio mi carrera y empezó a seguirme, pude perderla cuando encontré la casa. Estaba a salvo, aunque ni siquiera podía creerlo.

Los helicópteros habían pasado la tarde anterior, transmitiendo su mensaje. El anuncio comunicaba que teníamos que estar en la zona alta de la ciudad si queríamos ser evacuados. Iba a tener que ponerme en marcha pronto.

No sabía qué eran... Solo esperaba que no pudiesen olerme ahí. De todas maneras, no dudaba que iban a aparecer algunos imbéciles en autos o algo así, haciendo todo el ruido del mundo como el tipo de antes. La gente no salía de su pánico. E iban a terminar muertos como el tipo de antes, solo que también iban a llevarme con ellos.

Ya había perdido mi arma y mi mochila después de que un idiota usara un bate contra mi pierna y tomara mis cosas. Si uno de esos monstruos entraba en la casa, apenas me quedaba la navaja que usaba como llavero... Aparte de eso, la casa debía tener algo de comida. Esas serian todas mis posesiones.

Habían dicho que nos rescatarían el miércoles; eso iba a ser a las seis del día siguiente. Eran la una de la tarde, y solo quería descansar... al menos hasta el día siguiente. Hice una lista en mi cabeza. Tenía que tapar todas las entradas, las puertas y las ventanas, y tenía que juntar la comida. Con un poco de suerte, la bañera iba a andar...

Creía que solo me quedaba desear que todo saliera bien. Fue entonces cuando sentí el primer golpe contra la puerta.

-----  
>Nick: Entrar en la casa.  
-----

Nadie estaba esperándolo. Nadie pudo prepararse, nadie podía prevenir algo así.

Había empezado dos días antes.

El domingo todo había sido normal. Me había encontrado con Jack, nos juntamos a tomar algo y volví a casa un poco borracho. Sabía que no podía presentarme en el trabajo en malas condiciones, así que me había vuelto del bar temprano. Eso había sido todo. Entonces, así como así, al día siguiente se desencadenó todo. Pasó de un momento a otro, como cuando el despertador interrumpe un sueño placido.

Estaba en el quinto piso de las oficinas de Lagorod, haciendo papeleo. Había dejado mi último trabajo por el bien de mis nervios, pero la Ciudad había sabido encomendarme el trabajo que más se ajustaba a lo que necesitaba. Una oficina, un lugar que siempre sería tranquilo. Y pagaba bien; Lagorod era la empresa más importante de la ciudad.

Pero ese día no era tranquilo. Noté que todos se habían puesto de pie y estaban corriendo, alejándose de la

puerta del ascensor. No podía entender que pasaba, pero me levanté también. Todo era un tumulto. Entendía que había una emergencia, pero, ¿qué...? De repente, más gritos. Alguien puso una mano sobre mi hombro. Mi compañero del cubículo de al lado, hablándome por sobre los gritos. Exclamó que buscáramos otro camino... que esas cosas también estaban atrás.

—¿Quiénes están atrás?

Pude ver la respuesta yo mismo. Un grupo de personas cayeron al suelo, y presencié lo que les había saltado encima. Gente deforme, errónea, como vistas en un espejo de circo; con pedazos carnosos sobre el cuerpo y extremidades deformadas; estaban estirados, fundidos o contraídos tanto que ni siquiera parecían personas en ese punto. A una de ellas le faltaba todo el rostro, y su cuello se unía a su hombro como si su piel se hubiera derretido. Otra tenía un brazo excesivamente largo; llegaba hasta el piso y parecía en descomposición, atravesado por un agujero que dejaba ver la oficina del otro lado. Se movían como animales salvajes, rabiosos, y perseguían a la gente con furia. Tiraban mesas y sillas en su camino, y todo el mundo corría. Sin entender aun qué estaba pasando, me di vuelta y empecé a correr hacia la puerta de las escaleras. Concentrado solo en mis pies, empezaron a llegarme más sonidos de mis alrededores... sonidos que venían de afuera del edificio. Gritos. La gente abajo estaba gritando. Por un instante desesperado pensé en quedarme en las oficinas, pensé que abajo solo habría más salvajes. Pero logré entender que ahí íbamos a estar

encerrados. Salté por encima de una mesa y crucé el espacio hacia la salida.

Tomé las escaleras. Noté que alguien me llamaba al celular, pero lo ignoré. Quería ignorarlo todo. No parecía haber nadie en las escaleras, y empecé a bajar... hasta que vi a un hombre que parecía haberse caído en un apuro. Me acerque a él. Estaba boca arriba, sin moverse. Muerto. Lleno de pánico, mi mente llegó a preguntarse si pudo haber muerto solo por un tropiezo, y entonces miré la gran herida en su cuello, y mi mano se empapó con su sangre. Bajé corriendo, solo corriendo hasta llegar abajo y abandonar el edificio.

Justo como había escuchado, las calles estaban peor. Una masa de gente llenaba el camino corriendo, con esas cosas saltando sobre los autos y las personas. Como tigres con piel humana. Saltaban sobre las personas y las despedazaban, como indignados ante los que podían seguir siendo normales... ¿De dónde habían salido? ¿Qué había pasado? No podía entenderlo. Bocinazos de autos, estruendos y más alaridos cubrían la escena y me hacían perder el juicio. ¿Qué hacer? Seguí corriendo. Solo corrí, corrí y corrí, ignorando a las personas muriendo a mí alrededor.

Antes de que me diera cuenta el sol se había escondido. Me había ocultado en una estación de servicio, esperando a que la situación se calmara. Todo fue un frenesí de caos durante las primeras horas, pero las criaturas parecieron calmarse medio día después. Y tomaría un día más para que las autoridades entraran en acción. De repente, mi celular volvió a sonar.

Era Jack. Se encontraba bien. Contesté el servicio de mensajería.

---

JD: nik  
JD: nick  
NS: ¿Jack? ¿Dónde estás?  
JD: en un refugio  
JD: puedes creer lo que paso?  
NS: No. Esas personas... aquellas cosas...  
JD: si  
JD: ya se. no son solo cosas, no pueden serlo  
JD: nick  
JD: tenemos que reunirnos  
NS: Sí.  
JD: siento que todo el mundo se fue al diablo. entraron en mi casa  
NS: ¡¿Qué?!  
JD: si  
JD: pero pude pasar por la estacion  
JD: agarrar algunas cosas  
JD: cosas como armas  
NS: No.  
JD: tengo una para vos  
NS: No. No. Sabes que no puedo... No voy a usarlas.  
JD: vas a morir  
NS: Me parece bien.  
JD: da igual. tambien agarre un arma de mano. eso también sirve.

NS: Cielos. ¿Dónde estás? ¿Dónde podemos encontrarnos?

JD: ya va a anochecer. juntemonos mañana

NS: ¿Qué son...

NS: qué... qué paso?

JD: son criaturas del demonio

NS: ¿De que estas hablando?

JD: esto es un castigo, nick

NS: Jack, estás loco.

JD: no, es obra del señor

NS: No.

JD: de dios.

NS: ¡No! Estás loco.

JD: idiota...

JD: tnego que irme.

---

Y Jack se desconectó.

Él y yo habíamos sido amigos por largo tiempo. Jack trabajaba en la estación de policía, y yo había servido junto a él; no había nadie en quien confiara más. Deseaba que el día siguiente llegara pronto para encontrarnos, aunque lo último que había dicho me preocupaba un poco. Ese día pasó sin más alarmas, sin que ningún desfigurado me encontrara.

Me encontré con Jack al día siguiente. Resulto que el arma de mano a la que se había referido era un hacha; definitivamente no era lo que había esperado.

Fue por esa tarde cuando dieron el anuncio: iban a organizar un rescate en dos días. Iban a llevarse a los

ciudadanos en helicópteros; a todos los que llegaran a la zona norte de la ciudad. Ya sabíamos a donde debíamos ir.

—Creo que entiendo a esas cosas —dijo Jack—. Te persiguen si te les acercas, pero si no, se quedan pastando o algo así. Creo que tienen que olerte.

—Hum. Sobre lo que dijiste antes... —dije.

—Estoy completamente seguro, amigo. Estas cosas vienen de ahí abajo, del infierno.

Me quede mirándolo.

—Creo que... —empecé a decir, pero Jack me interrumpió.

—Estoy completamente seguro. No son de la tierra. Hay una extraña sensación cuando estas cerca de ellos... como un zumbido... que se te mete en la cabeza y te revuelve los pensamientos...

—Basta. Deja de hablar. No quiero que sigamos con este tema.

Jack debía estar fuera de sí. No podía ser cierto. Traté de ignorar la idea, ignorar todo el tema. Era verdad que sentía un malestar en mi estómago desde que todo se había ido a la mierda, y podía ver que Jack también lo sentía. Esto me llenaba de terror, pero no podía entenderlo, y quería dejar de pensar en ello. Seguimos camino sin hablarnos.

Por suerte, él era tan ágil como de costumbre. Comenzamos a movernos para arriba en la ciudad, cruzando los autos sin detenernos, saltando sobre la gente tirada sin mirarla, sin pensar en que eran cuerpos; avanzando como uno. Hacía tiempo que había

dejado la fuerza, pero aun recordaba mis instintos. Cada uno entendía lo que el otro estaba pensando y actuaba acorde.

Pero no pudimos evitar a las criaturas por completo. Estábamos cruzando una esquina cuando se nos apareció una, un hombre anciano. Se paró frente a nosotros y rugió con una boca que sobresalía desde lo que debía ser su cabeza, pero que no era más que un tumor encima de su cuello, una protuberancia sin ojos ni nariz ni orejas. Por lo demás, solo parecía un viejo, que usaba ropas de tela gastada que le quedaban grandes para su talla. Sin esperar a más, Jack le disparó, pero el viejo ni pareció darse cuenta que tenía dos agujeros más. Correteó hasta nosotros, y yo me corrí a un costado y clavé el hacha contra esa boca que tenía. El filo se hundió en su piel, como si se tratara de barro, y me invadió un hormigueo que me hizo temblar. Esa cosa soltaba un pequeño murmullo, como un aaa perezoso... y su mano huesuda se acercó a mí... Hasta que cayó al suelo, muerta, llena de agujeros de balas.

Yo empecé a retroceder mientras Jack buscaba en su mochila para recargar sus tambores.

—¿Todo bien? —me preguntó, sin levantar la mirada. Mi temblor estaba desapareciendo. Miré hacía el anciano. De su cuerpo fluía sangre que parecía negra.

—Sí... sí. Me asusté por un instante, eso fue todo. Vamos...

Jack me miró directamente.

—Ya te lo dije. —Declaró.

—Y yo dije que sigamos.

Continuamos nuestra ruta, y solo la interrumpimos para buscar un lugar donde dormir. Veíamos bastantes personas por las calles, pero todas eran discretas y evitaban mirar al resto. Todo el mundo parecía en guardia o en shock; todos sabían que un movimiento en falso podía matarlos; una criatura podía aparecer en cualquier momento.

Nos metimos en una casa y reposamos ahí. Usamos la comida de adentro para cenar. Todo el mundo estaba moviéndose a la zona norte, y muchas casas estaban vacías.

Durante la cena Jack me conto una historia.

—Todavía no te dije de esto —empezó—, pero yo estaba con un compañero de la fuerza cuando todo empezó.

—¿...Murió?

—Sí. Pero por su propia mano, Nick. “Puedo escucharlos...”

—¿Eh?

—“...Puedo escucharlos”, decía. “Puedo escucharlos arañar, escucharlos tratar de entrar en mi”.

Dejé de masticar y apoyé el tenedor en el plato. ¿Qué estaba diciendo?

—Cuando esa gente monstruosa empezó a aparecer, y la estación estaba llena de llamadas de emergencia, él empezó a hablar así. Y tras eso, cuando no pudo aguantar más, se pegó un tiro.

Hubo un momento de silencio entre nosotros.

—Esto, todo esto, es algo que iba a pasar tarde o temprano. Por voluntad de Él. Es todo lo que estoy diciendo.

Fuimos a dormir en cuartos contiguos, sin hacer más comentarios. Salimos a la mañana siguiente, el último día hasta donde llegaría Jack.

Solo faltaba una hora para su muerte cuando encontramos otra de esas cosas. Saltaba sobre un cadáver, arrancando pedazos de carne de tanto en tanto, como bañándose en la sangre. Lleno de repulsión, Jack apunto hacia la mujer gorda y acabó con ella.

En ese mismo momento, otro apareció por detrás.

Era un hombre de pelo largo. Le faltaba camisa y su estómago se expandía anormalmente, como si fuera a explotar. Eran abominaciones, criaturas demasiado horribles para ser ciertas. Empezamos a correr, el monstruo jadeando como un maniaco tras nosotros, corriendo en cuatro patas. Sabiendo que no podíamos evitarlo por mucho más, crucé miradas con Jack y nos paramos a la vez, mientras tensaba mi brazo con el hacha extendida. La criatura se ensartó mi arma en el cuello y cayó hacia atrás, a lo que Jack abrió fuego. Dejando un charco de sangre bajo él, seguimos camino.

Revisé mi reloj; eran la una de la tarde. Habíamos llegado a la zona alta de la ciudad; solo faltaba esperar. Encontramos una casa en una calle en subida. Tenía dos pisos y parecía sencilla, pero solo queríamos un lugar donde quedarnos. Nos paramos frente a la puerta.

—¿Podes abrirla? —dije.

—Solo hay una forma de saberlo.

Asentí, entendiendo, y golpeé contra la puerta. Para mi sorpresa, la madera vieja crujió y se abrió al momento, haciendo que cayera al suelo del interior de la casa.

—¿Quién mierda son?! —gritó una voz.

Miré hacia arriba, al tiempo que escuchaba a Jack martillando sus armas.

—¡No! —grité, y pude detener a mi amigo.

No había porque disparar. En la casa solo había un hombre normal, agitado con razón. Era un tipo de mediana edad, con una chaqueta gris sobre un camión blanco, y una nariz prominente. Se había agazapado contra una pared, y exhibía una navaja en posición amenazante... aunque no lograba inspirar ningún temor.

—¿Quiénes son? ¿Qué... qué hacen acá? —Preguntó el hombre.

Jack bajó las armas y me miró. Le indiqué con un gesto que todo estaba bien.

—Me llamo Nick. Él es Jack —dije—. Nada más estábamos buscando refugio. Nosotros...

—¿También escucharon el anuncio? ¿El de venir a la zona alta? —Preguntó el tipo.

—Así es —dijo Jack—. Mira, nada más queremos pasar el tiempo acá, eh...

—Croft. Díganme Croft.

—Solamente queremos esperar a que se haga mañana. Como seguramente vos también... vos también...

De repente, Jack cortó sus palabras. Se tomó la garganta, como si hablar le costara, y su voz se hizo un gruñido. Entonces dejó salir un grito. Soltó sus armas y

se tiró al suelo, tomándose la cabeza. Empezó a revolcarse, como si estuviera sufriendo espasmos, mientras su boca dejaba salir gárgaras sin sentido. Croft y yo lo mirábamos impresionados.

Jack se arqueó hacia abajo, y su espinazo se marcó en su espalda como si quisiera salir. Su codo izquierdo empezó a crecer, junto con la piel que lo acompañaba, resultando en un brazo deforme... Comprendí, lleno de horror, que Jack estaba convirtiéndose en una de esas cosas.

—L...Las armas... —dije, casi en un susurro.

—¿Qu...Qué? —Pregunto Croft.

—¡Las armas! ¡Toma sus armas! ¡Tenemos que matarlo! ¡Ya mismo!

Croft me miró alarmado, pero hizo caso y se tiró al suelo por las pistolas. Las tomó, y mientras los balbuceos de Jack se convertían en un murmullo... un murmullo que ya había escuchado antes... Croft apuntó hacia él.

—Es uno de los mutantes... Es uno, ¿cierto?

—Tenes que disparar. Dispara, Croft —dije, jadeando.

La mano de Croft temblaba, pero jaló el gatillo. Jack estaba incorporándose despacio, casi junto a Croft, y recibió el impacto de lleno.

Jack cayó al suelo, y no volvió a moverse. Un charco de sangre empezó a salir de la herida y llenó el suelo.

Ninguno dijo nada por un instante.

—Jesús... —mascullé.

Se me cegó la vista, pero mantuve la compostura. Pude mantenerme en pie. Croft se acercó a mí.

—¿Estas...? Eh... Uy, Dios...

—Estaba equivocado.

—¿Qué?

—Jack estaba equivocado. No son demonios. Está en el aire... lo que esté haciendo esto tiene que estar en el aire.

Croft me miró sin comprender, y estiro sus manos hacia mí. Tenía las pistolas en ellas.

—Son tuyas.

—No. No... no uso pistolas.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Es... es... No importa.

Miré hacia el cadáver de Jack una vez más. No podía correr la mirada.

—Dios mío...

Lamenté la muerte de mi hermano, mientras me preguntaba si cualquiera de nosotros podía convertirse en cualquier momento.

Y por encima de todo, sentí que ninguno iba a sobrevivir hasta el rescate. No había manera de vivir en ese infierno. Pero Croft parecía sensato. Apoyó su mano en mi hombro, y no agregó nada más.



-----  
>Henry: Anunciar presencia.  
-----

El sol del mediodía va a quemarnos la piel y apenas correrá el viento. No va a ser más que un día normal de verano. Caminaremos por la ciudad hacia la zona norte, donde un equipo de rescate va a prometer ir por nosotros. Solo va a haber que aguantar por un día.

Va a haber pasado una hora desde que escuché el primer mensaje por radio y salí de la casa con algunas cosas. Agua y comida. Para defenderme no voy a tener más que un abrelatas. Por suerte, Luis tendrá una pistola.

Él también va a haber oído el mensaje, e ira en la misma dirección que yo, pero manteniendo cierta distancia. No voy a culparlo; las crisis sacan lo peor de todos, y el verdadero altruismo no va a ser más presente que en algunos toques entremedio. De todas formas, ese viaje voy a hacerlo para salir de la ciudad, no para hacer amigos.

La zona norte no estará demasiado lejos de nosotros, así que podremos llegar a pie. Eso va a ser una suerte, pues ninguno de los dos tendrá auto ni sabrá como robar uno.

Aun así, serán cinco horas de camino bajo el sol.

En un momento, Luis se detendrá en mitad de la calle. Cuando me gire a verlo notare que tiene los ojos vidriosos, y está mirando al infinito. Luego caerá al suelo entre convulsiones. No será un ataque epiléptico. No. Estará cambiando. Me alejare de él tan rápido como pueda, antes de que pueda ir por mí.

Pero eso no va a ser una buena idea. Él tenía la pistola.

Me detendré a dos cuadras, en una tienda de ropa, para descansar. Adentro estará fresco y beberé un poco de mi agua para quitarme el calor. Tendré sueño ese día, y apreciaré la idea de dormir en el suelo helado de cerámica. Pero no lo hare. Porque aun tendré que llegar a la zona norte antes de que anochezca, o estaré en problemas.

Saldré de la tienda al cuarto de hora y caminaré a paso rápido. No sabré por donde voy, pero sabré que solo habrán casas y que tendré que estar por ahí.

Avanzaré solo por las calles vacías, viendo en los edificios cómo la gente me observa desde las ventanas. Será en una esquina que me encontrare con uno de esos monstruos de cerca. Me verá con su único ojo; él correrá tras mi carne y yo correré por mi vida. Y aunque la gente va a ver, nadie actuará en mi defensa. Nadie vendrá por mí ni me ayudara. La gente de la Ciudad, ellos que se pensaban buenos samaritanos y que creyeron que nunca ignorarían los gritos de quien esté en peligro. Pero no los culpare, porque seremos iguales.

El monstruo no se cansará, mas yo sí lo hare y será una cuestión de tiempo. Pero una mujer se cruzará en mi camino. Aparecerá en una esquina y aunque la evitaré, ella no podrá evitar al monstruo que me sigue de cerca. Este me dejara en paz y seré libre.

La culpa caerá cuando la adrenalina me abandone. Cada mirada desde las ventanas va a juzgarme y condenarme, pero seguiré mi camino.

Cuando llegué a la intersección en la gran avenida, me encontrare con otra mujer que viaja en la misma dirección que yo.

Entonces caminaremos en la misma dirección, pero no juntos, como con Luis. Durante la primera hora no hablaremos y no nos miraremos. En la vereda habrá un árbol viejo y pequeño, pero duro. Me acercaré a él y me colgaré para sacar una de sus ramas. Cuando la quiebre la mujer se girara a ver. Quitaré las hojas y las otras ramas que tenga y tendré un arma para defenderme. La mujer hará lo mismo y entonces le preguntare su nombre. Empezaremos a hablar, poco a poco. Cosas como el nombre y la edad darán paso a qué haremos si aparecen esas criaturas.

Seguiremos andando y nos defenderemos el uno al otro. Y es que es difícil escapar y dejar al otro atrás cuando han hablado por más de unos momentos. Uno de esos monstruos aparecerá en nuestro camino y los dos estaremos en posición; entonces usaremos las ramas hasta matarlo. Hasta que la amenaza se vea reducida a una pila fracturada de jugo negro. Luego seguiremos nuestro camino.

El sol se empezará a poner. Las sombras de los edificios cubrirán calles enteras, pero el concreto seguirá caliente hasta la noche. Caminando aun, contemplaremos la idea de buscar donde dormir y seguir mañana. Decidiremos seguir un poco más.

Analizaremos a cada monstruo, desde lejos. Ellos nos verán, pero no nos perseguirán si no nos movemos ni hacemos ruido. Tienen mala vista, deduciremos. No estarán por encima de las personas normales. Solo empeorarán con su transformación. Iremos con más calma por las calles, contentos con la idea de que no nos enfrentamos a animales perceptivos.

Seguiremos andando, ahora en silencio. Pero será un silencio cómodo, agradable. Ocasionalmente saldrán algunas preguntas, pero no requerirán más que un sí o que un no. Y luego de una hora dejaremos de ver los altos edificios sobre la ciudad. No faltara mucho para el anochecer, pero alcanzaremos la zona norte. Caminaremos durante varias cuadras más para asegurarnos de estar en el lugar que buscábamos.

Pero oiremos disparos. Miraremos en dirección del lejano sonido, y nos preguntaremos sobre su origen. Pero poco va a importarnos, y va a ser que no nos involucramos. Seguiremos nuestro camino indefinido hasta que uno de esos hombres monstruo vaya a empezar a correr tras nosotros.

No todos serán cortos de vista.

Vamos a prepararnos para pelear, determinados, pero vamos a dudar cuando detrás se aparezca otro monstruo más. Ella me dirá que será mejor correr, pero titubearé.

Serán tan rápidos como nosotros. Aun así, correremos, y no servirá. Solo agravará el problema. Se sumará otra criatura más. Empezaremos a cansarnos y, cuando una cuarta se agregue, concluiremos que escapar no nos servirá de nada.

Superados en número; no tendremos posibilidad de superarlos. Ella hará lo único que podremos hacer en ese momento. Gritar por ayuda.

Nos detendremos y giraremos hacia los monstruos. Con las ramas en la mano, nos preparemos para perder la vida.

Entonces dos personas saldrán de una de las casas, y uno de ellos usará su pistola para matar a tres de las criaturas. Acabaremos con la última y les daremos las gracias. La luna se estará alzando por sobre las casas y por precaución pediremos quedarnos con ellos, prometiendo dejarlos en la mañana si así lo desean. Ellos hablarán durante un momento antes de respondernos con un sí y dejarnos pasar.

Pasaremos sobre una gran mancha de sangre en la alfombra, pero no preguntaremos sobre eso. Ellos serán los únicos en ayudarnos, después de todo.

Ellos nos dirán sus nombres, Croft y Nick. Y preguntarán por los nuestros. Ella dirá su nombre, y yo diré el mío...



-----  
>Clay: Matar a Henry.  
-----

La melodía de la Ciudad se rompió con el crujir de un vidrio. Antes de eso había gritado alguien, pero no lo había notado. Luego, una frenada fuerte de un auto, y justo después más vidrios rotos. Sonó un segundo grito, y este sí lo escuché, y me giré a la izquierda. La calle estaba congestionada, y varios autos habían chocado.

Un choque en la Ciudad; eso era raro. Ya podía escuchar las sirenas acercándose. Llegué a la esquina y vi como la ambulancia doblaba a toda velocidad. Volteé la cabeza, y entre los coches que pasaban pude ver un charco de sangre junto a la fila de autos chocados.

Sangre.

Sacudí mi cabeza y cerré los ojos. Seguí caminando hacia la universidad. Varias personas me chocaron, pero no le di más importancia.

Al llegar a la otra esquina tuve que esperar a que el semáforo cambiara. Otro idiota que venía corriendo chocó conmigo y casi vuelo hacia la calle.

—¡Cuidado, imbécil!

Me acomodé la ropa. Empecé a escuchar la melodía de la ciudad de nuevo. Dejo de ser un Adaggio para ser un

frenético Prestissimo. Escuché otro grito, y otro más. Empecé a escuchar que los pasos de las personas aumentaban su velocidad. Más vidrios rotos, más gritos. Chirridos de metal quebrándose.

No entendía qué estaba pasando. Cerré los ojos.

Los gritos. Los pasos. Los vidrios. Los autos. Aun en completo caos, la Ciudad tenía una melodía.

Entonces un disparo rasgó el ambiente. Por un momento no hubo más pasos, ni vidrios, ni autos.

Abrí los ojos y vi como un hombre que estaba arrodillado se desplomaba frente a mí. La sangre no tardó en volver a manchar la Ciudad. Sus ojos eran blancos, y del ojo derecho le salía un líquido negro. No pude dejar de mirarlo hasta que terminó de morir y cerró los ojos.

Mi corazón se comprimió. Luego de eso empezó a latir descontroladamente, y empecé a correr junto a todo el mundo. Corría sin dirección, en el sentido de la corriente. Quería estar lejos, lejos de la puta Ciudad.

Sin darme cuenta, esa infinidad de gritos y violencia dispusieron el nuevo orden de la Ciudad. Corrí, y corrí, y corrí sin parar, más de lo que aguantaba mi cuerpo. Pero la gente me empujaba y no me dejaban parar.

Quise doblar en una esquina, pero solo logré caerme, y que me pisaran incontables pies. Pareció una eternidad hasta que pude arrastrarme fuera de la corriente humana.

La parte derecha de mi cara estaba raspada y sangrante. Mi camisa blanca era un desastre. Ah, y mi espalda y costillas dolían como la puta madre. Podría tener alguna fisura, también una fractura, pero quién

sabía. Me arrastré hasta un lugar un poco más escondido y seguro. Estaba pegado a la entrada de un edificio. Veía a todo el mundo corriendo, a autos chocando entre su apuro. Ya me estaba acostumbrado. Aunque todavía no tuviera la más puta idea de qué estaba pasando.

Me acerqué a un rincón, donde estaba casi oculto por una planta. Varias personas me vieron sin darme más atención, hasta que una persona si me notó. Tenía un brazo consumido, como si se lo hubieran drenado; solo era huesos recubiertos por piel. Y también tenía ese líquido negro cayendo de uno sus ojos. Empezó acercarse a mí lentamente. Esa cosa no podía ser buena.

—No... No —balbuceé—. Por favor, ¡no!

Empecé a patear el vidrio de la entrada al edificio. Pero no era suficiente. Se empezó a rasgar, pero no llegaría a tiempo.

Entonces llegó un auto a velocidad infernal. Giró hacia mi rincón y chocó contra el edificio de frente. Atropelló al sujeto y destruyó la entrada. Sin perder un segundo, me arrastré hacia adentro. Había muchos cristales en el piso; traté de correrlos como podía, pero era imposible evitar clavarme alguno. Dolían, pero de alguna manera también distraían del dolor en mis costillas y espalda. Llegué hasta el ascensor. El botón estaba muy lejos y, al no poder pararme, tuve que sacarme una zapatilla y tirarla. No tarde mucho; al final escuché el clic del ascensor y la puerta se abrió. Escuché un grito que proveía del auto. No era dolor; parecía rabia. No tenía ninguna intención de saber qué era.

Me metí en el ascensor y traté de apuntar a los pisos de más arriba. Acerté al primer tiro. Piso 9. Era bueno, pero no lo suficiente. Tenía que llegar a la terraza. No fue fácil. Del 9 baje al 4, del 4 al 2. Me tomé unos momentos y me concentré en apuntar a lo más alto. Le di al 8. Al final, la quinta fue la vencida.

Cuando el ascensor se abrió quedaba un último obstáculo; las escaleras.

Después de veinte minutos y un esfuerzo enorme llegue a la puerta, que abrí con otro tiro preciso de mi zapatilla. Me arrastré hasta atrás de un tanque de agua y me dormí al instante.

Desperté de la siesta bastante recuperado. Me pude parar sin mayor esfuerzo, pero caminar no fue tan fácil. Me apoyé en la pared de la terraza.

Mi corazón se comprimió y latió muy despacio.

Eso era la Ciudad. Después de tanto soñarla por tanto tiempo, eso era la realidad que me daba. Una puta masacre.

Era un desastre, y estaba justo en el medio. De lo que fuese que se tratase.

Varios helicópteros sobrevolaron la ciudad. Hacían oír un mensaje; iba a hacerse un rescate dentro de dos días en la zona norte de la Ciudad.

Tendría que ponerme en marcha de inmediato.

Necesitaría medicamentos, antes que todo. Había una farmacia en la calle de enfrente, llegando a la esquina. El sol había bajado, y había menos ruidos en la calle. Esperé hasta asegurarme que todo se había tranquilizado y baje.

En el primer piso seguía estando el auto y los cristales con los que me había cortado.

La puerta del coche estaba abierta, y podían verse huellas que llevaban hacia afuera. Estaban repletas de manchas negras y de sangre.

Fui caminando lo más rápido que pude hacia la farmacia. Busque rápido un puto analgésico, y volví a la calle. Ahora necesitaba agua. Pero era muy peligroso andar por la calle.

Volví al edificio y mire el estado del auto. Parecía en buenas condiciones para haber chocado contra un edificio. Tal vez funcionara.

Y así fue. Puse marcha atrás, y busqué cualquier lado donde pudiera haber agua. Necesitaba tomar esos medicamentos rápido. La manera en la que estaba sentado para evitar tocar la sangre no era muy cómoda, y no le hacía bien a mis costillas. Al final encontré un kiosco. Abrí una de las heladeras y robé una botella de agua mineral. Volví al coche. El sol se empezaba a poner. Tenía que buscar un lugar donde dormir. Decidí seguir hasta la esquina. El motor se paró, pero lo logré volver a poner en funcionamiento. Doble a la izquierda.

El motor se volvió a apagar. Empezó a salir humo del capó. No sabía nada de motores, así que solo podía esperar adentro del auto. Intente varias veces cada cinco minutos. Mientras tanto vi a varios autos pasar, incluso al lado mío, pero no quisieron detenerse.

Aproveché a tomar dos píldoras del analgésico. Solo con el placebo me sentía genial.

Intenté una vez más, pero el motor no respondía. Tal vez el radiador necesitaba agua; era lo único que podía hacer. Ya era de noche. Volví al auto, use la botella y encendí el motor, pero no funciono. Insistí. Casi arrancó. Intente una vez más y funciono.

Decidí volver a casa, aunque eso fuera en el sur.

Dormí bastante bien. Al despertar busqué agua y tome otra doble dosis de mi analgésico. Busqué un poco de comida y la puse en una mochila. No tenía casi nada; recién me había mudado.

Bajé y me subí al auto. La sangre ya estaba seca, así que era inútil limpiarla.

Me detuve dos segundos para pensar cómo llegar al norte. No conocía la ciudad. Avancé hacia donde creía que estaría.

La ciudad estaba plagada de cuerpos; gente tirada por todas partes. Algunos estaban cubiertos por un charco negro. No era nada bonito, pero lo manejé bien. Vi bastante actividad humana. Era perfectamente no hospitalaria, pero la vida seguía; aunque todas las actividades se habían cancelado en pos de alcanzar la evacuación. Ni siquiera nos habían dicho cuál era la razón de la emergencia.

Me di cuenta que iba hacia el norte por la gente; vi a muchos caminando en la misma dirección. Muchos estaban armados, y no solo cuchillos de cocina. Vi a varios con escopetas y rifles. Quizá era fácil conseguirlos en la Ciudad. Vi varias veces como cuando aparecían esas cosas, esa gente monstruosa, lo armados solían ayudar a las demás personas. Aunque más de una vez vi

como usaban sus armas para robar las pertenencias ajenas.

Seguí adelante, manteniendo cierta distancia.

Mi panza empezó a rugir. Tenía que encontrar un lugar donde dormir, y también buscar más comida de la que traía. Al hacer unas cuadras más vi un local de comida y me acerque con el auto. Tal vez tenían alguna puerta abierta en la parte de atrás.

Llegue hasta la vidriera donde se encargaban las comidas por auto. Empecé a buscar alguna puerta o algo; casi me meó en los pantalones cuando el puto parlante habló.

—*¿Qué desea?*

—Un vuelo a Kenia —respondí, sin esperar respuesta. Pensé que se trataba de algún robot.

—*Vendemos hamburguesas.*

—*¿Qué?*

—*Comida, idiota.*

Esos hijos de puta estaban atendiendo en una situación así.

Pero no iba a desaprovechar esta oportunidad. Abrí la guantera del auto, porque en la guantera siempre hay algo que sirve, siempre hay una pistola, o la llave necesaria... o dinero, como en esta ocasión.

Había una billetera. No tenía mucha plata; tal vez unos cincuenta dólares.

—*¿Qué me das por cuarenta y ocho dólares?*

—*Una hamburguesa doble, con refresco y papas comunes.*

—Dije cuarenta y ocho dólares, no ocho.

—*Escuche bien, señor.*

Había sextuplicado los precios... Sabían que necesitábamos comida. Que hijos de puta.

—Dámela, entonces.

Tomé mi comida y les deje su sucio dinero. Comí tranquilo. Tomé un analgésico más.

Se hacía de noche, y tenía que apurarme a encontrar un lugar. Salí de local y me puse en marcha hacia el norte. Ya no había mucha actividad en las calles.

Luego de unas cuadras el indicador de gasolina estaba en rojo. De todas maneras, no me quedaban más que unos kilómetros.

A lo lejos vi a un hombre, uno de los cambiados, persiguiendo a una mujer. Aceleré a fondo y atropellé al hombre, logrando no tocar a la chica. Recibí algunas turbulencias, pero controlé el auto. Me bajé para ver si la chica estaba bien. Parecía que estaba corriendo hacia una casa; entonces, la puerta de esta se abrió, y de adentro salieron dos hombres. Los tipos miraron hacia el cuerpo que atropellé y parecían atónitos. Se miraron y fueron a dedicarse a la chica, que estaba llorando.

De repente, esta me miró. Pensé que la expresión en su rostro iba a ser de agradecimiento, pero parecía enojada. La chica se paró, y se lanzó hacia mí.



-----  
>Croft: Detener a Clara.  
-----

Mi nuevo compañero no había tardado más de cinco minutos en hacerme disparar un arma. Necesitaba algo de tiempo para recuperar mi compostura.

Ya había disparado una antes. Antes de mudarme a la ciudad tenía un amigo con el que iba a practicar, aunque nunca había tenido muy buena puntería.

De todas maneras, a esa distancia no podía fallar. Jack aun no se había convertido del todo, así que cayó muerto luego de un solo disparo.

Traté de devolverle las pistolas a Nick, pero se negó a recibirlas; parecía tener algo contra ellas. Decidí que iba a guardar una por la casa, y movimos el cuerpo del amigo de Nick. Encontramos unas palas en el patio trasero, y tomamos turnos para hacer un hueco en la tierra. Lentamente, en el transcurso de la tarde, cavamos un pozo y sepultamos a Jack en él. Dejé a Nick en el patio. Era claro que todo aquello lo había afectado.

Fui a buscar algo de beber. Antes de que esos dos llegaran había logrado revisar un poco la casa y no tenía nada de comida. Tomé un vaso de agua y revisé las pistolas; resultaba que solo una tenía el cargador

completo. Guardé la otra pistola y la munición en un bolso que encontré en el segundo piso. Una pistola y diecisiete balas debían ser suficientes para pasar la noche.

Ya estaba anocheciendo cuando empezaron a escucharse los gritos. No eran los primeros que había oído, pero mi nuevo compañero parecía tener una actitud distinta a la mía; Nick entró corriendo en el living, su hacha en mano. Salimos a la calle; una pareja estaba siendo perseguida por algunas de esas aberraciones. Estas estaban separadas y eran blancos fáciles, así que dispare a los tres monstruos y la pareja pudo encargarse del restante... usando solo un par de ramas.

Él se llamaba Henry, ella era Clara. Nos dijeron que solo se quedarían por la noche y se irían por la mañana. Nick me miró con duda, como si entonces fuéramos compañeros; por mí hubiera sacado a los tres y estaría tomando mi baño.

Nick y yo entramos a la casa, pero Henry y Clara se quedaron afuera para vigilar si más deformes iban a acercarse por los disparos. Parecía que eran de planear a futuro.

Nos sentamos en el living, junto a la puerta de entrada que apenas habíamos podido reparar. Nick parecía pensativo, y me pregunto si sabía algo sobre lo que estaba pasando. No había duda que la muerte de su amigo le había afectado; pero yo no tenía la menor idea.

—¿Era un buen amigo? —le pregunté.

—Sí —dijo Nick—. Él creía que esas personas eran demonios de la Biblia... pero míralo ahora. Lo que sea que es puede afectarnos a todos en cualquier momento.

—¿Cómo un virus?

—Tal vez. Solo te pido si vez que me pasa eso... Como a Jack. Dispárame antes de que me convierta en algo así.

—Preferiría no hacerlo.

Nick se quedó callado, pensando.

—Es curioso que me dieras las armas —solté—. Hace unos años practique con ellas, aunque nunca me gustaron.

—Pues yo no pienso tocar una y no creo que esos dos sepan usarlas.

—Sí, tenes razón. Voy a ver cómo está arriba —dije, queriendo terminar la búsqueda que había empezado cuando Nick llegó a la casa.

En la primera planta estaba la cocina y un baño; el tercer cuarto estaba lleno de ropa sucia y detergentes. En el segundo piso había un cuarto con cama doble, una oficina y dos espacios sin amueblar. Había tenido suerte de que Nick me diera su arma; ahí no iba a encontrar nada.

Una cama y un sillón abajo... Suponiendo que Henry y Clara dormirían en la cama, tendría que discutir con Nick sobre quien iba a terminar en el suelo. Estaba por preguntárselo cuando volvieron a sonar ruidos afuera.

Escuchamos las voces de Clara y Henry, y sonaban alterados. Nick me miró preocupado, y creí reconocer el

sonido. Corrimos afuera cuando escuchamos un estruendo y el ruido de un carro frenando.

Al salir vimos a Clara arrodillada en medio de la calle. Parecía fuera de sí, al borde de las lágrimas. Unos metros más adelante Henry yacía en un charco de sangre, y en una posición nada saludable. Aun más adelante estaba el auto que había hecho los sonidos. Un tipo se estaba bajando de él. Nick corrió a ver como estaba Clara, y yo apunte mi arma hacia el hombre.

—¿Esta muerto el tipo ese? —Dijo, mirándome—. Era uno de esos locos, ¿no? Quería ayudar —El hombre empezó a acercarse hacia nosotros, viéndose inocente. Relajé mis manos; no había necesidad de dispararle. Nick trataba de calmar a Clara. Lo miré y él asintió; solo ver a Henry confirmaba la historia del nuevo. El cuerpo de Henry se había deformado, se veía cambiado; ya no era el de antes.

—Eh, ¿estás bien? —le pregunté. Tenía sangre seca en la camisa y los pantalones, y varias heridas en el rostro.

El nuevo iba a responderme cuando Clara masculló algo, se levantó del suelo y corrió hacia el sujeto.

—¡No! —gritó Nick.

Clara cayó al suelo, y Nick corrió a ayudarla. El tipo me miraba asustado, y solo ahí note que había disparado el arma. Dejé que la pistola cayera al suelo y corrí a ayudar a Clara; le había dado en el brazo y estaba sangrando.

—¿¡Por qué hiciste eso!?! —me gritaba Nick. El sujeto corrió a ayudarnos y llevamos a Clara adentro. Nick me miraba molesto mientras el nuevo estaba confundido.

El nuevo se llamaba Clay. Le explique que habia sido un accidente, y sali a recuperar la pistola.

La herida en Clara solo fue superficial; pasó rozando la piel y solo la arranco un poco. Solo un poquito.

—¡Idiota! —gritaba Clara mientras Nick trataba de limpiar la herida con vendas y alcohol de la cocina.

Clara se calmó después de quince minutos de insultos. No sé si es que acepto mis disculpas o los analgésicos que Clay trajo de su carro también eran calmantes, pero en fin. Clay nos contó como termino ahí, y Nick trato de explicarle a Clara que lo mismo le había pasado a su amigo, Jack, mientras todos nos conocíamos un poco más.

Eran las ocho de la noche. Todos teníamos hambre y había que comer algo. Puse sábanas y bolsas en las ventanas para que no saliera la luz. No sabía si eso serviría de algo, pero no perdía nada con intentarlo. Nick estaba molesto por el pequeño incidente con la pistola, pero no más que Clara. Ella quería apuñalarme, claramente. Y Clay, con toda su sangre y heridas, parecía haber sido el atropellado. Habían pasado menos de doce horas desde que había llegado a esa casa y ya habían muerto dos. Faltaban veinte más para que llegara el supuesto rescate.

No me quedaban muchas balas, así que le di la otra pistola a Clay. Nick tenía su hacha, y prefería que Clara no tuviera un arma hasta que se calmara. Debíamos tener suficiente para aguantar por un día... Si no nos convertíamos todos en esas cosas antes de que saliera el sol.

—Te dije que no era bueno con las pistolas, Nick —le dije.



-----  
>Nick: Preparar la cena.  
-----

Jack estaba muerto. Se había ido. Croft y yo le dimos sepultura y permitimos que descansara en paz.

Croft me dejó junto a la tumba mientras él entraba. Fue gracias a Jack que había sobrevivido... Ahora le debía seguir hasta el final. No podía morir.

Entré a la casa y revisé lo que eran sus pertenencias. Sus armas, su celular. Mire las pistolas, y truculentos recuerdos de mis tiempos en la fuerza me vinieron a la cabeza. Los borré de mi mente y tomé el celular para mí. También tomé su vieja gorra; me la puse. Me sentí un poco más protegido.

El día siguió su curso. Miraba hacia afuera frenéticamente, acosado por la idea de que algo aparecería en cualquier momento. Todo orden se había ido... la seguridad de la rutina había desaparecido. Temía que pudiera convertirme en una criatura babeante en cualquier momento; le había pasado a Jack, podía pasarme a mí. O a Croft. No sabía si eran un acto del demonio o un efecto químico, pero los efectos eran ineludibles.

Croft y yo no nos dijimos nada. Eran tiempos difíciles, y no buscábamos ser amigos. Solo queríamos aguantar un día más.

Por la noche llegaron dos personas más. Había anochecido temprano, cuando los vimos por la calle; eran un hombre y una mujer, perseguidos por cuatro de esas cosas. Croft bajo a tres con las armas de Jack, y ellos pudieron ocuparse del cuarto.

Llegaron hasta la casa y nos agradecieron.

—Gracias. En serio. ¿Podemos quedarnos acá? Solo queremos pasar la noche... estoy seguro de que todos escucharon el anuncio oficial... —Dijo el hombre, Henry. La mujer se llamaba Ella Clara.

Miré hacia Croft. Sabía que se sentía invadido, y que más gente significaba más problemas potenciales. Pero aceptamos; no podíamos dejar a alguien en la calle así.

Hacerlo fue un error. Un par de horas después, sucedió de nuevo. Estaba charlando con Croft cuando Henry comenzó a gritar. Los gritos se volvieron guturales, como a dos voces, y oímos que se acercaba un auto. Croft y yo bajamos tan rápido como pudimos, pero no sirvió de nada. Henry se había convertido, y había empezado a perseguir a Clara por la calle. Pero un auto se cruzó en el medio y lo aplastó. Pronto sabríamos que esta acción fue intencional: el conductor buscaba salvar a Clara. Por lo pronto, la situación era confusa. Todo paso muy rápido. Clara se volvió histérica y trato de atacar al conductor. Croft disparó, rozándole el brazo a Clara. Sangre empezó a surgir. El conductor salió del auto y se veía herido y golpeado.

Entramos todos en la casa, donde me puse a vendar la herida de Clara, y ella logró calmarse tras unos minutos. No lloró por la muerte de su compañero; en sus ojos solo veía furia. Tuve un escalofrío mientras revisaba como les iba al resto.

Croft estaba hablando con el conductor. Este dijo llamarse Clay, y también estaba dirigiéndose a la zona alta por la evacuación. Me pareció un tipo razonable, pero estaba muy golpeado. No me extrañaba. Esos espantos, esos animales estaban por todas las calles.

Eran gente... la gente se trastornó a la vez y en todos lados. Empezó en un solo momento, y por doquier. Nadie pudo prepararse. Tenía sentido que Clay se viera así.

Se hicieron las ocho y cayó la noche. Croft prendió luces y tapó las ventanas. No quería atraer nada, dijo.

—Son como personas atrofiadas —dijo Clara.

—¿Eh? —Pregunto Croft.

—Esas cosas... tienen mala vista. No te preocupes por la luz. —Croft bufó.

—No me preocupo solo por ellas —terminó, y tapó otra ventana.

Era el final del día, y Croft me pidió que me ocupara de la comida. Revisé lo que teníamos; solo Clara había traído algo. Tenía una mochila que había pertenecido a Henry. Adentro había galletas, agua y fideos. Iba a servir. Y había algo más: un abrelatas. Me pareció previsor de parte de Henry, aunque en realidad no había ninguna lata en la mochila. Era uno multifunción, con sacacorchos incluido. Parecía afilado. Me pregunte si

podía tener alguna otra función, cuando Clara apareció y me sacó la mochila de las manos.

—La próxima vez pregunta, ¿no? —me recriminó.

—Eh...

Se dio vuelta y salió de la cocina. Me dio un mal presentimiento.

Por el momento, lo importante era que había llegado a sacar unos fideos.

Los preparé, y todos comimos en la mesa juntos. Una comida fría y silenciosa.

Mientras comía, note que Clay tenía una de las pistolas de Jack. Decidí hablarle a Croft sobre eso luego.

Había que decidir cómo dormir. Solo había una cama, por lo que propuse que todos durmiéramos en el suelo en el mismo cuarto, de forma que pudiéramos ayudarnos si pasaba algo.

—No sé si es tan buena idea —dijo Clay. Los nuevos no parecían apoyar la idea de estar cerca de nosotros, relativos desconocidos.

—En realidad... tiene razón —dijo Croft, quien creí que estaría de mi lado.

—¿Qué? —Pregunté—. ¿Por qué?

—¿Por qué crees? —Dijo Clara—. No voy a dormir cerca de ustedes y que se conviertan por la noche. Nunca tuvimos que venir acá...

Su voz flaqueó en esa última frase, y noté que sus ojos estaban vidriosos. No dijo nada más, y subió al segundo piso, donde tomó la cama matrimonial como suya. No me quejé; sabía lo que estaba sintiendo. No sabía que tan apegada estaba a Henry, pero ser perseguido por tu

compañero y que luego te dispares no podía ser agradable. Además, no tenía fuerzas para enojarme con nadie.

Aunque Croft era una excepción. Me gire hacia él.

—Buen trabajo —le dije, refiriéndome a como había alterado a Clara.

—¡Hey! —se quejó—. Fue un accidente.

—Quizá me equivoque al darte decisión sobre esas armas. ¿Encima le diste una a Clay?

Clay nos miraba mientras hablábamos, algo incómodo.

—No podía dejarlo desarmado —dijo Croft, y me palmeé la cara.

—...Da igual. Entonces, ¿qué hacemos? —Pregunte, mirándolos—. ¿Nosotros sí dormimos en el piso?

—La verdad, Nick... ella tenía algo de razón —dijo Clay—. Yo voy a uno de los cuartos vacíos de arriba, si no te importa.

Entonces subió arriba y se fue.

Pude ver la misma mirada en Croft, por lo que entendí el mensaje y subí arriba también.

Hicimos camas con las frazadas de más que habían en el cuarto matrimonial y nos acostamos cada uno en cuarto distinto. Me senté contra la pared; sabía que no iba a poder dormir, y sospechaba que los otros tampoco. Además, no quería hacerlo. Cualquier cosa podría pasar durante la noche; preferí estar alerta.

Y la precaución cumplió. Llevaba una hora, quizá menos durmiendo. Todo estaba en oscuridad. De alguna manera, ninguna luz venía del exterior.

El silencio era absoluto... no podía distinguir nada fuera de mi cuarto desamueblado. La quietud se destruyó en un instante: el sonido de vidrios quebrándose me levanto enseguida. Tomé mi gorra y el hacha.

Salí al pasillo a la vez que oía un grito. Me encontré con el horror: una silueta negra cubría el camino.

La aparición amorfa parecía una persona, pero era más una masa oscura, con varios brazos y varias piernas sobresaliendo de los lados. ¿Cuántos eran? ¿Qué era eso?

Parecía más grande que las otras personas deformadas que había visto. Soltó una especie de rugido sordo, un ruido que me ponía los pelos de punta y electrizaba todo el ambiente. Clay y Croft también habían salido; todos estábamos paralizados en las puertas de los cuartos. Clara, al final del pasillo, chillaba ante el monstruo. Esta había saltado por la ventana que daba al piso de arriba, y parecía colgado a la pared con sus varias piernas.

—¿...Qué mierda es esto? No es una persona —dijo Croft.

No, debían ser varias; recordé cuando mi mano pareció hundirse en una de esas cosas. Eso debían ser varias personas, chupadas en una masa que ya no recordaba a la humanidad. Agradecí el hecho de que no pudiera diferenciar sus rasgos en la oscuridad de la noche. Solo sus ojos brillaban, diminutos puntos blancos entre las extremidades en continuo movimiento.

—Hay que matarla —susurré.

Pude ver como Clay asentía. El monstruo saltó hacia mí a la vez que le lanzaba mi hacha a Clay. Me agaché, y

la bestia me paso por encima mientras me deslizaba por el cuarto. Clay se movió para adelante y atrapó el hacha como si hubiera nacido para eso. Le lanzó su pistola a Croft, que la tomó en el aire y se puso frente a Clara.

—Y-Y-Yo... —balbuceó ella.

La criatura cayó al suelo, su objetivo evadido; se dio vuelta furiosa, medio subida a las paredes. Clay ya estaba frente a ella, y le dio con el hacha entre los varios ojos. El rugido se volvió agudo, y tuve que taparme los oídos con las manos. Clay casi dejó caer el arma; un instante que el monstruo aprovechó para atraparlo con sus manos flacuchas. Clay gritó.

Entonces Croft se adelantó y apunto las pistolas. Disparó dos veces, dio a las manos y lleno las paredes de sangre negra. La bestia retrocedió con un bufido. Parecía enojada. Los tres nos pusimos en guardia. Clay me pasó el hacha y se disponía a recuperar su pistola, pero Clara apareció de pronto, y se la arrebató.

—Hijo de puta —le susurró al monstruo.

Empezó a dispararle. En la negrura, la sangre del ser se mezclaba con su cuerpo. El monstruo se removió, pero no caía. Dio otro paso atrás, e intuí lo que iba a hacer, un segundo muy tarde.

Arremetió contra nosotros, tirándonos a un lado y haciéndonos perder las armas. Todos gritamos en el choque. Quedamos separados en la habitación, yo con Clara y Clay con Croft. El monstruo se giró hacia nosotros, con las armas tras él. Croft podía alcanzarlas si saltaba... Solo teníamos que distraer a la criatura un

momento, pero hacerlo sin armas... Maldije que las ramas de Clara estuvieran abajo.

Entonces, Clara sacó el abrelatas.

—¿Qué hacías con eso? —pregunte en voz alta. Con las miradas resentidas que había hecho hacía Croft, había temido que pretendiera lastimarlo a lo largo de todo el día, y ahora resultaba que llevaba ese abrelatas afilado con ella...

Clara agazapó la cabeza, pero no respondió.

La masa de brazos y piernas nos miró a los ojos...



-----  
>Henry.  
-----

Una noche de verano, hay una muerte.

Una noche de verano, nadie logra dormir.

Una noche de verano, todos pierden la vida.

Croft y Nick explorarán la casa, puesto que ellos no habrán llegado mucho antes que yo y Clara. Nosotros nos quedaremos afuera, montando guardia. Luego de un día de caminar por la ciudad, los pies van a dolernos bastante, pero al menos ya estaremos en la zona norte.

Solo tendremos que esperar.

Miraré por la ventana hacia las luces de la calle, y una de las criaturas pasara entre ellas. Solo alcanzaré a ver una silueta, pero notaré que es más grande de lo normal. Luego, esta silueta volverá para atacarnos. Pero sabré que hacer.

—Henry... —dirá Ella, preocupada.

—¿Qué pasa? —diré, levantando la cabeza.

—Tenes un poco de esa cosa negra en el brazo. —responderá, señalando hacia mí.

No voy a preocuparme. Sé que es inofensiva en la piel. Pero cuando me pasé la mano para limpiarla, sentí un dolor en la palma.

Tenía una pequeña herida. Una astilla de la rama que se me había enterrado. El líquido negro la cubrió rápidamente.

Mierda.

Ese no era un sueño.

Entonces iba a morir. No debía suceder así...

Corrí al baño a lavarme la herida y me eché alcohol, pero ya era tarde. El ardor del líquido negro continuaba; ahora más adentro.

Ella se paró en la puerta, asustada. Cuando la miré, pareció entender.

—¿Te vas a...?

—Sí...

El dolor se expandía por mi mano, poco a poco. Ella se fue corriendo al living. Salí del baño para seguirla, y cuando la vi tenía su rama en la mano.

—Henry, por favor, ándate ahora. No quiero tener que matarte —dijo, sujetando la rama con fuerza.

—No puedo. Ella, tengo que decirte algo importante.

—¿Qué? ¿Qué es? —exclamó Clara, agresiva.

—Debo tener cinco minutos, más o menos. Voy a tratar de hacerlo rápido.

Ella no bajó la rama, y respiraba pesadamente.

—Todos ustedes se van a morir, mañana. Antes de que llegue el rescate.

Ella se quedó mirándome con incredulidad.

—Yo sueño con el futuro —dije.

Clara corrió hacia mí y empezó a golpearme con la rama, llevándome hacia la puerta.

—¡Andate! ¡Ya te volviste loco!

—Mierda, por eso no quería decirles —mascullé, y logré atrapar la rama con mi mano herida—. Te estoy diciendo la verdad. Puedo probarlo.

—¡Ya andate de una vez! —gritó Clara, mientras seguía empujándome con la rama hacia la puerta.

—Esta noche... va a entrar a la casa un monstruo diferente a los demás... por la ventana del segundo piso —sujeté la rama con más fuerza y Clara ya no pudo empujarme, y continúe hablando—. Va a ser como varios de ellos en uno solo. Mañana en la mañana vamos a encontrarnos con un tipo llamado Clay, acompañado de otro llamado Anthony. Al medio día, este líquido negro va a aparecer en el agua. Anthony va a tomarla y se va a transformar. Por la tarde, el equipo de rescate no va a aparecer. Los helicópteros no van a venir nunca, y vamos a terminar muriendo al infectarnos. —Ella me miraba, escuchándome pero sin cambiar su expresión. Tenía que decir algo más—. Tu madre y tus dos hermanos menores se transformaron esta mañana y trataron de matarte. Eso me lo ibas a decir mañana.

Ella se detuvo. No me había querido hablar de eso cuando caminábamos hacia acá. Nunca me lo había dicho. Pero me lo iba a decir al día siguiente, cuando le preguntara por qué estaba triste. Aunque fuera doloroso, mencionárselo era lo único que podía hacer para lograr que me escuchara.

Ella retrocedió unos pasos.

—Todos se van a morir mañana —repetí.

Ella permanecía callada.

—En cada semana hay un día en el que sueño con los eventos que van a ocurrir en la semana siguiente. Es así desde que llegue a la ciudad. Siempre están en lo correcto, hasta en el más mínimo detalle. Cuando me despierto, anoto todo lo que vi para poder anticiparme.

Sentía el dolor en las venas de mi brazo. Se estaba expandiendo.

Ambos permanecemos en silencio.

—No puede ser... No tiene sentido —dijo Ella.

—Es la verdad.

—No... Estas mintiendo. Si fuera así habrías visto todo esto. Te habrías ido de la ciudad.

—Me quede para salvarlos.

—Somos unos extraños para vos.

—Mañana no lo serian. Por eso lo hice. No quería que murieran, pero no había otra forma. No tenía como contactarme, y aunque pudiera, no me habrían creído.

—Pero, entonces, ¿por qué te infectaste? Si podes ver el futuro, ¿por qué no evitaste tu muerte?

—Porque en cuanto cambia algo ya no puedo saber lo que va a suceder. Cuando nos atacó ese primer monstruo, sabía que me iba a golpear con fuerza. Y por predecir el movimiento y atacarlo de otra forma, me enterré una astilla en la mano. Ese fue mi error, y de haberlo sabido habría recibido el golpe. No quería decirles de esto para evitar cualquier variable impredecible, pero ahora no tengo otra opción.

Sentía el dolor llegando a mi corazón. Solo tenía algunos segundos.

Clara no sabía que decir.

—Tenes que hacerlo vos, ahora. Salvarlos. En mi mochila esta mi cuaderno, con las anotaciones. Tiene escrito todo lo que debía haber sucedido. También tiene información importante sobre la gente trastornada. Cosas de las que nos enteramos mañana y cosas que nos enteramos hasta cuatro días después, que es cuando termina la semana que vi.

Clara solo me miraba.

—Todo lo que tengo en la mochila va a serles útil... El abrelatas, la comida, la botella con agua limpia...

—Estás loco, Henry. Andate de acá ahora... —dijo Clara, mientras volvía a levantar su rama.

—Pero si te demostré...

—Seguro lo mencione en el camino acá y ya me olvide. Salí de acá, Henry. No quiero escuchar nada más...

El dolor seguía haciéndose más grande. Empezó a subir. Y llegó a mi cabeza.

-----  
>Clara: Doble confrontación.  
-----

La bestia nos miró a los ojos. A mí y a Nick a la vez. Y seguramente a Croft y a Clay también. Tenía más de dos ojos. Podía verlo todo al mismo tiempo.

Alcanzaba a distinguir cada una de sus partes con la poca luz que llegaba de la calle. Podía distinguir sus ojos, sus brazos, sus pies, sus bocas, sus oídos, sus cabellos distintos y sus heridas.

Tome el abrelatas que había traído Henry. Tuvo razón. Tuvo razón todo ese tiempo. Había predicho a ese monstruo.

Pero eso no me ayudaba en nada entonces. Entonces Henry estaba muerto. Quizá solo salíamos vivos de esa con su ayuda.

Aun así, él había dicho que el abrelatas era importante. Entonces, no podía hacer más que tirarme a la suerte.

Me lancé sobre la bestia, y esta me atacó a mí. Logré enterrar el abrelatas en uno de sus ojos, y esta me golpeó a la vez que chillaba de dolor. Caí al suelo con fuerza y oí varios disparos. Me levante rápido y, cuando los tiros cesaron, me acerqué a la bestia y le saque el abrelatas que había quedado enterrado en su ojo. Entonces lo volví

a enterrar en otro de los ojos, y Clay volvió a atacarlo con el hacha.

—¡A los ojos, Clay!—grité. Si no podíamos matarla rápido, al menos podíamos dejarla ciega y escapar.

No duramos mucho. La bestia nos golpeó a los dos casi de inmediato. Me apoyé contra la pared y entonces note que Nick no estaba. ¿Nos había abandonado? *Ah, excelente.*

La bestia fue contra Clay, pero apenas me acerqué se giró hacia mí. Abrí la puerta que tenía cerca de mí y me cubrí detrás. La criatura la golpeo y luego volvió a moverse, seguramente hacia Clay. No íbamos a poder darle si seguía así.

Salí y arremetí con el abrelatas una vez más. Esta vez no pude ni acercarme esta vez; la mole se giró y casi me golpea.

Escuché pasos en la escalera; cuando mire, se trataba de Nick, con una de las ramas en una mano y una botella en la otra. Usó la rama, y trato de... empalar a la bestia. No funcionó. La bestia atrapó la rama con las manos y se la arrebató.

—¡Bien hecho! Ahora esta armada—le dije, a la vez que la bestia volvía a por mí con la rama en mano.

Me escondí tras la puerta una vez más. En eso, Nick destapó la botella y le lanzó algo a la bestia. Esta volvió a gritar, y fue tras Nick. Clay empezó a machacarla desde atrás y Nick siguió salpicando con lo que fuera que tenía la botella. Con el abrelatas, volví a apuntar a los ojos, y Croft le empezó a dar con el mango de la pistola. La

criatura golpeó a Nick y luego a Croft, pero seguimos sobre ella con todo lo que teníamos.

Al final, el monstruo cayó al suelo. Y luego de unos momentos en que insistimos, dejo de moverse. Nick nos dijo que abriéramos las ventanas y nos alejáramos. Le había lanzado ácido muriático.

Una vez abajo, encendimos las luces.

—Uh, bueno, eso fue... —musitó Nick.

—Si viene otra igual, estamos muertos. —Dijo Clay.

—Me queda una sola bala —dijo Croft.

—...Estamos jodidos. —Suspiró Clay.

—Em, Clara —me dijo Nick, mirándome—. ¿Qué hacías con el abrelatas?

—¿Eh? —dije—. ¿A qué te referis?

—A por qué andabas con el abrelatas. No hay latas para abrir acá...

—Pues... no tenía nada más para defenderme —me levanté de hombros. Era mentira. Era porque había empezado a creer lo que había dicho Henry cuando el hombre que lo atropelló dijo llamarse Clay. Henry me dijo que lo íbamos a encontrar mañana, junto a otro tipo más, pero aun así...

—Ah —dijo Nick, pareciendo creerme. Era mejor así. Henry dijo que el solo decirnos sobre ello iba a afectar el futuro. ¿Quizá sería mejor no decirles nada?

No, debíamos prepararnos. Debía decirles sobre las predicciones de Henry. Pero primero debía ver su cuaderno. Si se los decía de la nada no iban a creerme, como yo con Henry. Posiblemente hasta fueran a tratarme de loca, luego de lo que paso cuando llego Clay.

—Supongo que habrá que sacar el cuerpo —dijo Croft.

—Está cubierto de esa cosa negra —dijo Clay—. Ni loco voy a meter las manos ahí.

—Hay que hacerlo, no podemos dejarlo ahí. Seguro empieza a oler mal.

—Entonces mejor cambiémonos de casa.

—Lo lamento, Clay, pero me niego siquiera a abrir la puerta —dijo Nick—. No de noche, al menos.

—¿Qué te hace pensar que son nocturnos? —preguntó Clay.

—Ese multicaáver que hay en el segundo piso. Dudo que hayamos tenido la suerte de toparnos con el único monstruo múltiple en la ciudad.

—Podemos cubrirnos la manos con algo... —propuso Croft.

—No va a pasar nada. Ese líquido negro es inofensivo para la piel —dije.

—¿Cómo sabes? —dijo Clay.

—Henry me lo dijo.

—Em... Clara, no sé cómo decirte esto, pero como que Henry se murió. No sé si te enteraste.

—No se transformó porque tocó la cosa negra. Se transformó porque tenía una herida abierta en la mano y le cayó líquido negro ahí.

—¿Estás segura? —Clay me miró de soslayo.

—Estuve ahí, genio. Revisense en busca de heridas. Cuidense de cualquier cosa pequeña como una astilla enterrada.

Croft, Nick y Clay se comenzaron a revisar los brazos, y luego los pies. Yo también hice lo mismo. Solo tenía la herida del disparo, pero estaba vendada y cubierta.

—Nada —dijo Clay.

—Nada —repitió Nick.

—Tampoco nada —terminó Croft—. Busquemos bolsas plásticas y saquemos el cuerpo de ahí.

En la cocina tomamos varias bolsas y nos las pusimos en las manos. El líquido era inofensivo, pero tampoco queríamos mancharnos. Subimos y empezamos a sacar el cuerpo.

—Dios, es peor a la luz —gruñó Nick.

Lo dejamos caer por las escaleras, y una vez abajo lo arrastramos hasta la calle. Entramos rápido, antes de que viniera otra criatura.

—¿Creen que aguantemos hasta mañana? —dijo Nick.

*Según Henry va a ser así, pero ahora...*

—No si no hacemos nada —dijo Croft—. Vamos al garaje a buscar tablas y cubramos todas las ventanas. Mañana vamos a salir a buscar armas.

—Podríamos hacerlo ahora. Está claro que esta noche no vamos a dormir —dijo Clay—. Bien podríamos hacer guardia con algo para defendernos.

—Como dije, no me gusta la idea de salir ahora —dijo Nick.

—Si entra otro nos va a matar —respondió Clay.

—Si hay otro afuera nos va a matar.

Henry había dicho que había visto cosas sobre los monstruos. Lo tenía todo escrito en su cuaderno. ¿Quizá había escrito sobre si esas bestias eran nocturnas?

—Dejen de perder el tiempo peleando y hagamos una cosa a la vez, ¿bien? Luego nos preocupamos de eso — dije. Nick y Clay me miraron con cara fea, pero partimos los cuatro al garaje. Había algunas tablas, un martillo y varios clavos. Tomamos todo, junto con varias piedras y nos pusimos a trabajar. Excepto por Croft, que se ofreció a limpiar las manchas que había dejado el monstruo.

Las paredes del segundo piso eran de madera, así que sería fácil. Pero para las ventanas del primer piso íbamos a tener que tapar con muebles o algo, ya que todo era de concreto.

Me lleve la mochila de Henry a la habitación. Era algo pesada. ¿Había cargado con eso durante todo el camino?

Martillee tan rápido como pude, cubriendo la ventana en solo diez minutos. Apenas terminé, dejé todo en el suelo y abrí la mochila. Entre la comida y el agua, había un cuaderno con una simple tapa amarilla y azul al reverso. Cuando lo abrí, creo que maldije a Henry unas diez veces.

Escribía pequeño.

Esto iba a tomarme tiempo...

-----  
>Clay: Apagar las luces.  
-----

Me reí pensando en cuantos analgésicos había tomado. Había perdido la cuenta. Tomaba dosis dobles en intervalos irregulares. Pero, mierda, lo necesitaba. Más en un momento así. Miré el paquete.

Treinta comprimidos.

Busqué un vaso, y agua. Creía que había tomado seis en menos de ocho horas.

Pero no importaba.

Ahora rogaba que el analgésico estuviera compuesto un cincuenta por ciento de clonazepam.

Un poco de estabilidad para mi realidad no estaría nada mal. Pero no era así.

De ser fumador hubiera deseado diez atados; de ser alcohólico hubiera deseado tres botellas del whisky más caro del planeta. De ser adicto a la heroína hubiera deseado mil jeringas para mis brazos. Pero no era esas cosas. No había manera de calmar mi mente. La Ciudad, mi única adicción, me había traicionado.

Pensé en tomar todavía más analgésicos, pero razoné que no tendría sentido. Aunque lo consideré tres, tal vez cuatro veces más.

Golpeé la pared hasta que mis nudillos empezaron a sangrar. Vi la sangre deslizarse por mi mano. Una gota cayó al piso. Un miedo irracional a morir y cambiar me cubrió al ver la herida abierta, y corrí al baño a lavarla. Lavé la herida, y me quedé unos segundos escuchando el agua correr. Me desplomé en el piso.

—¿Por qué...? ¿Por qué está pasando todo esto?

Se suponía que la Ciudad no era así. No era esta mierda. No era un puto monstruo con varios ojos. No se suponía que fuera ni parecida a esa mierda.

—La vida es una puta, Clay —me dijo mi consciencia.

La vida no era una puta en la Ciudad. La Ciudad era perfecta.

—Sabías que algo estaba mal desde el primer momento. No quisiste verlo.

Sí. Era verdad. Algo estaba mal. Pero como iba a negarme a mis sueños. Toda mi vida había creído que la Ciudad era la salida de todos mis problemas. Cualquier cosa que quisiera iba a estar en la Ciudad. Cualquier cosa, desde el más oscuro deseo hasta el pan de cada día.

¿Cómo un chico de 18 años iba a renunciar a eso?

Simplemente no podría, o yo no podía. Y no podía tolerarlo.

Me habían roto el corazón; no una mujer sino una harpía de concreto.

Me paré.

—Morir no va a solucionar nada —me dijo mi cabeza con voz débil.

Sí y no. No quería vivir más. No tenía nada porque luchar. Nada.

—El suicidio es egoísta. Nunca fuiste egoísta, no es tu estilo.

No me importaba mi estilo. Ahora no. Tal vez en otro mundo, en otra vida, en otra piel. Pero ahora no. Cuando se fue la adrenalina de matar a ese monstruo me convertí en otro.

Subí las escaleras para ir al cuarto de Croft. Él se había terminado quedando con ambas pistolas, pero había dicho que le quedaba una bala. Más que suficiente.

Me paré enfrente de la puerta de la habitación. Giré el picaporte.

—Sé que no tenes las pelotas para jalar el gatillo. Ni siquiera en esta condición.

Podía agarrar el arma y ponérmela en la sien, o en la boca, o debajo de la pera sin problema, pero jamás iba a poder disparar. Y lo sabía, lo había sabido desde el primer segundo en que pensé en matarme.

Me senté contra la pared y lloré. Estaba tan desesperado que no había manera alguna de contener las lágrimas.

Paso un rato. Solo un rato, pero uno demasiado largo.

Desde afuera, se escuchó un ruido eléctrico y las luces en las calles se cortaron. Quedamos a oscuras. El ambiente pareció sumar a mi estado.

Pueden existir otras ciudades... otros lugares. Supongo que hay muchas cosas mejores que suicidarte a los 18. No tengas miedo; al menos no tanto.

Otro lugar. Cualquier lugar.

Sí.

Esperé a que mis ojos se acostumbrasen a la oscuridad y fui para mi pieza.

Me acosté en el suelo y dejé que mi cerebro procesará todo por sí solo.

Creo que me dormí, si se le puede llamar sueño a eso. Pero todo había cambiado. Me sentía diferente. Ya no estaba desesperado. Y la ciudad había dejado de ser la Ciudad.

Me sentía mejor. Áspero. Más maduro. Aunque me senté en el borde de la cama y pedía que todo estuviera siendo un sueño.

Pero la sangre negra contra la pared había sido real; los ojos de esa cosa mirándome también. Todo.

Ya no me sentía asustado. Toda mi vida era lo que había sido un sueño. Sentía que ese día, entonces, despertaba por primera vez. Nació con 18 años de edad, una camisa sucia, una herida en la mano derecha, un corazón un poco dañado, pero una mente fría y estable.

Seguía todo oscuro, y no tenía manera de asegurarme de que eso era real. No podía ver mi cara, no podía ver nada que realmente me dijera que no estaba soñando. En mi bolsillo había una caja.

Encontré la puerta y salí al pasillo. Bajé las escaleras y fui al baño. Había ruidos de rasguños, pero los ignoré.

Prendí la luz del baño, y me miré al espejo.

Las gotas de sangre, mi camisa sucia.

Aunque me veía distinto. Algo, algo en mis ojos. Me sentía distinto.

Recordé la caja.

Treinta comprimidos.

Sí, eso era real. Empecé a recordar todo, aunque ya lo recordaba.

Cuando me acosté en el suelo había tenido un sueño. Recuerdo el rostro de una persona que no conocía, pero que me sonaba increíblemente familiar. Cerré los ojos para concentrarme en su rostro, pero poco a poco se desvaneció. Escuché su voz, justo antes de que su rostro se borrara de mi memoria.

—*Todos se van a morir.*

Las maderas tapando una de una de las ventanas se rompieron.

Cristales rotos, gritos, metales crujiendo, disparos. *No de nuevo, pensé.*

-----  
>Croft: Que caiga la sangre.  
-----

Luego de haber sido atacados por la noche decidimos bloquear las ventanas. Tapamos las del segundo piso con tablas de madera, y me pinché un dedo. Con las del primer piso usamos muebles, y me aplasté otro dedo.

Al terminar la tarea y curarme mis deditos nos fuimos a dormir. O eso intenté. A las dos horas de mirar el techo, me levanté y fui a buscar agua a la cocina.

Bajé las escaleras lentamente para no despertar a nadie, y llevé mi pistola aunque solo me quedase una bala. De todas formas, no era posible que entraran más deformes; habíamos bloqueado todo. De hecho, apenas podía ver en la oscuridad del primer piso. La única luz era la que entraba por la pequeña ventana de la puerta.

—Oh —murmuré. La poca luz que había desapareció cuando una silueta se proyectó por debajo de la puerta.

Había alguien del otro lado. Unos segundos después, la puerta se empezó a abrir despacio, mientras corazón latía al máximo y me preguntaba ahora qué.

—Uh... —dijo un hombre alto, mientras pasaba adentro y me miraba. Llevaba un bate en una mano.

Prepare mi pistola detrás de mí. El hombre se aclaró la garganta—. ¿Estás solo acá?

—Sí —solté, y no me dio tiempo de continuar cuando se lanzó hacia mí. Usó su bate, y me tiro al suelo con el primer golpe. Gruñí del dolor.

—¡Es uno solo, entren! —gritó el hombre, mientras sacaba un cuchillo pequeño. Entraron dos hombres más. Cada uno llevaba a algo para golpearme, aunque no sería necesario, porque el cuchillo ya venía hacia mí.

No tenía alternativa. Use la palma de la mano para parar el cuchillo, levante mi arma y dispare en su pecho. El intruso se tambaleo hacia atrás, mientras yo me ponía de pie hacia las escaleras.

—¡Ah, mierda! —Gritó uno de los que habían entrado, mientras su amigo se desplomaba. El otro me agarro antes de llegar a las escaleras, y me empujo. Caí sobre una mesa de vidrio, rompiéndola en mil pedazo. Si eso no había despertado a los otros, estaban muertos ya.

Exclame de dolor, y apunte a los extraños con la pistola. No podían saber que estaba vacía.

—Fuera. Fuera o disparo —dije, mientras me levantaba y me volvía a dirigir hacia las escaleras.

Mi acto no los asustó. Uno se puso a revisar a quien había disparado, y el otro corrió hacia mí. Con un manotazo me quitó la pistola, y enseguida empezó a tratar de dispararme. Salí corriendo hacia arriba.

La primera habitación era la de Clay. Me saque el cuchillo de la mano, haciendo que varias gotas de sangre cayeran al suelo. Clay ya estaba despierto, y me preguntó qué pasaba.

—Abajo.... Gente... Vienen para acá —balbuceé. Estaba agitado; sentía que el corazón se me iba a salir. Obviamente, la mesa de vidrio no había ayudado. Podía sentir como me mareaba más y más, hasta que todo se puso oscuro.

Lo último que vi fueron los pies de Clay sobre una mancha de sangre.

-----  
>Nick: Salvar a Croft.  
-----

De repente, escuché a Clay gritando mi nombre.

No podía dormir, de todas maneras... No podía sacarme de la cabeza el rugido que producía la bestia, una especie de arañazo en mi mente que la había ensuciado y cuyos efectos aún permanecían. Por todo el cuarto algo parecía ir mal; una sensación opresiva que me ponía los pelos de punta. No podía explicarlo; era la sensación que había cuando me acercaba a esos monstruos, pero ahora había quedado impregnada en el lugar.

Me levanté de la cama gustoso por salir de ahí y me dirigí al cuarto de Clay, con mi gorra y mi hacha. Clara se había asomado también por fuera de su cuarto. Le indiqué con la mirada que se sumara.

—Alto —dijo—. Yo... Necesito decirles algo.

—¿Eh? —Levanté una ceja—. Ahora no, vamos.

Creía escuchar ruidos abajo. ¿Croft tampoco podía dormir? Sí, debía ser así; no creía que nadie fuera a poder esa noche.

Clara y yo nos acercamos al cuarto de Clay, y miramos adentro... Ahí Croft estaba, desmayado bajo un hilo de su

propia sangre. Clay estaba sobre él, sin saber qué hacer. Se veía muy sorprendido para ser él, como en un trance.

Si Croft estaba ahí, los ruidos de abajo...

Reaccioné demasiado tarde. Tres hombres aparecieron desde las escaleras; uno llevaba un bate, otro un cuchillo y el ultimo una pistola. Estuvieron frente a nosotros en un segundo.

Recordé mi entrenamiento y no perdí la calma. Clay salió al pasillo para ponerse junto a nosotros, pero el tipo del bate lo paso de largo y entro al cuarto. Yo fui detrás de él. Le grite algo, sacando su atención de Croft, y lo incité a que se me acercara. Logré hacerlo volver al pasillo, donde podía escuchar conmoción detrás de mí.

El tipo se lanzó con su bate, pero me cubrí y le desvié la mano. Me moví atrás de él y le doble el brazo contra la espalda, haciéndole soltar el bate. Clara llegó a tomarlo antes de que tocara al suelo y volvió a desaparecer de mi campo visual.

Éramos solo yo y ese tipo... Levante mi hacha, pero me pregunté si realmente pensaba hacer algo. Atacar a aquellos alterados era una cosa. Un acto de defensa natural, casi correcto. Pero usar un hacha contra un hombre indefenso...

Habían irrumpido en la casa, habían tratado de atacarnos... Giré la cabeza para ver a Croft tirado, con una herida sangrante en la cabeza, como reafirmando mis ideas. Pero no podía hacerlo. No...

Un dolor agudo en mi espalda. Solté un grito ronco y se me cayó el hacha. Mi cuerpo se tensó al instante y me puse de rodillas. Todo se hizo frío.

Un cuchillo... el del cuchillo me había atacado. ¿Qué estaban haciendo Clay y Clara? Me giré despacio, tratando de ver al atacante, pero inmediatamente recibí un puñetazo de parte del tipo del bate.

—Hijo de puta —me dijo.

Mi labio se inflamó. Debía estar sangrando, pero no podía sentir nada. ¿Todavía tenía el cuchillo en mí? El tipo del bate tomo carrera, y me dio una patada en la cara. Todo mi cuello tembló, pero pude mantenerme de rodillas y evitar caer. El mundo giraba a mí alrededor. Me dio otro golpe, y mi gorra cayó con la sacudida. Reaccioné ante esto, tomando mi hacha del suelo, casi perezosamente. De alguna manera me levante y di un paso adelante. El tipo iba a golpearme de nuevo, pero se detuvo, asustado ante mi presencia. Empezó a decir algo, pero no pudo terminar. Clavé el hacha junto a su oreja, atravesando todo el cachete derecho. La mantuve en el lugar unos momentos y la saqué de una sacudida. Empezó a salir sangre, pero no llegaba a molestarme. Estaba demasiado aturdido...

El tipo cayó al suelo y su sangre formo un charco, como una versión grotesca de la situación de Croft.

Pero algo fue diferente. Su sangre empezó a convertirse en negro a medida que brotaba... el hombre perdió el color de piel inquietantemente rápido, y el ambiente se llenó de olor a podrido. ¿Qué estaba pasando?

¿Y cómo estaba el resto? No podía molestarme en girar la cabeza, confundido como estaba. Apenas atiné a ponerme la gorra de nuevo y recostarme junto al cadáver, cuando el ambiente se llenó de algo más. Un sonido que

parecía lluvia, algún repiqueteo quizá, pero era algo distinto. Siniestro. Lo reconocí en un momento. Arañadas.

Algo parecía escarbar sobre nosotros, alrededor de todo el techo.



-----  
>Clara: Salida.  
-----

Silencio. Silencio y nada más.

Era irónico como no podía concentrarme en leer porque había demasiado silencio. Silencio de verdad. En toda mi vida en la ciudad siempre había estado el ruido de autos lejanos de fondo; de perros ladrando o de algún aparato en la casa. Ahora, si había algún ruido era tan bajo que lo ocultaba mi propia respiración.

Ya entendía algo de la letra de Henry, y había leído lo necesario de su diario (que, en realidad, era más bien lo contrario de un registro pasado). Uno pensaría que leer algo así sería sorprendente. Para mí, era una de las cosas más deprimentes que había visto, después de lo que había pasado con mi familia. El momento en que conocí a Henry estaba relatado hasta el último detalle. Y todo era cierto. No era una especie de predicción vaga tipo Nostradamus que se podía interpretar de una u otra forma. Eran hechos concretos y específicos.

Había diferencias, claro. La primera es que las cosas que metía en su mochila eran pocas. Extrañamente, no había mención alguna de un abrelatas. Podía haber traído una navaja suiza o un cuchillo de carnicero; eso

habría sido más útil. Pero no; trajo un abrelatas aunque había tenido dos días para prepararse.

La segunda diferencia era nuestro primer encuentro con un deforme. Ahí relataba que la bestia lo golpeaba. Como me había contado, él se había anticipado al golpe, y se enterró esa maldita astilla por eso.

Lo que pensé mientras leía, y lo que me deprimió, es que Henry había sido la única persona en el mundo, quizás en la historia, que había podido cambiar su destino. Todo lo que los demás vamos a hacer ya estaba establecido, aun cuando creíamos tomar decisiones. Henry había podido ver el futuro y elegir si seguir su camino o no. El resto de las personas no teníamos esa opción.

Aun así, no parecía que él realmente usara su habilidad. No era un multimillonario, ni el dueño del mundo, ni nada por el estilo. Aunque también había dicho que solo podía ver los eventos de una semana. ¿Cuántas cosas importantes pasaban en siete días? Pero no podía saber sus razones.

Continuando...

Después de que llegábamos a la casa, Henry había escrito que un monstruo nos atacaba durante la noche. Henry usaba el hacha, Croft las pistolas, y yo escapaba abajo a buscar las ramas y un cuchillo pequeño, pero no se me ocurría lo del ácido. Clay todavía no se nos sumaba y no había abrelatas, naturalmente. Croft sufría una herida en la mano, pero no se infectaba con el líquido negro. Creo que acabar con esa cosa nos costaba más trabajo en el diario.

Luego de eso parecía haber calma. Se cortaba la luz afuera. Unos sujetos tocaban la puerta, pero Henry y Croft los hacían irse. Después algunas criaturas se acumulaban afuera y trataba de entrar otra grande, pero no lo lograba.

Hasta ahí llegue. Era más que suficiente para demostrar que lo que me dijo Henry era cierto. Que íbamos a morir el día siguiente, pero que ahora que todo había cambiado, podíamos salvarnos. Sí, ahora creía que el futuro estaba determinado. Pero también creía que si lo intentábamos con lo que sabíamos había una oportunidad. Teníamos que hacer las cosas para que ocurran en primer lugar.

Pensé en despertar a los otros para contarles sobre todo esto, pero quizá iba a ser mejor no molestarlos. Mañana sería un día horrible y ese podría ser el último momento en el que podremos descansar.

Se abrió una puerta, de pronto, y escuche pasos que bajaban por la escalera. Se oía todo muy claramente, y note que era Clay el que se había levantado. No era mi opción preferida para contarle todo esto, no después de lo del atropello, y temí que pudiera considerarme loca o algo. Pero esta era evidencia muy clara. Era imposible decir que dejara dudas. Luego de darle unas vueltas, salí a buscarlo para hablar con el, rogando por que comprendiera.

Fue entonces llegando a la escalera cuando escuche golpes. No de afuera, si no que de adentro de la casa. Clay estaba golpeando una pared con mucha fuerza. Di media vuelta y volví a mi habitación, rápido pero sin

ruido. Hablar con él en ese momento no era una buena idea.

Con el oído pegado a la puerta, oí que el agua del baño corría por un momento, y luego Clay volvió arriba. Daba pasos pesados y lentos, como si estuviera cansado o drogado. Siguió caminando, y me pareció que pasó su habitación, pero no estaba segura. Lo último que oí fue el sonido de ropa frotándose contra una pared. No supe qué era, pero luego de eso volvió el silencio. Por un instante.

Oí un ruido de afuera, y la luz se cortó de improviso. Me sobresalte, claro, pero luego recordé. «Obvio.» La oscuridad era profunda, al igual que el silencio; una profundidad que no debía existir en una ciudad grande. Daba la impresión de que no había nada más que el suelo en el que estaba parada. Al poco tiempo la luz volvió, pero era mucho más débil que antes.

Miré por la ventana. Las luces de la calle seguían apagadas. La única iluminación era la que se filtraba desde las tablas de nuestra casa. Apagué la luz de mi cuarto y, con cuidado de no golpearme contra un mueble, volví a la cama. Era bastante cómoda y grande. Había llegado a sentirme un poco culpable por quedarme con la matrimonial, pero no me preocupé por eso. Más de uno tenía que terminar durmiendo en el piso, de cualquier forma. Me metí con zapatillas y todo, por si acaso, y trate de dormir. No tuve mucho éxito. Solo me di varias vueltas y descubrí que dormir con zapatillas era incómodo.

Creo que quizás dormí un minuto o dos. Luego pensé estar soñando aun, pero escuché la voz de un hombre desconocido. Esto no me importo mucho, realmente, pero

luego hubo un disparo. A eso sí le puse atención, y a los varios ruidos que siguieron. Luego de unos segundos de confusión entendí que había una pelea abajo. Me levanté a la vez que oía pasos apurados en la escalera y se abría una de las puertas.

—¡Nick! —oí claramente. Cuando miré al pasillo, había manchas de sangre que llevaban a la habitación de Clay.

Nick salió de su habitación, debiendo tener tantas preguntas como yo. Corrimos al cuarto de Clay y nos encontramos a Croft tirado en el suelo, sangrando de la mano.

Casi de la nada, tres sujetos subieron por las escaleras. Los tres se movían rápido y estaban armados. Clay salió del cuarto para ponerse junto a nosotros, y nos quedamos los tres detenidos frente a los intrusos. Ellos se dijeron algo entre sí, y el del bate corrió hacia Croft. Nick fue tras él.

—¿No es esa nuestra pistola sin balas? —dijo Clay en voz alta, luego de unos segundos. El sujeto gruñó molesto. Saque el abrelatas de mi bolsillo, y lo agité de manera amenazante para que no intentaran nada.

El sujeto del cuchillo se rio y el otro me lanzó el arma vacía a la cabeza. Me cubrí con la mano, y al siguiente momento los dos venían corriendo hacia mí. Clay saltó en medio y le tomó el brazo al del cuchillo, tratando de quitarle el arma. Mientras tanto, el otro empezó a tirar a Clay y a golpearlo por atrás. De pronto, Nick apareció con el sujeto del bate, desarmándolo. No tarde en tomar su arma, y fui a ayudar a Clay.

Le di al sujeto que le tironeaba en la cabeza. Pero no fue fuerte; había dudado. El tipo se giró hacia mí, dándome un puñetazo. El del cuchillo se las arregló para golpear a Clay contra la pared, tirándolo al suelo, y luego desapareció.

El tipo que me había golpeado agarró el bate y trato de quitármelo, pero me aferre a él con todas mis fuerzas. El sujeto me empujo contra la pared y empezó a patearme. De alguna forma no solté el bate, y aguante hasta que Clay se levantó y me sacó al tipo de encima. Recuperé mi bate y volví a golpearlo, esta vez sin remordimientos. Para finalizar, Clay lo lanzó de cabeza contra la pared.

Nick seguía ocupándose del tercer tipo, así que solo quedaba el del cuchillo. Este no tardó en aparecer, corriendo hacia nosotros. Clay me pidió el bate y, cuando el sujeto se detuvo al darse cuenta, Clay lo golpeo desde arriba. Trató de defenderse con el antebrazo, pero me pareció escuchar que algo se quebraba. Lo derribe con una patada en el estómago, y me quedé con su cuchillo ensangrentado.

De un momento a otro, el ambiente cambio. Pero no podía entender por qué. Se había puesto a llover afuera, pero no era eso. Clay también lo notó... y luego escuchamos hachazos viniendo desde la habitación de Clay.

Entramos corriendo, temiendo por Nick, pero era él quien estaba cortando el cuerpo del intruso. Parecía cruel, pero ese cuerpo no era normal. Su sangre... era negra.

—Nick, ¿qué demonios...? —dijo Clay.

—Se está transformando —dijo Nick, sin dejar de atacar— No voy a dejar que se levante a atacarnos.

Nick siguió cortando hasta que el cuerpo del sujeto no era más que una enfermiza masa descuartizada.

—Nick —musité—. Ya para.

—Con los primeros quince hachazos fue suficiente —dijo Clay.

Nick dejó caer el hacha y miro al cuerpo unos momentos.

—¿Estas bien, Nick? —pregunté—. Te ves... mal.

—Sí, creo que me apuñalaron en la espalda...

Corrimos detrás de Nick. Efectivamente, tenía una herida en la espalda, y aun salía sangre.

—Dios... —dijo Clay.

—Estoy bien, estoy bien... —dijo Nick, aturdido.

Se acercó a la cama de frazadas de Clay y se sentó, con la cabeza apoyada en las rodillas. Me acerque a revisar a Croft... solo tenía la herida de la mano, que ya no sangraba tanto. No parecía tener nada más.

—Vienen por nosotros —susurró Nick, de pronto.

—¿Eh? ¿Quiénes? —Dijo Clay—. ¿Los monstruos?

—Sí... Los que están en el techo.

Clay y yo pusimos atención. Lo que oíamos no era lluvia. Estábamos ocupados cuando había empezado, y por eso no lo habíamos notado. Pero la diferencia era clara. Había algo en el techo, arañando, tratando de entrar.

Me acerqué a la ventana e intente mirar afuera, pero solo había oscuridad. Aun así, se sentía la presencia de

algo; ese cambio en el ambiente cuando el intruso atacado por Nick se transformó.

Me alejé de la ventana. No quería estar cerca de ella.

Oímos un grito desde pasillo.

Clay se asomó a ver, y pasó corriendo. Cuando volvió, había recuperado el hacha, y se veía preocupado.

—Es el que tenía la pistola. Se transformó y está devorando a su amigo —nos dijo, mientras le pasaba el hacha a Nick y se preparaba con el bate. La sola idea de un deforme alimentándose me hacía sentir enferma.

Lo que había en el techo empezó a hacer más ruido. Estaban arañando más fuerte.

Nick se levantó y se puso junto a la puerta con Clay, esperando al monstruo. Yo me arrimé a Croft y con algo de esfuerzo, ya que pesaba, lo levanté y lo alejé de la puerta. Lo dejé en la cama improvisada y me preparé con el cuchillo, detrás de Nick y de Clay.

Pero el monstruo no vino. Cuando terminó de comer se fue rápido en la otra dirección.

—Pero, ¿qué...? —dijo Nick.

Salimos al pasillo a ver qué pasaba. Solo había un rastro de sangre que llevaba al cuarto matrimonial. Nos acercamos con cautela, moviéndonos despacio... Hasta que oímos el sonido de una tabla golpeando el suelo. «*Mierda*», dijimos los tres.

Nos apresuramos en entrar a la habitación. Allí, el intruso estaba arrancando las tablas de la ventana. Su cuerpo ahora era enorme y atrofiado, y se movía con los gestos de un animal. Afuera, algo que no podíamos ver

empezó a golpear el vidrio. El alterado ya había liberado la mitad.

Clay y Nick corrieron hacia la bestia. Esta se giró y detuvo las armas con sus manos, recibiendo un corte grande por el hacha. Pero no mostro ningún dolor, y empujo a ambos lejos, quedándose con el bate de Clay. Usé el cuchillo y traté de apuñalar al monstruo, pero me vio y apenas pude esquivar al bate.

El vidrio empezó a quebrarse.

Clay se alejó, con el monstruo detrás de él. Levantó el bate de nuevo, pero Clay alcanzó a agacharse, por lo que el golpe dio contra la pared y se rompió en pedazos. Me lancé sobre el monstruo una vez más, logrando enterrarle el cuchillo en el cuello. Empezó a sangrar ese líquido negro, pero continuó en pie. Y seguía blandiendo lo que quedaba del bate, que ahora mostraba una punta filosa.

Se escuchó una quebradura.

Nick empezó a enterrar su hacha en la cabeza del monstruo, dándole repetidas veces, y al final cayó al suelo. Ya no se movía.

Entonces, el vidrio estalló, y pudimos distinguir lo que trataba de entrar.

Clay me empujó fuera del cuarto, justo cuando montones de aves negras entraban por la ventana. Me apoyé en la pared contraria para no caerme, y Nick cerró la puerta del cuarto.

—¡El cuaderno! —grité.

Lo había dejado en el mueble al lado de mi cama.

Adentro podía oírse el revoloteo de las aves. Se golpeaban contra las paredes. Arañaban todo como habían hecho con el techo.

—El cuaderno de Henry está adentro...

—¿Cual cuaderno? —me preguntó Clay.

—No podemos entrar ahí, nos van a matar —dijo Nick, adivinando lo que estaba pensando—. Dalo por perdido.

—No. No... —balbuceé.

—Estamos vivos, Clara —dijo Clay—. Eso es lo que importa.

*Pero no vamos a estarlo...*

—No es el momento de relajarse —dijo Nick—. Hay que ir abajo a cerrar todo. Por algún lado debieron entrar aquellos tipos...

Clay me incitó a que los siguiera. Una vez abajo, vi de donde habían venido todos los ruidos que había escuchado. Objetos tirados por el suelo, la mesa de cristal estaba hecha pedazos. La puerta abierta de par en par, con la ventanilla rota...

Y en el living, una persona.

—¡Eh! ¿Quién está ahí? —exclamó Clay.

Era un chico. Parecía tener 17 y estaba manoseando la mochila de Henry. En cuanto nos escuchó se giró hacia nosotros, asustado.

—¿Venias con los otros? —pregunto Nick, enojado, con el hacha aun en mano.

El chico salió corriendo hacia la puerta, sujetando la mochila. Corrí tras él, y lo alcancé llegando a la calle. Le quité la mochila de un tirón, y entonces sacó una navaja.

—¡Entrégamela! —gritó.

—Pero, ¿qué te pasa? —dije, alejándome de él y sacando mi propio cuchillo. Dio un paso adelante, pero empezaron a llegar las aves.

Nos atacaron con las garras de sus patas. Me di la vuelta y corrí de vuelta a la casa, cubriéndome la cara. Atrás, el chico gritaba mientras las aves caían sobre él.

Nick cerró la puerta tras de mí, y Clay usó una escoba para golpear a las dos aves que me habían seguido. Una vez aturcidas, Nick finalizó una con el hacha, y Clay inmovilizó a la otra. Nick se acercó y le cortó la cabeza, pero siguió aleteando.

—Debe ser hija del pollo Mike —dijo Clay, mientras Nick la remataba. El ave dejó de moverse, y empezó a sangrar negro.

Ambos se giraron hacia mí y me revisaron las heridas del brazo.

—¿Estas bien?

—Sí. No pasa nada —susurré. No estaban preocupados por mí, sino porque no me transformase. Me observaron un poco más, hasta que el sonido de un vidrio trisándose llamo su atención. Venía de la ventanilla de la puerta. Rápidamente clavamos una tabla más para cubrirla.

No quedaba nada más. Nos relajamos un poco, tanto como la situación lo permitía, y subimos a ver a Croft. Seguía inconsciente. Lo cargamos a la habitación de Nick, por el hecho de que ahí no había un cadáver, y nos encerramos a esperar a que las aves se fueran. Íbamos a tener que cambiar de casa. No iba a ser agradable vivir donde había habido muerte.

Nos curamos las heridas y las cubrimos. No había terminado la noche y ya estábamos en este estado. ¿Cómo podíamos esperar llegar a la mañana? Y según Henry, ni el día siguiente iba a ser suficiente...

Había perdido el cuaderno. Lo que necesitábamos para sobrevivir... lo había perdido. Henry había dicho que también había escrito una lista de características de los monstruos; predicciones de los ataques del día siguiente...

Había perdido demasiado.

¿Porque había ocurrido eso? En el cuaderno, esos tres tipos no entraban en la casa. ¿Qué había cambiado? ¿Fue algo que Croft dijo? ¿Qué Croft no dijo? Mucho había cambiado solo porque Henry ya no estaba.

Croft se despertó a los pocos momentos. Cuando Nick terminó de explicarle lo que había pasado, me decidí a hablar. Tenía que explicar lo de Henry, por qué el diario era tan importante. Tan bien como pudiera.

No dijeron nada mientras hablaba. Me escucharon en silencio. Cuando terminé, solo se miraron entre ellos.

—Clara... ¿estás bien? —dijo Nick.

—¿Qué?

—La verdad, creo que la situación te está afectando —dijo—. Perder a Henry, Clay llegando en su auto y la bala de Croft... y todo lo demás.

—Les estoy diciendo la verdad. Si no lo dije antes fue porque yo tampoco estaba segura.

—Em... —musitó Croft—. Clara, lo que decís es, tipo, lo que dicen los volados de la tele cuando hablan de los ovnis y las pirámides.

—No, no estoy alucinando —dije— Les hablo en serio... Nick no parecía divertido.

—No podemos tomarte en serio cuando hablas de predecir el futuro y declaras que nos vamos a morir porque Henry lo dijo —soltó un resoplido—. Henry estaba afectado en esos últimos minutos.

—Me parece infinitamente más creíble pensar que el estrés te está haciendo mal —concedía Croft.

Clay estaba sin decir nada, solo mirando al suelo. Lo miré, sosteniendo algo de esperanza.

—Clay, ¿vos que decís? ¿Me crees? —le pregunté. Él levanto la cabeza.

—Em, esto... —Clay se detuvo un momento—. Pues concuerdo con Nick y con Croft. Todo eso no me parece bien.

Se hizo un silencio entre todo el grupo.

—Ya veo —dije.

—No te culpamos, Clara —dijo Nick—. Solo descansa un poco y pensá bien...

—Quizás el cuaderno siga en una pieza —sugerí—. Al menos puede quedar la parte importante. En ese caso, vamos a poder ver...

—Pues me gustaría mucho ver eso, aunque bien podrías haberlo escrito vos. —Sentenció Croft.

—El libro tiene varias predicciones, y todas se cumplieron. Solo sería cosa de que veas...

—¿Se cumplieron todas? —dijo Croft— ¿Entonces por qué no nos avisaste antes de que nos ataquen unos hombres? Me habría ahorrado todos esos golpes...

—No funciona así. Se suponía que Henry iba a seguir vivo, y por eso cambio todo. Estaba escrito que esos hombres se iban luego de llegar...

—Ah, claro —interrumpió Croft—. Qué conveniente, ¿no?

—...Porque eran vos y Henry quienes les decían que se fueran. Ahora imagina que hubieran sabido que éramos más de dos. ¿Habrían entrado?

—Bien pensado, pero eso no significa nada. Como los que creen en fantasmas, siempre hay excusas. No tengo porque creer tus desvaríos hasta que vea uno cumpliéndose.

—Solo descansa, Clara... —dijo Nick.

Traté de recordar lo que había leído. Si podía predecir alguna cosa, quizá iban a creerme. Henry sabía que las aves llegarían, y luego de eso...

—Va a venir un monstruo y va a golpear las paredes desde afuera. Va a tratar de entrar, pero no lo lograra.

—¿Eso es una predicción? —dijo Nick.

—Em, predecir que va a llegar un monstruo es como decir que va a llover en Londres —dijo Croft.

Mala idea. Pero aun recordaba lo que había dicho Henry.

—Y... Y... Mañana al medio día el agua va a salir como ese líquido negro.

Los chiquillos solo me miraron desganados. No dijeron nada. Me fui a mi rincón sola, a esperar. Ya se iba a arreglar todo...

Luego de una hora, más o menos, las aves dejaron de revolotear en el techo y cuarto matrimonial. Nos

levantamos y fuimos a nuestras habitaciones. Abrí la puerta de mi cuarto lentamente, por si aún había algún ave. Los hombres se juntaron detrás, no sé si por curiosidad o por si ocurría algo. Comprobando que no había nada, la abrí completamente.

El estado del cuarto nos reafirmó lo peligrosas que eran esas aves.

Las paredes, el suelo, el techo, la cama, los muebles. Todo había sido arañado por completo. Había pilas de aserrín en el suelo y un poco en el aire. La espuma del colchón había sido arrancada, a pesar de las frazadas que había encima. A unos centímetros de lo que alguna vez tuvo forma de mueble estaba el cuaderno. O algunos pedazos de él.

Me arrodillé a revisarlos. Aún tenía la esperanza de que quedara algo en una pieza. Pero no. Todas las hojas habían sido hechas pedazos demasiado pequeños.

—...Todos nos vamos a morir —susurré.

—Insisto. Esto parece bastante conveniente —dijo Croft.

—¿Cómo puedes llamar conveniente a esto? —le grité.

—Es conveniente que no podamos leer tu libro de predicciones.

—Clara, insisto en que deberías tratar de dormir un poco —dijo Nick.

—No estoy desvariando.

—Lo estás —dijo Nick—. Digo, ¿predecir el futuro? ¿En serio?

—Si hubiera podido sacar el libro...

—Solo nos confirmaría lo que ya sabemos. —Hubo un poco de silencio, y finalmente Nick suspiro.

—¿Qué piensas, Clay? No dijiste nada.

—No me importa mucho, la verdad —balbuceó—. Pero diría que... simplemente está loca.

—¡No estoy loca! —le grité.

Se quedaron callados un momento, y me di cuenta de cómo soné. Me levanté y me quité el pelo de la cara.

—No estoy loca —dije, con más calma—. Como les dije, mañana al mediodía el agua va a salir con ese líquido negro. Entonces van a tener su prueba.

—Ugh, como sea —gruñó Nick—. Creo que lo mejor será prepararnos para irnos a otra casa apenas salga el sol.

Clay y Croft asintieron, y salieron del cuarto. Miré los pedazos del cuaderno por última vez, y salí cerrando la puerta. Fui al living, a recostarme en uno de los sillones.

No sabía cómo íbamos a morir. No sabía cuánto tiempo se retrasaría el equipo de rescate. No sabía qué más podía suceder de entonces en adelante.

Quizá había sido todo en vano. Quizá la muerte de Henry no había valido nada. Habría sido mejor que hubiera escapado de la ciudad y se hubiera salvado él solo.

Lo más probable era que fuéramos a morir. En el peor de los casos, convertidos en esos monstruos. Para luego morir otra vez. Como mi familia.

Parecía que lo había perdido todo menos la vida, y eso no duraría mucho.

-----  
>Clay: Nuevo hogar.  
-----

Algo había pasado conmigo, definitivamente. Sabía que nunca hubiera hecho lo que hice. Algo había pasado. Y no tenía la más puta idea de qué. Me costaba recordar, pero poco a poco lo decodificaba en mi cabeza. Sí; los tipos que entraron, los pájaros, Clara. Todo había sido real. Quiero decir, no dudaba de que hubiese pasado de verdad, pero sentía como si no lo hubiese vivido desde mi cuerpo. Había sido una sensación extraña, como si mi cuerpo actuara en piloto automático. Conocía esa sensación.

Fui al baño y me miré al espejo. Mis ojos no eran los mismos. Les faltaba algo que tenían la última vez. Viéndolo, me hiperventilé, pero no por mucho tiempo. Algo faltaba, pero no podía encontrarlo, no lo sabía. Quise golpear la pared, pero al apretar el puño mis nudillos ya me dolían.

Adrenalina. Debía ser eso.

Sabía que no era eso, pero mi mente se conformó por un rato. Sabía que dentro de mí había otra persona. Otro Clay.

Me lavé la cara y me miré al espejo. Ya estaba más relajado. Estaba listo para la siesta más larga de la historia, pero debíamos ponernos en marcha.

Respiré hondo y sentí el dolor de las costillas. No pude evitar querer tomar otro analgésico. Busqué un vaso, y mientras lo llenaba tuve miedo de que se llenase de ese líquido negro. No cerré el agua y el vaso rebalsó, pero no me importo; quería ver esa cosa negra saliendo por la canilla. De alguna manera le creía a Clara. No un cien por ciento, ni siquiera un diez por ciento, pero sabía que no estaba loca.

El vaso seguía rebalsando, y no aparecía ningún líquido negro. Tomé mi analgésico y me dirigí al living.

Ya faltaba muy poco para que el sol saliera. Se podía ver la calle claramente, pero preferimos esperar un poco más.

Sentía que los ojos me pesaban. Odiaba no dormir. Tenía muchas ganas de quedarme dormido, aunque fuera por cinco minutos. Estaba esperando que un monstruo entrase. Que golpeará la pared, por lo menos. Quería creerle a Clara, aunque una parte de mí (esa otra) permanecía escéptica.

Croft se acercó y me sacudió para que me despertase. Era hora de partir.

Me ofrecí a llevar el hacha, porque era el que se encontraba físicamente mejor, pero Croft se la quedó. Nick se quedó con el cuchillo, y Clara con su abrelatas. A mí me dieron las pistolas, que estaban vacías, pero podría pegar culatazos.

Creo que ya eran cerca de las siete cuando partimos hacia la calle.

Todo estaba demasiado quieto; ni un alma, nada. Era raro pensar que ese monstruo y los pájaros hubieran entrado en nuestra casa, y que esas personas justo hubiesen elegido entrar en la nuestra.

Pero estábamos viviendo; supuse que eso era lo importante. Me empezaba a entusiasmar con la idea de que eso terminaría en unas pocas horas. Me preguntaba como una noche había podido durar tanto. El norte de la ciudad no estaba lejos.

Todos seguíamos a Nick en fila; Croft atrás de él, entonces Clara y entonces, con dos o tres metros de distancia, estaba yo.

La quietud, el silencio, me hacían estar alerta y esa era la única razón por la que no me desplomaba en el suelo. Mis párpados pesaban una puta tonelada y sentía que las cuadras eran kilómetros. Hubiera dado un brazo por un café. O una manzana, azúcar, cualquier cosa. Aunque más tarde agradecí estar un poco anestesiado. A las tres cuadras empezaron a aparecer cadáveres, de personas y personas convertidas. Casquillos, vidrios rotos, autos chocados. Todo parecía repetirse.

Mi cabeza se encontraba realmente agotada. No era solo sueño, necesitaba un descanso, un respiro de todo. Pensaba en como pronto encontraríamos una casa y podría descansar hasta que llegaran los helicópteros. Esa era mi única meta.

A partir de la sexta cuadra empezamos a percibir olor a quemado. Vimos como un humo bastante negro provenía del norte. Comenzamos a caminar más rápido.

Pasando la octava cuadra escuchamos gritos, balas, y vidrios rotos. Violencia sucediendo de nuevo.

—Esto no me gusta nada —dijo Croft.

—Ni a mí —dijo Nick—. Pero sigamos un par de cuadras más.

Nick se veía bastante seguro ahí adelante. O así era hasta que el primer monstruo se nos cruzó en el camino. Se acercó corriendo de frente, dejando una sola alternativa: pelear.

Nick y Croft se abrieron hacia cada costado, y Clara quedo atrás con su abrelatas.

Saqué las armas, pero mis manos no pudieron sujetarlas. Estaba muy desgastado, mi cuerpo no reaccionaba, o mi cerebro no mandaba las órdenes. Me caí al piso tratando de agarrarlas. Las tomé y me arrastré hasta al lado de un auto. No iba a seguir consciente por mucho tiempo. El olor a humo se intensificó. Podía escuchar a los demás tosiendo. También escuchaba los cortes en el aire, y finalmente los sonidos de carne siendo apuñalada y cortada. Los chicos ocupándose del problema. Estaba demasiado débil. Levanté la cabeza, buscando algún lugar bueno donde quedarnos. Ninguno me convencía.

Había un local... parecía de ropa... con la persiana de metal un poco abierta. Estaba en la otra calle, a unos veinte metros. Me paré y, corriendo con dificultad, pasé frente a los chicos. Creo que Croft me gritó algo, pero no

lo escuché. Un cadáver y el cordón de la vereda casi me hacen tropezar.

Levanté la cabeza y pude ver como tres monstruos más venían desde la esquina.

Traté de gritarles a los demás, pero mi voz no logró salir. Probé golpeando contra la persiana metálica para llamar su atención.

Simplemente no aguantaba más, ni un segundo más.

Me tiré al piso y me arrastré hacia adentro del negocio de ropa. Sentía que cada pistola me pesaba diez kilos extra. Logré entrar en el lugar, y mire una última vez hacía afuera. Pude ver un par de pies. Y no reconocí nada más después de eso.

Podía escuchar ruidos de helicóptero. Estaba acá. Me puse en marcha y me lancé por debajo de la persiana, arrastrándome y ensuciándome la camisa todavía más. Los demás habían llegado justo afuera del negocio, enfrentándose contra mil de aquellos seres que habían estado ocultos. Primero mataron a Clara, después a Croft. Nick siguió peleando, pero yo no podía hacer nada para ayudarlo. Corrí, esquivando a los seres, llegando hasta el helicóptero. Estaba en la esquina, y había un soldado disparando desde adentro. Me subí de un salto y me ayudaron a meterme. Me limpié un poco.

—Gracias.

Me acerqué al piloto.

—Vayámonos. No queda nadie más.

El piloto giró la cabeza y se sacó el casco. Su cabello rubio se dejó caer sobre sus hombros. Me miró con sus ojos azules. Era la maldita chica del viernes.

Abrió la boca, y de ella empezó a brotar el líquido negro; y no tardó en aparecer desde sus ojos. Su cuerpo se cayó del asiento y rodó hacia atrás. Me dispuse a tomar el mando, pero no tenía la menor idea de cómo hacerlo.

Tomé la radio para pedir instrucciones.

—*¡Hey! Ayuda, necesito ayuda. No sé manejar esto. ¿Alguien me copia?!*

Se escuchó como si alguien estuviera agarrando la radio. La persona se acomodó, y respiró una vez en la radio, de manera lenta y calmada.

—Todos se van a morir.

Desperté.

Me encontraba dentro del local; la persiana estaba cerrada.

Clara miraba un reloj. Casi era mediodía. Había dormido hasta el final de la mañana. Solo faltaban seis horas.



-----  
>Croft: Abrir la canilla.  
-----

Caminamos por varias cuadras; humo negro oscurecía el día. Había mucho silencio, pero un ocasional grito nos recordaba donde estábamos. Aunque la quietud no duró mucho. Después de casi diez calles empezaron a sonar más gritos, y se les sumaron disparos. No pasó mucho antes de que el primer trastornado apareciese en nuestro camino. Levanté mi arma; yo llevaba el hacha de alguien, no lograba recordar de quién. El corte en la mano me había hecho dormir demasiado.

Efectivamente, el horror corrió hacia nosotros. Mientras todos nos poníamos en guardia, Clay se derrumbó junto a un auto. Pudimos ocuparnos del deforme después de varias apuñaladas y cortes, pero enseguida venía otro. Me giré para buscar a Clay, solo para verlo arrastrándose hacia el otro lado de la calle.

—¡Volvé, idiota! —grité, sin que él reaccionara. No tenía sentido; parecía que no escuchaba todo lo que estaba pasando.

Mire a Nick, quien me indicó que la criatura que se nos acercaba había ganado un amigo. Nos preparamos para recibirlos, cuando un ruido metálico llamó nuestra

atención. Clay se estaba arrastrando bajo una reja de metal. Por el final de la calle, en el horizonte, otras tres de esas cosas se estaban sumando.

—¡Nick! —exclamé, señalándole el negocio con la persiana de metal. Clara ya se había dado cuenta, y corría hacia la tienda de ropa.

Corrimos rápido, tirándonos al suelo y tratando de deslizarnos para entrar. En cuanto pasamos, cerramos la persiana y quedamos a oscuras adentro del local. Oscuridad penetrante.

Clara se puso a revisar a un Clay inconsciente, mientras Nick exploraba el lugar para ver si era seguro. Lo era, aunque no había luz.

Tomamos varias franelas y apoyamos a Clay en ellas para que descansara. Después de discutirlo brevemente, acordamos esperar a que Clay despertase.

Pasado un rato Nick se puso a mirar por las ventanas, Clara descansaba en otro montón de ropas y Clay seguía sin despertar. Busqué comida detrás del mostrador, sin éxito. En cambio, encontré un cuaderno y un lápiz. Pensé en hacer un diario como el amigo de Clara, pero abandoné la idea al instante. Tal vez por fin iba a poder escribir mi novela de ciencia ficción. Pero miré la hoja en blanco por cinco minutos y decidí seguir el camino de Clara. Descansé los ojos; no había dormido nada la noche anterior.

*La Pequeña BlueStar se encontraba minando un grupo de asteroides cuando fue encontrada por la Battlestar Enterprise, la nave estrella de la flota del Conglomerado*

*Tehenico. El resultado de la batalla era obvio. La Enterprise lanzó un par de misiles de alerta que eran suficientes para batir a toda la BlueStar y su tripulación de cuarenta hombres.*

*La sala de mando se encontraba a oscuras; la mitad de la energía en la nave se había perdido después del impacto. Oscuridad penetrante. Los cristales de las pantallas rotas rodeaban toda la sala, junto con sillas y mesas volteadas en todos lados. Nadie podía recogerlas; en la sala solo se encontraban el capitán y su segundo al mando, Samwell, discutiendo sobre la situación. Junto a ellos, los otros dos miembros de la tribulación más fieles los miraban.*

*—¡Es inútil! —Gritó Samwell—. Nuestras armas no les harían ni cosquillas. Vámonos antes de que se les acabe la paciencia.*

*—Todavía tengo gente en los asteroides, y esta es una zona libre.*

*—No lo es para ellos, Capitán. El Conglomerado no tolera la minería que no aprobaron. Tenemos suerte que no nos hayan destruido inmediatamente; vámonos de una vez.*

*—¡El Conglomerado! Por Dios. Desde que el Imperio cayó hay republicas, conglomerados y uniones en todos lados. No voy a irme por capricho del Viejo.*

*—No es momento para rencores, señor —insistió Samwell—. En realidad, debería estar agradecido de que el Viejo lo recuerda y decidió perdonarnos.*

*—No necesito el perdón de un idiota. —El Capitán no iba a ceder—. Esta es mi nave, y no voy a irme.*

*Un hombre entro a la sala de mando con prisa. Sus botas terminaron de quebrar los pocos vidrios que permanecían completos para cuando se acercó al Capitán y Samwell.*

*—Señor, el resto de los hombres tomaron la nave de escape. Están esperando por usted para abandonar la BlueStar.*

*—Deciles que se vayan. Esta es mi nave. Por los caprichos de un viejo...*

*El hombre dudo unos instantes, pero corrió de nuevo fuera del cuarto. El Capitán estaba seguro de que él también lo abandonaría.*

*—Vos también, Sam. Andate.*

*—Sabés que no voy a hacerlo —dijo Samwell. Los otros dos tripulantes tampoco se movieron. Segundos después, la alerta de un mensaje entrante empezó a sonar.*

*—Es la Enterprise —dijo el Capitán—. Es el Viejo.*

*No había pantalla intacta para mostrar una imagen, pero los altavoces aun funcionaban y, cuando la alerta se detuvo, empezaron a emitir la voz del Viejo. Habló lentamente, como siempre lo hacía, enfureciendo al Capitán.*

*Sam miró por la ventana. La hora del rescate había pasado. La nave de escape era un pequeño punto blanco en el espacio.*

*—Entonces, ¿no se van a ir? —preguntó el Viejo. El Capitán no respondió.*

*Samwell miró a su capitán. Ya se lo había dicho diez años atrás, cuando había puesto un pie en la BlueStar por*

*primera vez. “Hasta el final con usted, mi señor”. Y ese era el sentimiento más importante.*

*—Oh, bueno —dijo el Viejo—. Todos se van a morir.*

Cuando Nick me despertó, encontré la hoja de mi futura novela llena de babas.

—Se levantó Clay —me explicó—. Ya es mediodía.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté.

—No sé, vamos a discutirlo con el resto.

—Sí, dejame ir a limpiarme la cara.

Clay y Clara estaban hablando sobre algo, y afuera había silencio total. El baño estaba en un pasillo detrás del mostrador. Seguía oscuro, pero pude encontrar la canilla y escuché cómo corría líquido.

—Obvio —murmuré. Regresé con los demás; Nick estaba preguntándole a Clay qué le había pasado en la calle.

—Clara, ¿Te acuerdas de tu predicción sobre el agua? —le dije—. Adiviná.

—¿Eh?

—Está igual que siempre.

Clara solo me ignoró, poniéndose a escuchar a los demás.

Discutimos que hacer, debatiendo si debíamos quedarnos ahí hasta la tarde. No presté mucho cuidado a la discusión; toda mi atención estaba en el baño. En el lavamanos, en el ruido que había hecho ese espeso líquido negro al salir de la canilla. No podía decirles a los demás. No podía hacerlo.





-----  
>Clara: Recordar.  
-----

En el negocio de ropa, mientras esperábamos a que Clay despertara, había intentado dormir; quería descansar aunque solo fuera por treinta minutos. Pero había sido en vano. Había soñado con Henry, y no había sido bonito. Desperté con las manos trémulas, incapaz de volver a descansar. Entonces pasé el tiempo pensando.

Pensé en cuando salimos de la casa a las siete de la mañana, y una criatura se nos acercó. Los chiquillos levantaron sus armas, y yo me llevé la mano al bolsillo para sacar la cuchilla que me había procurado.

No estaba ahí. Sabía que uno de mis bolsillos tenía un fragmento del diario. Quizá en el otro...

Mi cuchilla había desaparecido. En su lugar sentí al abrelatas.

No pude detenerme a pensar en eso; la criatura ya estaba muy cerca. Pero no podía explicarlo.

Me levanté y busqué el baño.

Encendí la luz. No pasó nada. Por suerte, había una ventanilla por la que entraba luz, así que no había problema.

Me miré en el espejo. Me veía horrible. Estaba pálida y tenía varias heridas en la cara y brazos. Trate de alisarme el pelo, pero este no quería cooperar. Acerqué la mano a la llave del agua, pero me detuve a unos centímetros.

¿Era mediodía ya, como en la predicción? No lo sabía. No había mirado el reloj. Presioné la llave, y el agua salió normal.

«Ah...» me dije. Aun así, me abstuve de usarla. Lo negro podía estar mezclándose en cantidades que no se veían.

Observé el espejo un momento más, y volví a recordar el ataque en la calle. La nota de mi bolsillo. Saqué el fragmento del diario; no era muy grande y estaba escrito por ambos lados.

*dos pueden pensar de prim  
s bien, una construcción q  
puede considerarse el u  
la función de onda, y ta  
sos del pasado y del fu  
entropía de todo e  
que nuestro cere  
sente" y "futuro". H  
tiempo", en que info  
allá de eso. Eventos q  
ografía, en un observa  
calzar con lo que se ob  
riabilidad del tiempo. Ex  
s avanzado y complejo d*

*sta entender mejor el fu*

Leí el otro lado.

*miento de este que los  
mente distinta, incluso  
ventos. Puesto que  
idad la persona que  
e siente eso, y que lo  
aquello. Los  
La comunicación  
n tiempo verbal  
la persona que es  
deshacerse de la  
una vez superadas  
de la experimentación  
o hacer en un  
activamente a la  
seguirá ese camino*

Podía recordarlo. Me había quedado con el fragmento más grande que había resistido a las aves. Debía haberlo puesto en mi bolsillo en lugar de la cuchilla.

¿Qué era lo que me había parecido extraño? Ya no lo recordaba. Debía haber sido el estrés.

Contenta con haber entendido todo, volví con los chiquillos. Diez minutos para el mediodía.

Clay no tardó en levantarse, y Nick fue a despertar a Croft. Clay espero a que estuviéramos solos y se acercó a mí.

—Tengo que hablar con vos, Clara —soltó. Me senté en el suelo junto a él.

—¿De?

—Henry.

—¿Qué pasa con él? —pregunté, algo reticente. Todavía recordaba cómo me había llamado loca respecto a ese tema.

—No estoy seguro... pero creo haber soñado con él.

—¿Cómo? ¿Con Henry? —dije, más que confundida.

—Sí. Sé que nunca lo conocí, pero no se me ocurre quien más podría ser.

—Pues, ¿qué soñaste? Quizá pueda decirte si era él.

—La primera vez solo vi un rostro, pero acabo de tener otro. Soñé que todos... —Clay tragó saliva—. Nos moríamos afuera del negocio, pero yo alcanzaba un helicóptero. Cuando llamé por radio, pidiendo ayuda, escuche su voz. A Henry.

—¿Qué te dijo?

—“Todos se van a morir”. Lo dijo en ambos sueños.

Lo mire por un momento.

—Sí... me dijo eso antes de morir. “Todos ustedes se van a morir, mañana”. Para ser exactos.

Pensé en la posibilidad de que lo hubiera mencionado cuando les hable de Henry, y Clay lo estuviera soñando debido a eso.

—El primer sueño lo tuve ayer —soltó Clay, de pronto—. antes de que invadieran la casa. —Hizo una pausa—. Clara, quizá tenías razón... Respecto a lo de...

Nick apareció junto a nosotros antes de que Clay terminara.

—Em, ¿interrumpo algo importante? —dijo, mirando la cara de Clay.

—No —murmuró—. No, la verdad. Ya iba a terminar, de todas formas. —Y se levantó, marchándose.

Croft apareció desde el baño, ya despierto. No despegó la vista de mí durante todo el camino.

—Clara, ¿Te acuerdas tu predicción sobre el agua? —me dijo—. Adiviná.

—¿Eh?

—Está igual que siempre.

-----  
>Nick: Quebrar los vidrios.  
-----

—Bueno, entonces... —empecé.

Todos estábamos sentados alrededor del negocio, en una especie de círculo. Cada rostro se veía preocupado.

—...Creo que vamos a morir —continué.

Ninguno se inmuto.

—Lo que tenemos para defendernos es un chiste. Afuera está lleno de esas cosas. En seis horas van a estar por acá los helicópteros, pero no tiene caso alguno. Diría que estamos en la entrada de la zona alta, pero a menos que nos pongamos en territorio elevado, como un edificio, no van a vernos. No podemos hacer nada contra esas cosas si alguna fuera a entrar... no podemos salir para intentar cambiar algo.

Nadie hablaba. Croft había dicho que la predicción de Clara sobre el agua negra no se había cumplido, pero él se veía tan consternado como ella. Ningún miembro del grupo parecía protestar contra lo que estaba pasando.

Henry y Jack ya se habían quedado atrás.

Toda la gente que habíamos visto en el camino. Chicos, familias. Cientos de personas debían haber sido devoradas o trastornadas.

Sencillamente, no era justo. No había explicaciones, razonamientos... solo una oleada de dolor descargada sin aviso. Tomé el celular de Jack y lo apreté con fuerza, como ciñéndome a su recuerdo.

—Jack dijo que esto era un castigo del cielo —dije—. Debe ser así. Sí.

Bajé la cabeza.

—Ahora sé que él tenía razón. Todo lo que era bueno se está pudriendo... Todo se va reemplazando lentamente por esa muerte caminante que son las bestias. Incluso vimos cadáveres convirtiéndose. Hasta animales. Va cubriendo todo.

No agregué nada más. Quedamos en silencio unos momentos.

Mi espalda ardía, doliente por la puñalada que había recibido. Clay también se veía agotado. Sin embargo, no veía la misma expresión de derrota en él. Se levantó del suelo, mientras se limpiaba el polvo de los pies. Me dirigió una mirada rápida.

—Voy a tomar aire.

Dijo esto y salió, pasando por la puerta de atrás. Croft y Clara continuaron en silencio, pero era un silencio meditabundo. Recordé que Clara había estado hablando con Clay sobre algo. Me pregunté si ellos habrían llegado a conclusiones diferentes. Ella levantó la cabeza, decidida. Abrió la boca para hablar, pero en ese momento Clay volvió a entrar. Apareció desde la puerta delantera.

—Eh —dije—. Qué... rápido.

—¿Cómo? —preguntó Clay.

—Solo digo, volviste rápido.

Clay gestó una sonrisa tosca, como si creyera que estaba jodiéndolo.

—Salí hace media hora.

Nos quedamos mirándolo durante un momento. ¿Qué estaba diciendo? Entonces Clara se decidió a hablar, aclarándose la garganta.

—Buen... dejando eso de lado, Nick, la verdad pienso que...

—¿Hm? —dije, girándome hacia ella.

—Estas equivocado.

Clara sacó un pedazo del diario de Henry de su bolsillo, y lo apretó en su mano.

—No vamos a morir. Podemos evitarlo hacerlo. Yo tengo fe.

Traté de formular una respuesta.

—Pienso que...

—Yo también tengo fe —dijo Clay—. Morir o vivir es decisión nuestra. —Croft levantó la cabeza—. Nuestra. No es de nadie, no está...

—...Escrito. Exacto —dijo Clara, y partió el papel en varios pedazos.

Croft se apretó la cabeza con las manos, como debatiéndose sobre algo.

—Tengo algo que decir —habló entonces, pero lo interrumpí.

—Yo... no sé. Podemos querer creer que todo va a salir bien. Pero no es así como va a pasar. Lo sabemos, lo sabía Jack.

—“Jack” ya me canso —dijo Clay—. Lo que nosotros hagamos es lo que va a dictaminar el futuro. Si te rendís, sí que vas a morir.

Croft relajó los hombros, resignado. Yo bajé la cabeza, a mi vez.

—Muy bien —dije—. Como digan.

Clay y Clara se miraron, y luego a mí y a Croft.

—No hay momento como el ahora —dijo Clara—. Salgamos ya, por la puerta trasera. Estoy segura de que podemos llegar hasta un edificio.

—Sí —concedió Clay—. Deberíamos...

Entonces, la ventana junto a la puerta principal explotó.

Fragmentos de vidrio volaron por todo el negocio, y un tentáculo negro se metió por el agujero. Empezó a sacudirse frenéticamente, intentando adentrarse más en el local.

—¡Dios! —chilló Clara.

—¡Salgamos! —gritó Croft.

Corrimos hacia la puerta trasera, mientras la criatura empezaba a meter más de su cuerpo, el tentáculo siendo una protuberancia de piel que daba lugar a la cabeza de un hombre. La aparición rugió; el sonido parecía hacer que el lugar se hiciera asfixiante, y mientras corría hacia la puerta el cuarto parecía cerrarse hacia mí, parecía que iba a correr por siempre, con la bestia justo a mi lado. Pero abrí los ojos, y ya habíamos llegado todos fuera.

El negocio de ropa estaba destruido, pasado por arriba como por un huracán. Los vidrios rotos, los muebles lanzados afuera, el techo caído hacia dentro. La calle se

encontraba vacía y quieta. Solo nosotros cuatro yacíamos frente al negocio.

—¿Qué...? ¿Eh? —balbuceé.

—¿Y el monstruo? —preguntó Clay.

Miramos hacia la otra entrada, pero no había nada. Tampoco parecían quedar bestias en las calles. Todo estaba en silencio.

Clara miró la hora.

—La una y media.

Los cuatro intercambiamos miradas.

—Pero eso significa... —murmuró Croft.

—¿Pasó una hora en un momento...? —dijo Clay.

Él lo sabía. Yo lo sabía. Días atrás, el espacio se había contaminado, esas cosas habían entrado; y ahora el tiempo también.

—M-Mejor pongámonos en marcha —dijo Clara.

Miramos hacia el horizonte. Un edificio destacaba sobre todos los demás; una torre de negocios.

—Para allá —dijo clara. Empezamos a caminar.

Avanzamos unas dos cuadras. Avanzamos en silencio, pero no; habían ruidos entre cada calle, presencias moviéndose alrededor. No podíamos saber si eran gente, bestias o algo distinto. No se sentía bien. Todo estaba cayéndose abajo, como yo sabía. La caminata, entre la cantidad de autos parados en medio de la calle, era lúgubre.

Entonces fue cuando lo vi.

Yo estaba caminando adelante del grupo, pero me quedé parado. El resto me pasaron de largo por un

momento antes de preguntarme qué pasaba. Me gire hacia Clay.

—Toma esto. —Le di el celular de Jack.

—¿Por qué?

—Mira... ¿sabes usarlo?

—Sí —asintió Clay.

Apretó unos botones, y escuché el sonido de un mensaje nuevo en mi celular.

---

JD: Si

JD: Por qué? Que pasa?

NS: Espero que no te moleste usar la cuenta de Jack.

---

Levanté la cabeza.

—Tengo que ir a otro lugar —expliqué.

—¿Eh? —dijo Clay.

—¡¿De que estas hablando?! —exclamó Clara—. ¡Estamos por llegar al edificio!

—Eso no importa. Usemos el celular para mantener el contacto. Yo... —dije, mientras empezaba a girar en dirección opuesta.

—Nick —dijo Clay, parándome—. ¿Qué carajo haces?

—No voy a tardar. Voy a reunirme con ustedes. Lo prometo.

Me di vuelta, y empecé a correr, alejándome más y más de ellos.

Todo estaba erróneo. Todo lo que nos rodeaba, el aire, el cielo...

El tiempo... Las cosas que creíamos hechos de la vida.

Yo no podía usar armas de fuego. No después de lo que había pasado.

¿Pero qué había pasado?

No podía recordarlo. No podía ver ningún momento en mis recuerdos que...

No, nada. ¿Por qué no usaba armas?

Sacudí la cabeza y sentí, por un momento, que no volvería a ver al resto, pero corrí ese pensamiento de mi mente.

Ahora todo estaba mal, sí...

Pero quizá algunas cosas podían arreglarse, pensé, mientras giraba en otra esquina, y veía a Jack frente a mí.

-----  
>Croft: Abrir las puertas.  
-----

Todos nos quedamos mirando como Nick se alejaba, hasta que lo perdimos de vista tras una esquina.

—¿Qué acaba de pasar? —dijo Clay, sosteniendo el celular que le habían dado.

—Ya lo oíste —dijo Clara—. Sigamos hacia el edificio.

Seguimos avanzando; como si no hubiese pasado nada, cada vez más cerca del edificio grande. Superaba en altura a todos sus vecinos, así que iba a ser ideal para esperar nuestro rescate. Iba perdido en mi mundo, pensando en el agua negra de la canilla. Eso duro hasta que el recuerdo me vino a la cabeza. Mire al resto y explique las cosas.

Habíamos dejado las pocas armas que teníamos en el local. No; Clara tenía el abrelatas en el bolsillo. Maldito abrelatas.

—Sigamos; no perdamos tiempo —dijo ella, poniéndose a caminar como si nada. Clay y yo la seguimos atrás, sin más remedio.

La torre estaba frente a nosotros. Se encontraba en una intersección en forma de T, en una de las esquinas.

Las otras esquinas estaban ocupadas por un pequeño parque y otro complejo de oficinas, aún más pequeño.

Nos faltaba menos de media calle. La ansiedad era obvia, palpable. Se escuchó un pequeño roce y todos nos giramos, pero no había nada. La calle seguía vacía.

—¡Vamos! —gritó Clara—. Ya estamos por llegar.

La fricción sonó de nuevo.

—Ya llegamos —dijo Clay, justo antes de que Clara empezara a correr hacia la torre.

Llegamos al frente de la torre; unas escaleras daban a una puerta de madera. Tenía dos vidrios oscuros en el centro que no permitían ver adentro.

Clara llegó primero. Cuando la alcanzamos ella nos tiró una mirada; las puertas estaban cerradas. Clay y yo nos lanzamos contra ellas, pero no cedían.

—¡No abren! —gritó Clara, empujando. Pues claro que no iban a hacerlo. Me puse a su lado, tiré y abrí.

—Adentro —dije.

Estaba oscuro. Apenas se filtraba un poco de luz del techo. Frente a nosotros una pequeña mesa servía como recepción. A ambos lados de la mesa había puertas, y junto a ellas escaleras que llevaban al piso superior.

Clara empezó a subir por las escaleras de la izquierda, pero se detuvo cuando estábamos en la mitad del camino. Estábamos por llegar a la segunda planta, que daba a un gran pasillo de ascensores.

Desde esa altura podíamos ver hacia la calle. Detrás de la entrada había una silueta; parecía un animal acostado en la calle. Sin embargo, antes de que

pudiéramos ver bien la puerta se abrió, y Clay dio dos pasos hacia atrás.

—¿Nick? —gritó Clara.

En la entrada habían puesto una motocicleta. Nick nos miraba desde la puerta.

-----  
>Nick: Explicar.  
-----

Antes de todo eso había tenido un amigo... Se llamaba Jack, y éramos compañeros en la fuerza de policía. Jack había muerto, bajado por Croft cuando su cuerpo se degeneró. No quedaba nada de lo que él había sido. Jack ya no estaba en la tierra, en ningún sentido de la palabra.

Pero ahora lo veía frente a mí, de pie, portando sus pistolas y su uniforme como si nada hubiera pasado. Y aunque todo lo que sabía me indicaba en contra, no había ninguna señal, ninguna muestra de que no era real; solo estaba ahí, parado tranquilamente.

Jack había muerto, pero ahora estaba frente a mí.

Nosotros también íbamos a morir, a mí tampoco me quedaban muchas horas; pensaba eso hasta que lo vi. Verlo ahí hizo distinto a todo. Quizá podamos lograrlo, pensé, viendo al que incluso había mutado y sin embargo estaba ahí. Pero la ilusión no duró mucho.

Un pestañeo y se desvaneció. Y volví a pestañear, y lo divisé una cuadra más adelante. Como si se hubiera movido muy rápido. Y empecé a perseguirlo, a correr detrás de él como si lo que estuviera persiguiendo fuera

la chance de ganar sobre la muerte, de tener una oportunidad más. Pero más que nada necesitaba verlo, necesitaba hablarle; él era la última figura de lo familiar, lo último que me quedaba antes de que todo se hubiese pervertido y yo conociera a toda esa nueva gente, esas cosas nuevas.

Pero Jack seguía alejándose. Y yo corría detrás de él, y corría, y como adentro del negocio cuando el monstruo nos había atacado, esa escena parecía un pasillo de pesadilla; un pasillo cuyo final nunca llegaba.

Hasta que Jack se detuvo.

Se paró en un callejón detrás de tres casas, un camino para bicicleta oculto que era más propio de un pueblito que de la Ciudad. El sol seguía levantado, pero se había eclipsado y la escena se cubría de un resplandor que le quitaba el tiempo a todo. Temí durante un momento el no estar realmente despierto, la locura de la situación estaba ganando terreno en mí, pero mire la chaqueta azul de Jack siendo levantada por el viento hasta que me convencí de que semejante cosa no podía ser falsa.

Jack habló. Por un momento temblé ante la disrupción del silencio, un pánico momentáneo de que al romperlo también desapareciera la situación a mí alrededor y yo despertara.

—¿Qué pasa? —dijo.

Me quede mirándolo.

—¿Qué pasa...? —repetí.

—Si —dijo Jack, tranquilo—. ¿Qué es lo que pasa a tu alrededor?

—N-No entiendo. Jack, yo...

Pero él no me dejó continuar la frase. Extendió su mano derecha y abrió la palma hacia arriba: en ella había un pequeño charco de agua negra.

—¿Qué es esto? —preguntó, como probándome.

—No entiendo. No entiendo... Jack.

Como perdiendo el interés cada vez que mencionaba su nombre, Jack dejó de escucharme y dejó caer el agua al piso.

—¿Qué es eso? —Pregunto una vez más.

—Agua —dije—. Agua negra.

Jack me miró un momento. Nuestros ojos conectaron, y en mi cabeza aparecieron imágenes de una corriente; imágenes de una canilla abierta e imágenes de lluvia. Y en cada visión el agua pasaba se tornaba negra, y entonces vi a Clara, y todo cobro sentido.

—¿El agua corriente se hizo negra? ¿Cómo Clara predijo? —dije, sin aliento. De repente, las pistolas de Jack desaparecieron, y volvieron a aparecer en mis manos.

Jack asintió durante un segundo.

Pero ya no era Jack.

La imagen de Jack se había desprendido, como si se removiera una máscara. El hombre que ahora se mostraba ante mí era mucho más alto y se encontraba envuelto en ropas blancas. Pero su forma era indistinguible. Se difuminaba, se perdía entre el escenario. Cuando centraba mi mirada en él, en cualquier punto, este se esparcía. Su visión escapaba a mis sentidos, pero estos me decían que él estaba frente a mí. Empecé a temblar, y casi quise gritar para lidiar con

esa frustración. No entendía nada, no comprendía qué estaba pasando a mí alrededor. Todo era demasiado confuso.

—Está bien, no pasa nada —dijo la figura que se había hecho pasar por Jack. Ya no pretendía usar su voz.

¿Por qué me había llevado hasta él? Me había atraído, usando la imagen de Jack.

El hombre en blanco hablo:

—¿Alguna vez oíste hablar de un universo cuántico?

Me miró a los ojos, y vinieron más visiones a mi cabeza... Como si las pensara yo, pero a la fuerza. Se sentía como un tipo de comunicación, como si simplemente fuera un lenguaje que ese hombre usaba. Aparecieron imágenes: vi a los monstruos. La gente deformada. Reconocí figuras que me eran similares; construcciones hechas varias personas, esas deformidades caminantes. Pero también habían formas nuevas: Estrellas, moluscos, grandes gusanos que se retorcián mientras avanzaban. Cosas que nunca había visto. Todo era la misma familia. El pelotón inhumano caminaba entre escombros negros, y todo vibraba con la presencia de muerte que eran ellos y con la que rodeaban todo. Ese hormigueo que traía lo tocado por el negro. Todo estaba plagado por ello; el aire, el espacio.

Parecía mi Ciudad en un estado mucho más decaído. El futuro que Clara había predicho. Donde no solo las personas habían sido corruptas, sino todo. Creí que iba a perder la consciencia, y sacudí mi cabeza una y otra vez tratando de hacer que la imagen desaparezca.

Con las pistolas temblando en mis manos, apunté hacia el hombre de blanco. Todo en expresaba blanco; incluso su pelo se veía blanco, aunque no podía mirarlo directamente. Sin embargo, algo en su conjunto era distinto; su traje tenía botones. Botones rojos. El hombre solo sonrió, complacido.

—Dispará —dijo—, dispará si querés que terminemos. Pero yo bajé el brazo. Continuaba temblando. Entonces él siguió adelante.

—Esto es un mensaje —dijo, tratando de explicar con palabras y con su lenguaje.

Y hubo otra visión.

Vi a los horrores caminando, y estos volvieron a ser hombres, y lo que era destrucción volvió a ser edificios en pie. La realidad de antes. Las imágenes empezaron a superponerse, de atrás para delante de atrás para adelante; bestias caminando en lugar de las personas, edificios destruidos y erguidos de forma intermitente.

—En las dimensiones superiores yacen horrores —dijo—. Y estas dimensiones pueden bajar y empezar a establecerse sobre la que había. Reemplazándola poco a poco. Cambiando a las personas que habían por sus personas. Y luego cambiando el resto. Esto debería ser una advertencia, pero ya sucedió.

No podía entender nada de lo que estaba diciendo. Perdí la fuerza en los pies, y me contraje en el suelo. Mi mente divagaba.

—Quiero dispararle... ¿por qué es difícil? ¿Por qué no uso armas? —balbucee para mí—. No puedo recordarlo...

Para mi sorpresa, el hombre respondió.

—Es el resultado de una experiencia chocante que tu mente asoció con las armas a lo largo de tu existencia. Esta experiencia. Vas a hacer que suceda ahora, en unos minutos —dijo.

Me levanté despacio, mirándolo y esperando algo de él. Al final, ese algo llegó. Una nueva visión.

Reconocí mi Ciudad, y vi la destrucción en la que estábamos en ese momento. La gente convirtiéndose, desatándose con violencia. El hombre hablaba a la par.

—Las dimensiones se superponen y empiezan a mezclarse. Una realidad ligeramente diferente... una como es la de los Eldritch... entra en esta y de a poco va tomando su lugar. La gente es reemplazada por el horror. Todo esto fue inevitable, fuera de su control —dijo, hablando con solemnidad, casi disculpándose.

Me apreté la cabeza.

—Podrían subirse a un helicóptero, pero no tienen adonde ir. Esto está pasando en todos lados. No puedo decir hasta donde va a llegar... quizá se detenga luego de reemplazar el agua, de reemplazar algunas personas. Quizá continúe hasta que el sol cambie lugares con una abominación.

Con lágrimas cayendo por mis ojos, apunté mi arma hacia él.

—Hmm —musitó.

*Basta*, intenté susurrar, pero no logre que salieran sonidos de mi boca. Quería que las visiones se detuvieran. Que todo eso parase.

—Así es como son las cosas—continuó diciendo, sonriente—. Al menos pude llegar y decírselo a una persona de este universo... Cruzar adentro y hacer el intento, al menos pude...

Entonces disparé. Jalé el gatillo, la bala llegó hasta hombre y por un instante pude verlo con claridad. Vi su traje blanco y su peinado blanco, y sus botones rojizos que refulgían eléctricamente. Pero entonces todo desapareció, como absorbido por una corriente, y el efecto rebotó hacia mí como un millón de edificios cayendo dentro mi cabeza.

Y me derrumbé bajo la presión infinitamente pesada, y todo se hizo negro.



Desperté en el callejón. Mi primer pensamiento fue que no tenía que estar tan lejos, tenía que apurarme y reunirme con el resto como había prometido. El resto... Clay, Clara, Croft. Me levanté del suelo, me limpié el polvo y descubrí las pistolas de Jack tiradas a unos metros de mí. Me acerque para juntarlas, pero al acercar mi mano me invadió una ola de terror. Corrí la mirada, tratando de ignorarlo, y las deje ahí.

Entonces note que había perdido mi gorra. La gorra que había sido de Jack. De alguna manera, no me importo. Podía aceptarlo.

Todo lo que acababa de pasar... no podía sacar nada en claro de ello. Mi mente estaba demasiado agotada, la

decepción había sido la última que podía soportar. No había encontrado a Jack con vida.

Ahora solo quería juntarme con el resto y no tener que tomar más decisiones. Descubrí una moto cerca, con las llaves puestas. Eso iba a ser útil.

Había avanzado por unos minutos cuando me llegó un mensaje. Al ver las letras azules que usaba Jack me sobresalte por un instante, pero recordé que Clay tenía ese celular ahora.

---

JD: Estamos por entrar al edificio. Tene cuidado.

---

El mensaje era corto pero claro. Me pregunté si ellos estaban bien... Me pregunté cuanto tiempo había estado yo en ese callejón. El tiempo estaba actuando extraño últimamente.

Me vino a la cabeza una imagen del hombre en blanco, pero la corrí. No lo entendía, no me significaba nada más que sensaciones de horror y muerte. No quería pensar en ello nunca más.

Respondí el mensaje diciendo que estaba en camino. Subí a la motocicleta y me puse en marcha.

Tras un par de minutos divisé el edificio; estaba junto a un parque y un complejo de oficinas que me recordó a mi empleo.

Todo estaba en silencio. Subí la guardia, dejé que mi disciplina tomara el control y me concentré, por más que

estuviera agotado. Miré alrededor... Podía haber una criatura en cualquier lugar. O en el peor de los casos, adentro del edificio.

Estaba por entrar cuando divisé a uno de los alterados en el suelo. Era un hombre con ropas ligeras, y casi todo su cuerpo se encontraba en estado normal, pero su estómago se abría hacia afuera espantosamente, mostrando una hilera de huesos que se estiraban hacia afuera junto con la piel, ensanchando el agujero que dejaba ver hacia el interior de su estómago. Dios santo, pensé. Su pansa debía haberse deformado y estallado de alguna manera. El suelo estaba cubierto de órganos. Lleno de asco, bajé de la motocicleta y corrí hasta la puerta. La abrí.

Frente a mí había una recepción normal, cubierta de sombras. Había dos escaleras a los lados; supuse que el resto habrían ido por ahí. Me alegro no ver ningún signo de violencia. Subí la mirada al segundo piso... y los encontré. Pero solo vi dos personas.

Cuando mire alrededor, descubrí a Clara esperando junto a la puerta. Hice lo que pude para esconder mi sobresalto.

—Hola —la saludé, algo incómodo.

Ella inclino la cabeza como saludo. Parecía satisfecha de verme en una pieza.

—Creo que estamos a salvo... —explicó.

—Tenemos que llegar a la terraza. Eso es todo lo que importa. Los helicópteros van a llegar en unas cuatro horas, ¿no?

Ella desvió la mirada.

—Henry no estaba muy seguro de eso fuera a pasar.  
—Te creo —dije, y Clara pareció sobresaltarse.  
Me miro un momento, solo mirándome sin decir nada.  
Subimos las escaleras y nos encontramos con el resto.  
—Eh, ¿adónde mierda fuiste? —pregunto Croft.  
—Em... —balbuceé.  
—Da igual —intervino Clay—. Es más importante que nos ocupemos del tema en cuestión.  
—¿Tema en cuestión? —pregunté.  
—Tenemos que revisar este lugar.  
—Concuerdo —dijo Clara—. Cualquier cosa podría servir.  
Croft me miró, mientras los otros dos hablaban.  
—¿Así que no fuiste a hacer nada?  
—Yo... —le dije, y empecé a susurrar. Yo sabía que había mentido sobre el agua de la canilla—. Vi el *agua*.  
Croft ensanchó los ojos.  
—Ajá —asentí.  
—Bueno... Pues sí. El agua es así —dijo Croft, también susurrando— Pero podría ser una casualidad.  
—Pero lo dudo... Lo dudo.  
—Croft —le dije—. Si las predicciones de Clara eran ciertas, todo lo demás también podría cumplirse...  
Pero Croft corrió la mirada y se alejó de mí. Corrió a juntarse con el resto.



-----  
>Clara: Revisar el edificio.  
-----

—En fin, “tenemos que revisar.” —repitió Croft—. Entonces, ¿qué sugieren?

—Más allá de si creen o no en lo que dijo Henry —dije—, deberíamos prepararnos para todo. Ante la posibilidad de que los helicópteros no lleguen. Hay que juntar agua y comida, cualquier cosa que sirva como arma, y encerrarnos acá hasta que venga la ayuda. Hay que tapar todas las puertas y ventanas, como en la casa.

Nos dividimos los cinco pisos, dejando la recepción; Croft tenía el segundo, Nick el tercero, yo el cuarto y Clay el quinto. Usamos el ascensor para llegar a nuestros pisos, sin decirnos nada.

Oficinas, oficinas y más oficinas. Entré a cada una y revisé todos los cajones que no estaban con llave. Solo había papeles, con el ocasional objeto personal. No esperaba encontrar algo más, de todas formas. Después de todo, ¿quién iba a traer una pistola a una oficina?

Encontré una caja de cigarrillos medio vacía y un encendedor. Tomé el encendedor.

Miré por la segunda mitad. Seguí buscando. Nada.

Terminé de revisar las oficinas y solo encontré otro encendedor. Lo tomé de todas formas, y volví al primer piso.

Me encontré con Croft, que ya había terminado.

—¿Cómo te fue? —me pregunto.

—Dos encendedores. Al menos tenemos iluminación si se va la electricidad.

—Si es que.

—¿Y vos encontraste algo? —pregunté.

—No, la verdad. No hay mucho que ver en el segundo piso. Es más, tuve tiempo de sobra y busqué por acá. Tampoco hay nada. Esto no se ve muy alentador.

Oí la puerta de un ascensor. Nick apareció bajando las escaleras.

—Em, no sé si se dieron cuenta —dijo—. Pero hay un piso subterráneo.

—Podría ser un estacionamiento —pensó Croft—. Lo mejor va a ser no hacer nada, o podríamos activar una alarma.

Oímos como el ascensor de Nick era llamado.

—Quizá, pero este lugar tiene calefacción —dijo Nick—. Debe haber un cuarto que controle eso. Y ahí puede haber algo útil.

Cuando el ascensor bajó, todos nos habíamos juntado a esperarlo. Clay se sorprendió de vernos ahí. Pasamos adentro, y Nick apretó el botón de Subterráneo.

—Eh, ¿qué encontraron? —nos preguntó Clay.

—Yo nada —dijo Croft—. Tampoco en el primer piso.

—Tampoco nada —dijo Nick.

—Yo encontré dos encendedores —dije—. ¿Y vos?

—En la oficina del jefe había un celular.

La puerta se abrió. Nos encontramos con el estacionamiento. No había muchos autos, y la entrada estaba cerrada con un portón. La única iluminación venía de luces fluorescentes, que eran algo débiles.

—¿Y por qué bajamos acá? —dijo Clay.

—Estamos buscando el cuarto con la calefacción —explicó Nick, y pasó al estacionamiento.

Se acercó a una puerta entornada, pasó y prendió la luz. Cuando lo seguimos dentro descubrimos que había dado con el cuarto que buscábamos. Nick nos llamó para mostrarnos algo; había encontrado una caja metálica. Adentro había...

—Tuberías —exclamé.

—Muchas tuberías —dijo Clay.

—Podríamos usarlas para defendernos —dijo Nick.

Tomamos una para cada uno y salimos del cuarto.

—Esto no va a ser suficiente —se quejó Clay.

—Bueno, si vamos a buscar a otras casas, estos pueden protegernos mientras cruzamos la calle —propuso Nick.

Volvimos al primer piso y miramos por la ventana de la puerta. Nada.

Nick empujó la puerta lentamente, y preparamos los tubos. Pero no pasó nada. No había nada afuera. Sin bajar la guardia, fuimos corriendo a una de las casas cercanas.

Notamos que había movimiento en algunas casas; otras personas esperando en la zona norte. Avanzamos

hasta que pudimos comprobar que una estaba vacía, y rompimos una de las ventanas para entrar.

Lo primero que encontramos fueron cuerpos. Cuatro cadáveres en el living, unos encima de otros.

—Dios —dijo Croft.

—Esto es... —Apenas podía hablar.

—¿Los mataron otras personas? —preguntó Clay.

—Solo otras personas pondrían los cuerpos en una pila —dijo Nick—. Pero mirándolos... pareciera que fue un monstruo.

Permanecemos en silencio durante unos momentos, solo observando esa escena.

—Vámonos de acá rápido —dije.

Revisamos la casa cuanto antes, pero no había nada que sirviera como arma. Nos fuimos sin revisar el living.

Salimos afuera, y vimos a todas las casas que se extendían frente a nosotros. Esa calle parecía ser una intersección importante, con muchas residencias.

—Algún vecino tiene que tener una pistola, o jugar al golf o al beisbol —dijo Clay.

«Esto va a tomar tiempo», suspiré. Entonces fue cuando todo el trabajo se interrumpió de repente; entonces fue cuando nos alcanzó el sonido de las hélices acercándose.

-----  
>Clay: Encontrar un arma.  
-----

Al principio creí que era el único que lo estaba escuchando, aunque no era así. Podía escuchar el aleteo de los helicópteros, y no estaba muy lejos; estaba encima de nosotros. Justo encima de nosotros.

Empezamos a correr por la calle. Esta seguía desierta, pero ahora el cielo era cruzado por un helicóptero; el vehículo volando encima de nosotros, a poca altura.

Los gritos no alcanzaban; ni siquiera podía escuchar a mi cabeza con ese ruido. Se fue alejando y alejando, hasta que ya no fue más que un punto negro en el cielo. Sin darnos cuenta habíamos corrido dos o tres cuadras.

No tardamos en tirarnos miradas pesimistas. Todos empezaron a quejarse; hasta mi subconsciente repetía su voz.

«Todos se van a morir.»

Meneé la cabeza, tratando de sacarme la idea de la cabeza. No era fácil. Claro que no, estaba hablando de mi puto final.

Mientras tratábamos de recuperar el aliento empezó a sonar otro ruido. No podía ver de dónde venía, pero podía

escucharlo; podía escuchar el latido otra vez. Un latido sintético, un motor. Una hélice. De hecho, eran dos. Yo seguía recuperando el aliento mientras buscaba el helicóptero entre alguno de los edificios. El sonido se acercaba, haciéndose más claro y ruidoso. Llegué a escuchar una tercera hélice, producto de mi imaginación.

El ruido se acercaba más y más, pero no podíamos ubicarlo. Vi como Clara corría hasta la siguiente esquina, Croft volvía a la anterior, y Nick seguía tirado en el piso, rendido. Mi aliento no volvía. Quería correr y ver a los dos ángeles volando, pero no podía, no podía dejar de respirar fuertemente. Todos mis sentidos se ralentizaron. Buscaba cualquier cosa en el cielo, entre los centenares de edificios. Clara gritaba fuerte, muy fuerte. Croft también lanzó un grito. Fue un tanto desgarrador, aunque solo fue uno. Pude escuchar como los gritos de Clara se empezaban a mezclar con gimoteos; como su voz se empezaba a quebrar.

Una voz quebrándose es algo muy raro. Por mucho que alguien traté, es imposible de interrumpir. Siempre había fallado, era simplemente imposible. Y Clara no era la excepción.

El ruido de las hélices se hacía más y más fuerte, ya cobrando el volumen que había tenido la primera. El sonido se hizo tan envolvente y ensordecedor que realmente pensé que habían visto gente y que estaban por aterrizar cerca. Pero no pararon. Cuando los vi salieron por mi izquierda, pasando a toda velocidad en la misma dirección que el otro helicóptero. Sentí sudor frío

en mi frente y en mi espalda. Mi cabeza estaba por explotar. Y entonces logré recuperar el aliento.

No podía quebrarme yo también. Le tendí la mano a Nick. No parecía querer levantarse nunca más, pero lo hizo.

Después volvió Clara. Se podían venir las lágrimas secas. Su mirada había cambiado; se veía como yo cuando me había mirado al espejo. Totalmente igual, pero sus ojos eran diferentes. Su mirada era más penetrante, fría. El sentimiento que me hacía sentir capaz de matar a cualquiera sin que me temblase el pulso; saber que ella también estaba en ese estado daba miedo.

Clara se quedó callada, mirándonos. No era la primera vez que notaba lo linda que era.

Croft se acercó momentos después. Él no tenía esa mirada. Se veía algo desalentado, pero sus palabras diferían.

—No estamos suficientemente al Norte. Tenemos que movernos.-aseguré

Todos asintieron.

—Hay más de una razón —dijo Clara, muy seca. Estaba moviendo su cabeza hacia atrás, como señalando.

Giré la cabeza, viendo que varios de los monstruos estaban acercándose o salían a la calle. Habían sido atraídos por el ruido, supuse. Eran manchas negras en mi visión periférica, pero sabía que eran ellos. No había que ser un genio para deducir que estábamos jodidos.

De pronto, escuché una campana sonando a través del aire. Inmediatamente pensé en Por Quién Doblan Las

Campanas, pero volví a escuchar esa voz. La voz de mis sueños.

—Por ustedes—respondió aquella voz.

Me quedé congelado. Sabía que había sido mi imaginación, hasta la campana. El tirón de Clara me hizo reaccionar, insistiéndome para que corriera.

Apreté mi fierro con fuerza y corrí hacia adelante. Corrí tan rápido como me era posible, sin mirar atrás, sin mirar a los costados, solo al lugar a donde los helicópteros se habían dirigido. Sentía mi respiración y mis pasos; el resto era vacío. Llegué a encontrar un ritmo entre mi movimiento y mi respiración. Solo seguía corriendo hacia adelante, mirando al punto donde las máquinas habían desaparecido. Empecé a escuchar una voz lejana, pero se acercaba muy rápido.

—¡Clay! —gritó Croft.

Tropecé y caí al piso con brusquedad. Mi tubo salió despedido hacia adelante. No llegué a abrir los ojos antes de sentir la sangre corriendo por mi cara. Podía sentir el ardor de las raspaduras; mis manos paspadas, mis rodillas.

Pero era un dolor distinto. No era dolor. Sí, dolía, pero daba forma a otra cosa. Eran esos momentos los que hacían que mi mirada cambiase; que apareciese el otro Clay. El que podía ser mi verdadero yo, liberado por la Ciudad. Pero ese no era un buen momento para preguntar qué o por qué o cómo, aunque la respuesta fuera simple.

Me levanté rápido, tomando mi tubo. Vi a los demás a media cuadra, esperándome. Atrás había una decena de

deformes. Entonces miré justo delante de mí; otra de las aberraciones de varias personas a la vez.

Me miraba fijamente, no se movía. Su respiración parecía complicada y quejosa. En su pecho había algo parecido a un ojo gigante. Estaba situado donde iría el corazón y latía, casualmente. A cada momento se llenaba de ese líquido negro para después limpiarse. A su brazo derecho le faltaba una mano. Su hueso cúbito había tomado una forma afilada de treinta centímetros.

Tomé el lado que parecía más duro de la tubería y me acerqué un metro o dos. Usándola como un arpón, la lancé directo al pecho de la aparición. El otro Clay hubiese fallado, o el golpe hubiese rebotado. Pero esta bestia tenía un tejido muy blando, y mi fierro le pasó de lado a lado.

No sabía si había sido suficiente para matarlo, pero corrí hasta donde estaban los demás. Al llegar a la esquina doblamos a la izquierda, desviándonos de nuestra persecución.

—Un último esfuerzo hasta la próxima esquina, y los vamos a perder —dijo Clara.

Realmente tuve que usar mis últimas fuerzas, pero llegamos a la esquina y doblamos a la derecha. Avanzamos por unos metros, y descansamos por unos momentos.

Utilicé el trapo que tenía por camisa para secarme la sangre. Nick miró mis raspaduras, un poco desconfiado.

—Estoy bien —solté.

Sin decir más, habiendo podido recuperar un poco de aliento, seguimos hasta la otra esquina.

—Deberíamos conseguir un coche —dijo Croft, mientras se acercaba a uno que había estacionado en mitad de la calle—Hey, creo que no estamos lo suficientemente lejos... —trató de hablar, pero se quedó helado.

Al llegar del otro lado del auto pudimos ver por qué.

Había dos cadáveres y una persona moribunda justo delante del auto. La sangre era fresca; demasiado fresca. No tenía idea acerca de coagulación, pero eso no podía haber pasado hacía más de quince minutos.

El moribundo nos miró. Su respiración era débil y muy dificultosa. Estaba en sus últimos momentos. Nos miró a cada uno. Llevó su mano a la cadera y sacó una pistola. Entonces levantó el arma en dirección de Clara, y se la arrojó tan cerca como pudo.

Señaló para adelante, hacía el norte. Movié la cabeza: «vayan». Luego dejó que su brazo cayera; y respiró sus últimos momentos. Unas palabras quisieron salir de su boca, pero la sangre le prohibía hacerse entender. Al final, cesó de respirar.

Clara se quedó mirando la ofrenda, así que Croft tomó la pistola para sí y se puso a inspeccionar los otros dos cuerpos. Al final encontró un cuchillo y otra pistola. Ahí había pasado algo serio. El coche también estaba baleado, aunque funcional.

Nick y Clara se pusieron a hacerlo funcionar, y tomó varios intentos. Al final, sin embargo, el motor rugió.

-----  
>Croft: Conducir.  
-----

Encontramos un auto en medio del camino. Frente a él había dos muertos y un no tan muerto.

No era ninguna sorpresa encontrar autos varados, aunque ese era el primero que estaba lleno de plomo. El moribundo le dio su arma a Clara y señaló al norte, hacia donde los helicópteros habían ido. Hacia donde marchábamos. Luego de eso no duró mucho.

Clara me tiró la pistola, desentendiéndose, y se fue a tratar de encender el auto. Me puse a revisar los otros cuerpos; había un cuchillo y una pistola más. El auto encendió y todos nos subimos. Le di una pistola a Clay y el cuchillo a Nick.

—Vas a tener que arreglártelas con tu fierrito —le dije a Clara.

—Está bien, las armas no me gustan y no tengo ninguna práctica —respondió, mientras se subía atrás. Clay fue mi copiloto.

—Llévanos al norte —dijo él.

El ruido de las hélices había desaparecido; solo podíamos escuchar nuestro motor y a los cauchos sobre el pavimento. Frente a nosotros se extendía una calle

vacía. El sol de la tarde ya empezaba a ocultarse, tapado por uno u otro edificio.

Mientras avanzábamos, una columna de humo negro empezó a levantarse por el cielo gris, poco a poco. Nick comentaba con Clara sobre ello. Ya habíamos visto columnas de humo antes, pero esa venía del norte. ¿Sería un helicóptero? Debía estar a unas diez calles.

—Qué bueno que tenemos el auto —dijo Clay mientras hablaban atrás. La charla estaba tornándose en una discusión.

—No, Nick. ¡No vamos a morir! —gritó Clara, en el mismo instante en que una rueda explotaba. Traté de mantener el control, pero íbamos muy rápido; lo suficiente como para que el choque con un semáforo nos sacudiera de arriba abajo.

Me golpeé la cabeza con el volante y quedé mareado por unos segundos. Cuando me recuperé, los demás ya estaban en la calle. Clara estaba insultando mis habilidades para manejar. Las discusiones habían parado, por lo menos.

Decidimos seguir caminando hacia la columna de humo. Dejamos el auto atrás e hicimos unas dos calles en silencio. El humo tapaba al sol sobre nosotros, haciendo que el lugar pareciese más oscuro que nunca, y la calle estaba aún más silenciosa. No había ni un grito ni un disparo. Solo nuestros pasos nos acompañaban hacia el norte.

—Esperen —dijo Clay—. ¿No íbamos hacia el norte?

Todos nos quedamos mirando en silencio. Mirábamos hacia el humo negro, y el sol que se escondía tras él. Estábamos avanzando hacia el oeste.

—¿Qué está pasando acá?

Clara tenía razón en preguntar, pero no tenía la menor idea.

-----  
>Nick: Encontrar a otra persona.  
-----

—¿Qué carajo está pasando acá?

Los cuatro mirábamos desconsolados, contemplábamos como la columna de humo que se ocultaba tras una hilera de edificios nos había llevado por un camino ruin.

Mientras marchábamos una cosa había sido clara. La Ciudad estaba desolada. Su antigua gloria no había significado nada contra un flujo mayor. No importaba cuánto nos hubiéramos esforzado en construir nuestras vidas; una ola más grande lo había barrido con todo.

No podía decir si había sido una fuerza de la naturaleza o un acto malintencionado. No importaba. Acabamos de pasar un par de cadáveres; ahora había que aceptarlos como una normalidad. Todo, todo... caído abajo en un momento. Y ahora tampoco podíamos confiar en que el norte fuera el norte.

Solo podíamos pretender aguantar y seguir adelante, seguir la corriente de nuestra situación. Una situación más grande que cada uno de nosotros. Porque lo contrario era la locura. Afirmé mi agarre en torno al cuchillo; Croft y Clay se aferraron a sus Glock. Podíamos

lidar con ello. Debíamos hacerlo, no quedaba ningún otro camino ya. Ninguno de nosotros bajó la mirada, en ningún momento.

—El humo sigue ahí adelante —dijo Clay—. Eso significa que los helicópteros siguieron esa dirección de todas maneras. Ese... es el nuevo norte. —Extendió su brazo, y señaló hacia adelante— Direcciones de lado, es ahí adonde tenemos que ir.

Se hizo un silencio.

—Puede que sea así —dijo Croft, entonces.

—Vamos, movámonos de una vez —dijo Clara.

Ella encabezo la marcha, con paso firme. El resto empezamos a seguirla lentamente. Lentamente, pero con seguridad.



La situación se había dado vuelta en un instante. Pasaron helicópteros, aparecieron demonios. Nuestras expectativas se habían derrumbado y habíamos tenido que adaptarnos de nuevo. Hubo que abandonar el edificio, y seguir a la salvación que nos había dejado atrás. Nadie lo había cuestionado.

Sin embargo, mientras caminaba atrás de Clara yo no podía dejar de pensar.

¿Realmente íbamos a salvarnos? No sabía si huir en un helicóptero iba a cambiar algo... quizá llegáramos a donde llegáramos todo iba a ser...

No podía dejar de pensar en las palabras del hombre de blanco.

Pero mi mente lo evadía, y esta contradicción me torturaba. Temía enloquecer si me enfrentaba a ese recuerdo. Además, no podía entenderlo. Solo sabía que ya no podía sentirme seguro; el abismo me había devuelto la mirada.

Y el humo negro al que nos acercábamos no ayudaba. ¿Íbamos a terminar así si nos subíamos a uno de los helicópteros? ¿Cómo humareda? Creía poder adivinar lo que había pasado... Habían recogido a algunos ciudadanos, había sucedido una transformación en medio del aire. Miré a ambos lados, a quienes marchaban conmigo, y sopesé la idea de que cualquiera podía trastornarse en cualquier momento.

¿O no era así? Quizá había otros factores. Quizá solo hubo una etapa de transformaciones y no todos fueron susceptibles a ella. Hundí los hombros y en silencio esperé tener razón.

—Ahí —anunció Croft.

Solo había que girar en la esquina y estaría frente a nosotros. Ante la proximidad de la zona del accidente, el cielo estaba tapado por el humo completamente. Un cielo pálido en el que había comenzado una llovizna.

Los cuatro avanzamos hacia adelante. Doblamos la esquina, y nos encontramos por fin con la escena del transporte estrellado. La lluvia hacía que la iluminación se viera, pero el silencio fue lo que me dio un escalofrío. Entre todo ese humo y los pequeños rastros de fuego... entre una escena tan violenta... el silencio era descolocado. Como algo a punto de pasar.

—¿No hay nadie...? —susurró Croft.

—No sé —dijo Clara—. Creo que... —pero la interrumpí.

—Sí hay.

—Sí —acordó Clay— Adelante distingo una figura.

Clay señaló hacia delante de nuevo, señaló a una forma negra entre las ruinas. Nos acercamos cautelosamente.

Era un convertido. Se elevaba sobre el suelo, atravesado por un pedazo de escombros que le cruzaba el torso. Su brazo izquierdo se levantaba hacia arriba y se extendía por varios metros, estirado de forma antinatural. Diversas membranas de hueso surgían cada un cierto trecho, haciendo de soporte para el brazo. Llevaba un uniforme de soldado completo.

—¿Q-Qué hace con ese uniforme? —preguntó Clara.

—No tiene sentido —dijo Clay—. No iba a ser una operación marcial.

Croft soltó un gruñido.

Entonces, el soldado se movió. Todos dimos un salto hacia atrás, mientras giraba su cabeza hacia nosotros. Sin embargo, parecía paralizado. Su cuerpo era un obstáculo para él mismo.

Nos miró... y le devolvimos la mirada, mientras la lluvia nos bañaba y nos helaba. Había un foco de luz en los escombros detrás de él, por lo que la criatura era cubierta por sombras. El aire era increíblemente denso.

—Ese cuerpo es un disfraz —balbuceé, entendiéndolo—. Cambió su forma.

—¿De qué estás hablando? —dijo Clara, girándose hacia mí—. Las criaturas no pueden hacer eso.

No respondí nada.

De pronto, la criatura soltó un murmullo. Parecía estar haciendo algún tipo de esfuerzo.

Todos nos paralizamos.

—*Hola* —logró mascullar, con una voz fragmentada. La llama tras él era temblorosa, y hacía que su silueta pareciese incierta. Su rostro de soldado sonreía sin humanidad.

Había adaptado esa forma para agradarnos. Hasta ahí habían llegado sus capacidades.

La bestia había hablado.

En ese momento, solo quería salir de ahí.

-----  
>Clara: Matar a la bestia.  
-----

Algo había estado mal desde la mañana. No tenía caso seguir ignorándolo. El norte moviéndose al oeste. Una hora de tiempo que desaparecía. Y objetos que aparecían de pronto.

No, nunca había tomado un pedazo del diario del Henry, a pesar de mis recuerdos. Porque también recordaba no haber tomado nada. Lo que vi escrito no parecía parte de un diario, y el papel había estado en blanco luego de que lo rompí.

Y ahora, uno de los deformes había hablado. No veía la hora de dejar esa ciudad.

—*Hola*—nos dijo, sonriendo de manera extraña. No era una sonrisa humana.

Me sentí tan asustada como confundida. Apreté mi fierro con fuerza.

—*Hola*—volvió a repetir, como esperando algo.

—No respondan...—susurró Nick.

—*¿Por qué no?*—dijo el monstruo, escuchándolo; su boca moviéndose de manera antinatural. Si existía un español puro, neutro, era aquel; era carente de todo acento. Nick se quedó callado.

—¿Quién sos?—dijo Clay, con algo de temblor en la voz. La bestia giro su cabeza hacia él, y bajo la mirada a la placa en su pecho.

—*Soy un soldado.*

—Vos sos todo menos un soldado —respondió Clay—. ¿Quién sos de verdad?

—*¿De verdad quieren saber?*—dijo el soldado, y empezó a alterar su brazo derecho. Era el brazo con extensión normal, y comenzó a hacerse más oscuro, convirtiéndose en una silueta negra. O en una sombra. Estaba cambiando a sus pieles de verdad; ese cuerpo era un simple traje. Nick había tenido razón.

—¡No! ¡Pará!—Clay levantó su pistola y le apuntó.

El monstruo sonrió y volvió su brazo a la normalidad.

—¿De dónde venís? —logró preguntar Clay, entonces.

—*De arriba del cielo* —respondió él—. *De arriba del negro entre las estrellas y de lo observable en cualquier frecuencia. Venimos más allá de su universo plano.*

—Cómo... ¿de otra dimensión?—dijo Clay, sin bajar el arma.

—*Ese no es el término exacto...*

Clay retrocedió hacia nosotros, sin dejar de apuntar.

—¿Creen que este mintiendo? Es algo difícil de creer...

—No, no miente —dijo Nick. Parecía muy seguro.

—¿Cómo sabés? —pregunté.

—Solo... lo sé.

Hubo un silencio entre los otros, que nos miraban.

—Te creo. —dije entonces. Nick perdió la cara seria.

—Digo, eh... lo que estuvo pasando solo se puede explicar con algo fuera de este mundo.

—Bueno, bestia —dijo Clay, volviendo con el soldado—. Cuando decís “venimos”... ¿te referís a todos los deformes que andan por la ciudad?

—*No, ellos nacieron acá* —dijo la criatura—. *Me refiero a los monstruos de verdad, los que no vieron. Los que causan terror. Los que causaron esto.*

—¿...Monstruos como vos? —dijo Clay. Ya estaba hilando algunas ideas; los deformes de la calle no podían cambiar su forma como este.

—*Sí, exacto.*

—¿Por qué? —preguntó Clay—. ¿Por qué nos lastiman?

El soldado hizo silencio.

—Respondé.

—*Ah... la Ciudad* —dijo la criatura, como cambiando de tema. Era la primera vez que mostraba algo parecido a una emoción.

—¿Eh?

—*¿No es extraño? Es perfecta, ¿no? Te hace sentir bien, te hace olvidar tus problemas. Como si hubiera algo en el aire. Podría ser una droga recreacional. O podría ser una mala adicción... ¿no?*

¿De qué estaba hablando? Yo había vivido ahí toda mi vida sin notar nada extraño. Pero Clay parecía sacudido. Miró a la criatura sin decir más. ¿Qué le había pasado?

Luego de unos segundos decidí seguir yo.

—No respondiste la pregunta. ¿Por qué nos lastiman? ¿Es porque estamos en esta ciudad?

—*No, no tiene que ver con eso* —siseó el monstruo.

Esperé unos momentos. No agregaba nada más.

—No va a responder, Clara —dijo Nick. Chasqué la lengua.

—Entonces, decime... ¿qué es ese líquido negro? —Los demás me miraron intrigados. Era lo primero que se me había ocurrido. Al cabo de un momento, con cierta vacilación, el soldado respondió.

—*Está en la onda larga.*

—¿Eh?

—*En la onda larga*—repitió, sin aclarar nada. ¿Se refería a las de radio?

—Debe hablar de las de radio —me dijo Croft—. Quizá existe una transmisión donde se explica el agua. —Pensé que valía la pena revisarlo luego.

—¿Vos hiciste que el helicóptero se estrellara? —pregunté a la criatura.

—Sí —dijo, sonriendo—. *Yo mismo maté al piloto.*

Por un momento no pude responder. Croft tomó la palabra.

—¿Ustedes están atrás de todo lo de hoy?

—¿*Qué cosas?* —dijo el soldado.

—El tiempo dando saltos. Las direcciones cambiando.

—Sí. *Eso puede ser acción nuestra.*

—¿Por qué lo hacen? —preguntó Croft.

El soldado volvía a cerrar la boca.

—No va a responder... —dijo Nick. El monstruo giró la cabeza, mirando al cielo. Le seguimos la mirada, y vi el sol, de nuevo en donde estaba antes—. ¿Somos los únicos a los que les hacen esto? —preguntó Nick.

*—Ustedes no son especiales en nada. Van a morir, igual que el resto. No va a tener nada de esa dignidad y gloria que tanto valoran.*

—No es así —dijo Croft. La criatura no parecía convencida.

—Todo ser humano debe pensar eso —dijo Nick.

—Bueno, pero, ¿no tenemos a Henry de nuestro lado? —insistió Croft—. Si cambiamos el destino, si de verdad lo hacemos, podemos sobrevivir.

*—El destino no se puede cambiar* —intervino la criatura.

—¿Quién dijo que no? —respondí, exaltada.

*—No hay elementos al azar fuera de la escala cuántica. El mundo macroscópico es predeterminado desde el inicio, hasta la muerte del universo, sin excepciones.*

—Henry pudo cambiar el futuro. Por eso estamos acá. La criatura frunció el ceño.

De pronto, su cuerpo se volvió completamente negra, y la estaca se deslizó fuera de su cuerpo, cayendo al suelo.

—¡A un lado! —Clay me tiró hacia atrás y disparó a la bestia, que ahora era una silueta. Los disparos no parecieron hacer nada. Se irguió por completo, y comenzó a acercársenos mientras Croft también disparaba.

*—Ustedes son insignificantes* —decía mientras avanzaba—. *No merecen lugar alguno en la existencia.*

Clay trató de darse vuelta y huir, pero la silueta lo tomó del cuello y lo lanzó por el aire. Cayó a unos metros, dando vueltas en el suelo.

*—Sí, Dios va a pasar sobre la Tierra* —dijo, acercándose a Nick, hablándole—. *Pero no va a ser*

*un castigo ni el día del juicio. Solo porque a Él no le importan. No va a notar su presencia cuando aplaste el mundo; no va a oír sus gritos, ni sus llantos, ni sus rezos.*

Nick estaba paralizado, y solo pudo reaccionar cuando el monstruo estuvo a unos centímetros. Le atacó con el cuchillo, pero no le afectó. La silueta lo aplastó contra el suelo. Nick echó un grito, pero la bestia solo dio otro golpe más.

*—Helicópteros, autos, aviones. Nada de eso va a poder escapar. La Ciudad es el comienzo y será el fin. Ningún ejército o dios va a protegerlos, y ningún destino va a cambiar lo que ya empezó.*

La criatura apareció frente a Croft en un instante. Antes de que este pudiera hacer algo, fue empujado contra una muralla.

*—Y cuando sufran la desesperación más profunda... y hayan perdido todas sus esperanzas... van a conocer el verdadero vacío. —La silueta se estaba acercando hacia mí, arrinconándome contra la pared mientras yo respiraba desesperadamente. Y siguió acercándose—. La carencia de existencia y de vida. Nunca va a saberse que existieron. —Traté de golpearlo con mi tubo, pero el golpe lo atravesó como él si no estuviera ahí. La silueta empezó a absorber el fierro, arrancándomelo de las manos hasta que desapareció de la realidad—. Tu esfuerzo es inútil. No puedes dañar una sombra tridimensional. Es algo que no comprendés. Asomate hacia el vacío.*

Sentí lágrimas otra vez. Mi vista se nubló, y la sombra cubrió mi campo visual, acorralándome. Cubriendo todo con la nada.

¿Ese era el vacío donde íbamos a terminar todos?

Mamá, papá, mis hermanos. ¿Se habían salvado al morir antes?

No, no lloraba, pero ya no me hubiera importado. No hubiese hecho una diferencia.

*Solo...*

El sol de verano seguía brillando, aunque las nubes y el humo lo opacaban. Las nubes causaban lluvia, aunque esta no podía hacer nada contra el fuego del lugar. Brillante, el fuego iluminaba la escena. Los tres hombres vieron como ocurría un ataque silencioso, sin ruido alguno. Hasta que el grito de la bestia cubrió el ambiente.

Un vapor negro empezó a salir de la herida, mientras la sombra retrocedía.

Me desplomé en el suelo, apenas respirando. El miedo apagaba mi conciencia. Sin embargo, mi mano derecha se aferraba al abrelatas que había sido de Henry. Con el que había herido a la bestia.

Croft no perdió tiempo. Se levantó, me quitó el abrelatas, y se lanzó a atacar. Aunque el monstruo intento cubrirse, el abrelatas atravesó su brazo sin esfuerzo, hiriendo como un cuchillo y sacando más de ese vapor negro. Croft siguió atacando, y por fin la bestia se alejó y desapareció. Se desvaneció en el aire, como mientras nos había atacado. En un instante.

Croft miró a todos lados para asegurarse de que se había ido. Los chiquillos se acercaron a mí. Me costó entender sus palabras.

—¿...ra? ¿Clara? ¿Estás bien? —decía Nick. Asentí levemente, mirando hacia donde había desaparecido la bestia.

Me levanté del suelo. Estaba helada y temblando.

—¿Segura?

«Sí», respondí, apenas escuchándome.

—¿Que paso ahí, Clara? —preguntó Clay.

—E-El vacío —dije—. Trató de matarme...

—Y lo atacaste con el abrelatas de Henry, ¿correcto? —dijo Croft, mientras se acercaba y me extendía el abrelatas.

—Era lo único que podía hacer. —Me aferré a él.

—No entiendo. Las balas no le hacían nada, pero ¿el abrelatas sí? —dijo Clay.

—Se chupó mi tubo —dijo Croft—. Dijo que era una sombra tridimensional o algo así.

—Ajá... —asentí.

—¿Creen que Henry lo trajo por eso? —dijo Clay, creyendo por completo.

—Me lo habría dicho antes de morir —dije.

—Y no le hacía nada a los otros deformes —dijo Croft.

—Esté podía hablar y cambiar de forma. Era distinto... dijo que era distinto —dijo Clay.

—¿Podemos ponernos en marcha? —pedí—. No quiero estar afuera... —Los hombres se miraron y asintieron.

Con paso rápido, salimos de la calle y continuamos hacia el norte. Ahora Croft lideraba el paso. La lluvia se había hecho más débil, pero yo todavía sentía el corazón acelerado. Dejamos atrás la columna de humo y continuamos hacia los edificios más altos.

Apretaba el abrelatas y no podía dejar de pensar en la suerte que había tenido.

—¿Saben? —dijo Nick, luego de unos minutos caminando—Estuve pensando. Todo lo que anduvo pasando hoy, lo del sol moviéndose... Quizá todo esto no sea más que un asunto de percepción. Una confusión de nuestra parte.

—¿Por qué lo decís? —preguntó Clay.

—Bueno, es que no puede ser. Si de verdad fue causado por otras criaturas, o movieron el planeta o movieron el sol. Si tienen tanto poder podrían habernos exterminado cuando empezó todo esto, ¿no?

—Puede ser, Nick —dijo Croft, sin mucha convicción—. Puede ser...





## *Intermedio*



-----  
>*Registro.*  
-----

Así empieza el registro de nuestro universo. Un universo devorado. Escrito esperando que pueda llegar a alguien más.

-----  
>*¿Dónde?*  
-----

Sucedió en la Ciudad.

La Ciudad era más grande de lo que solía imaginarse. En realidad, nadie podía asegurar que tuviera límites, pues nadie los había visto.

En la Ciudad todos eran infelices. Las viejas instituciones estaban en ruinas; la educación había sido abandonada, todos los servicios habían sido privatizados y eran exclusivos. No había drogas, no había hilos de corrupción. Lo corrupto era la Ley, y las calles debían

seguirla. La violencia reinaba; estar en la calle era convertirse en un blanco. Y la gente moría todos los días. Esto no llamaba la atención de la seguridad, que solo se preocupaba por regular a la población cuando les concernía.

Los edificios atravesaban el cielo; miles y miles de personas yacían encastradas en habitaciones diminutas, en edificios con cientos de cuartos como colmenas que cubrían todo con su sombra y con un cielo color gris debido a la contaminación. Edificios que eran ojos en todos lados. La Ciudad era un fracaso. Habíamos perdido el camino.

Nadie estaba esperándolo.

Nadie podía prevenir algo así, nadie pudo prepararse lo suficiente. Nuestros métodos para huir del dolor eran pobres; libros baratos, comida rápida. Eran cosas que uno tomaba por seguras y que podía esperar en el día siguiente...

Todo, todo eso dejó de tener significado, o solo no significo nada en el momento en el que todas las cosas debieron demostrar si lo hacían.

-----  
>¿Quién?  
-----

Walter Setxel corrió entre papeles revoloteando, corrió sobre charcos negros de mugre y suciedad. Corrió entre las calles de granito, derruidas, hacia la puerta diminuta de su edificio. No entró, sino que se metió en el ascensor exterior para subir hasta su piso. Empezó a elevarse en el armatoste oxidado, viendo a los edificios junto a él a medida que se elevaba. Sabía que no llegaría tan alto como para ver un techo. Sabía bien que sin importar cuanto subiera solo vería más ventanas.

Por fin llegó. Su departamento, pequeño y apretado, estaba a oscuras, y una parte del techo aun goteaba por la lluvia de la noche pasada. Se deshizo del bolso que llevaba en la espalda y se sentó inmediatamente frente a su cabina.

El evento ya había comenzado. Él no lo sabía.

Lo que sabía era que había habido escándalos en las oficinas de investigación... Esos edificios grises iguales al resto pero algo diferentes, los que tapaban el cielo como el resto pero no albergaban dormitorios.

Se decía que aquellos edificios de laboratorios, privados, llevaban las riendas de toda ciudad. Estar en esos edificios parecía ser el único trabajo real ahí, pero Walter no sabía nada de eso. Esperaba que su contacto pudiera decirle algo al respecto.

También había escuchado rumores de que había muchas personas abandonando la Ciudad últimamente. Eso era algo que podía investigar él, estando a nivel del suelo, pero había comenzado hace varias semanas y

todavía no había echado mucha luz acerca de las supuestas Puertas y su paradero.

Pero había hecho avances. Walter lo sabía. Siempre permanecía en movimiento, mudándose de casa en casa para que las consolas fueran variadas. Las Puertas tenían que existir. Él sabía que debían estar más cerca de lo que pensaba.

Encendió la consola, y lo recibió esa vieja pantalla en negro. La computadora esperaba un comando.

Había una en cada casa. Venían incluidas, parte de las paredes, y nadie sabía de donde habían venido. La mayoría de la gente no sabía qué hacer con ellas. Pero se rumoreaba que eran obra de los edificios de investigación hace muchos años, antes de que la tecnología se hiciera más compleja y tuvieran que elevarse a los cielos. Walter sabía que ingresando los comandos correctos podían hacerse muchas cosas, y sabía uno o dos comandos.

Con el algoritmo correcto, por ejemplo, era posible contactar a otra terminal. Esto podía lograrse con un simple comando, **>CONECTAR**, pero la conexión era al azar. Todas las consolas tenían una compañera en alguna parte de la ciudad y uno no sabía con quién podría hablar. Esta red invisible y sin significado aparente estaba preconfigurada desde siempre, y era otra de las cosas que solo estaban ahí y la gente no intentaba explicar.

Walter, sin embargo, había aprendido el algoritmo, y podía volver a hablar con su contacto estuviera donde estuviera.

Su contacto no hablaba mucho de su propia vida, pero tenía mucha información para compartir. Por su parte, mostraba curiosidad por los detalles mundanos de la Ciudad, por la vida de Walter. Este sospechaba que su amigo venía de otro sector de la sociedad. Su contacto no parecía llevar una vida cotidiana, sino que vivía entre datos y números. Walter creía que venía de más arriba en las calles; en los edificios de investigación. Era la persona ideal a quien preguntar sobre los rumores.

Walter se acomodó en su silla, tecleó unos momentos e inició la conexión. Como siempre, no hubo un momento de espera. Su compañero siempre parecía estar ahí, sentando frente a la pantalla. Era todo lo que hacía. El comando había sido enviado. «>CONECTAR.»

---

JD: Saludos.

---

Walter se removió en su asiento. Las viejas siglas de JD. Cada computadora tenía dos siglas asignadas al azar. JD sabía que él estaba siempre en movimiento, así que habían acordado una contraseña para saber que eran ellos.

Walter presionó enter y mandó su mensaje con la contraseña. Sus siglas asignadas eran NS, al parecer.

Se recostó en su silla, y se preparó para hacer preguntas una vez más.

---

JD: Esa es la contraseña. ¿Sos vos, Walter?

NS: Si. El cielo se vino abajo ayer, y la lluvia pareció amenazar con tirar abajo la ciudad. ¿La sentiste, J?

JD: Escuché la lluvia. Sí.

NS: ¿Solo la escuchaste?

JD: Sí...

NS: Em... Bueno.

NS: Entonces no voy a dar vueltas.

NS: Siempre tuve la duda. ¿Vivís ahí, no? Arriba en los edificios.

JD: Si.

---

Walter sonrió. JD había respondido por primera vez. Ahora vendrían muchas más respuestas. JD sabía que ya no tenía caso ocultar cosas. Sobre ellos, mientras tanto, las nubes se congregaban... El evento estaba por alcanzar a Walter.

-----  
>¿Dónde?  
-----

¿Dónde? ¿Dónde había sucedido? En la ciudad, sí. Pero el evento tardó en alcanzar a todos; la ola tenía que expandirse.

JD estaba frente a su computadora cuando el Recibimiento lo alcanzó y lo convocó. Walter se encontraba saltando a la calle. La conversación se había vuelto demasiado seria y mantenerse en una sola computadora lo había puesto nervioso. Pretendía meterse en otra casa y continuar ahí, pero entonces lo alcanzó el evento. El Conocimiento les llegó a todas las personas.

De todas maneras, Walter había podido preguntar lo suficiente. JD le había otorgado la clarificación; el entender lo que estaba pasando.

Aunque el Recibimiento estaba por suceder, sus efectos iban a crear un axis que se sentiría en todas las direcciones del tiempo.

Por eso sus efectos habían estado siempre allí, aunque aún no había sucedido. Estos efectos pervirtieron todo, haciendo posible a la Ciudad en el momento de su creación. El evento se basaba en la Ciudad, pues ella era el comienzo y sería el fin. Debía ser un nido de suciedad eterno. La habían determinado para que se desarrollara de esa manera, y ahora iban a asegurarse de que fuera una mancha por siempre. Eso era la Ciudad.

Walter había leído los mensajes que aparecían en su monitor, las palabras que continuaban apareciendo pero que no parecían tener un sentido lógico. No podían ser

comprendidas por alguien con el imaginario normal de la gente de las calles. Pero coincidían con las investigaciones de Walter, que siempre había querido saber más y había investigado acerca de las Puertas. Gracias a esto siguió leyendo, y pudo ir entendiendo lo que estaba pasando, entendiendo que la ciudad iba a servir como puerta para dejarle paso a una criatura de otro universo cuántico. JD le dio clarificación. Walter comprendió lo que estaba pasando, y conoció a los Eldritch.

Entonces llegó el momento del recibimiento. Sucedió en la Ciudad. La Ciudad tembló.

-----  
>El recibimiento.  
-----

Todo había comenzado mucho antes. Walter no sabía esto cuando fue alcanzado. A kilómetros de distancia, a kilómetros de altura, JD tuvo que dejar su computadora. Ya no podía esperar a Walter, pues era llamado a asistir al Recibimiento. Igual que todos los científicos en las torres.

La ciencia había avanzado y lograba avances cada vez mayores; y lo que había comenzado en los suelos pronto

tuvo que elevarse con las torres. Influenciados por los efectos del evento, los científicos trabajaban y la red de superfrecuencias continuaba mejorándose.

Todo esto surgió a partir del prototipo de red que fueron las consolas. Habían hecho a todo posible, aunque las hubieran dejado entre la suciedad de las calles; la tecnología previa no era más que basura, y esa solo había sido usada para probar que las cosas podían conectarse sin usar cables. Que todas las cosas podían tocarse a través de las superfrecuencias, autopistas de datos en vibraciones que no podían ser sentidas por humanos. Vibraciones cuya existencia solo era comprobada por computadoras.

Así fue que las investigaciones continuaron, y pasaron las generaciones, y la gente nacía en las torres hasta que terminaron olvidando que había algo en el mundo de abajo. JD era una de estas personas, uno de las multitudes de científicos que finalmente llegaron a perfeccionar a la red como una unión-colmena entre las mentes de todas las personas arriba y abajo. Esto paso sin el conocimiento de ningún ciudadano. Esto fue llamado la NET.

JD y los científicos no respondían a nadie, pero sus ideas venían de alguien más. En el fondo, el proyecto de la NET no era diferente a la creación de una gran consola, y los científicos habían sido los primeros en conectarse a ella. Así es que habían quedado vulnerables. Como todas las consolas, esta estaba esperando que alguien le introdujera un comando.

Los científicos eran los únicos que podían escuchar estos comandos que les decían qué hacer y hacia donde encaminarse. Estos comandos provenían de los Eldritch, que rugían por un acceso a aquel plano y rugían por devorar. Sus voces resonaban por toda la tierra, incluso en los niveles inferiores; las calles bajas, plagadas solo por gente en decadencia o unidades DELTA de control civil. Estos habitantes interpretaban estos mensajes como una sensación de malestar, y solo aquellos que nacían con gran alcance psíquico, con gran neuroplasticidad, podían ver algo más.

Walter era una de estas personas. Receptivo, escuchaba a las voces del apocalipsis como un susurro tenue, como mensajes subliminales que terminaron llevándolo a querer investigar. A dejar de estar sentado e intentar averiguar qué estaba pasando en la Ciudad. A buscar las Puertas con las que huir.

Así es que habían llamado a JD. Era momento del recibimiento.

Todo estaba en su lugar. JD preparó su torre, posicionada para coincidir con los flujos magnéticos de la tierra y entrelazarse con las superfrecuencias. Su torre estuvo preparada y en posición, como todas las demás. El algoritmo se introdujo. Un comando para el final.

**>CONIUNGUNT .**

El Eldritch Blanco vio las calles de la ciudad. Eran calles aun en forma, distintas a las que sus ojos estaban acostumbrados a ver. Pronto estarían también en ruinas. El Blanco pasó adentro y cruzo las Puertas... entonces

fue cuando conocimiento colectivo les llegó a todas las personas.

El mensaje, transmitido a través de la NET, era claro; un saludo y un aviso. El tiempo de la Tierra se había acabado. Muchas personas en los niveles inferiores murieron al instante, sus corazones paralizados, sus almas llenas de terror. Walter palideció, y entendió que realmente se había acabado el tiempo. No dudó en saltar de su ventana y ponerse en marcha.

-----  
>Las puertas.  
-----

Parado frente a las puertas, Walter temblaba.

Paseando por las calles, pero flotando unos metros sobre ellas, paseaba el Blanco, sin dignarse a pisar. La abominación no podía ser vista directamente, pues los ojos son órganos incapaces de procesar estímulos que no corresponden a su dimensión. Era una sombra andante, una sombra blanca, una silueta que no llegaba a definirse.

*Tiempo —murmuraba entre siseos—. Espacio. Ninguno encaja con mi forma... vengo de otro continuo y otras supercuerdas. Nosotros no somos de este sistema. —El*

monstruo explicaba, le hablaba a las mentes—. *Somos de arriba de las estrellas. La ciudad estará desolada muy pronto... Su gloria fue violada desde la raíz, y chuparemos todo hasta que no tenga más potencial. Nuestro alcance no es limitado por el tiempo. Lo que podrían haber logrado, la sociedad que podrían haber construido ya no significa nada. Porque nuestro flujo cósmico es mayor que cualquier cosa en esta pequeña capa cuántica. Mayor que cualquier destino potencial... No importa cuánto se hayan esforzado las almas. La ola más grande lo barre con todo.*

La ola más grande lo barre con todo.

JD, Jeremía Dogan, lloraba de alegría y se revolvió; su mente vacía ya. Todos los científicos habían perdido sus mentes cuando abrieron la puerta.

El discurso del Blanco seguía, y, con cada fluctuación demencial de su voz, lo correcto de la existencia se torcía un poco más. El ser blanco y sin forma reía, con su boca imposible de cien dientes, con su cuerpo de huesos que andaban. El discurso continuaba: pasó a describir a la Legión Blanca y a sus cuerpos de pesadilla y de mil formas que estarían por entrar. Sus hermanos Eldritch.

Nadie había podido prevenir algo así, nadie había podido prepararse lo suficiente.

Walter yacía frente a las puertas, temblando. Debía cruzar, pues yo lo esperaba adentro.

—El evento necesita dos procesos —le explicaría más tarde—. La clarificación y el Recibimiento. Uno implica el entender a los Eldritch. La mayoría de las personas lidiaron con ello cuando se envió ese mensaje en la NET, pero vos fuiste capaz de enterarte antes. El otro implica

el lidiar con su llegada, permitir que los Eldritch pasen. Cuando estas dos cosas suceden... cuando ocurre un evento, que conecta dos universos... el universo tocado va a evolucionar. Eso, o la acción inversa. El vacío. Son dos resultados.

Cuando un evento sucede, cuando hay contacto con una civilización superior, ese universo da pie al transhumanismo. A una evolución. Esta puede tener lugar en cualquier momento del futuro, pero sus efectos suelen ser tan grandes que se sienten en el pasado.

Walter pudo sentir el transhumanismo antes de tiempo, y eso hizo posible que pudiera ver a la NET con sus propios ojos. Podía ver las superfrecuencias, y seguir el eco psíquico de la NET. Walter había seguido los mensajes del Blanco hasta su punto de origen... hasta las Puertas.

Este universo estaba condenado, pero Walter podía saltar más allá de la singularidad. Él era el único que podía hacerlo.

Walter cruzó. Allí lo aguardaba.

Detrás de las murallas, amplias en su abrazo gigante alrededor de la ciudad, se encontraban las maquinarias. Todo el engranaje que hacía posible la NET y a la Ciudad, la fuente de las consolas y de sus sucesores. El gran núcleo de todo y el resultado de la evolución de los humanos hasta ese momento. Era apropiado que esta tecnología fuera a facilitar la ascensión de uno de estos.

Walter estaba en el núcleo de las murallas. Entró, pisando por sobre el océano de cables, y vio el cuarto gigante que albergaba. Giró la cabeza y me vio a mí,

sentado tranquilamente en mi silla de madera. Llevaba mi chaqueta negra de siempre y mi cuerpo se encontraba desgastado y viejo. Las computadoras habían sido parte de mi vida durante demasiado tiempo. Le dije mi nombre, le explique mi oficio como técnico de las Puertas. Pero yo quería revelarme contra mi trabajo. Quería guiarlo a él hacia el momento de la singularidad.

—Deberíamos cazar al monstruo —decía Walter—. S-Si lo matáramos, todo estaría bien... ¿no? Em, mirá, traje esto... —Removió entre sus ropas y me mostró un arma de fuego.

Mi mirada seguía inmutable y agotada.

—No podrías acercarte a él. Los Eldritch nacieron en las superfrecuencias, sabes. Su existencia no contemplaba lo físico, se movían entre vibraciones. Así era su tierra natal. Esta es solo una materialización de su forma, algo necesario para penetrar nuestro universo. Ellos planearon todo desde el futuro. Nos enviaron comandos con el fin de preparar este día, cuando los universos cuánticos se iban a superponerse y ellos podrían entrar. Pero esta forma fue tomada solo para la ocasión, y no podrías acercarte a él por más que tu capacidad mental sea buena. Sus verdaderas capacidades yacen en lo que no puede ser tocado, en lo que no puede ser visto. En lo que sucede en la cabeza... por encima, en las vibraciones. Morirías.

—¿Estás seguro...? No está haciendo nada a la gente ahora...

—Esto no va a seguir así para siempre. La vida pronto va a dejar de ser así, ‘normal’ –le dije, en respuesta a su pregunta—. Debemos tomar acción inmediatamente.

Walter asintió. Entendía lo que estaba en juego.

«Es el momento», dije entre quejidos. El contacto ya había sucedido, por lo que el mundo estaba listo para la evolución o para la extinción. Le habíamos abierto la puerta a predadores, a un virus que se alimentaban de seres inferiores. El mundo no iba a tener el final feliz; el transhumanismo iba a terminarlo todo.

Pero Walter podía aspirar a algo más. El transhumanismo podía evolucionar al menos a una persona. Walter ya había sentido sus efectos, lo que garantizaba que iba a suceder.

El mundo macroscópico estaba predeterminado desde el inicio, sin excepciones.

Me había preparado para ayudarlo hacía mucho tiempo. Había preparado ropas especiales hechas de tecnología. Le otorgué el Traje Blanco, y le di entonces los botones rojos que lo completarían. Cada uno de ellos contenía dosis de conocimiento. Usando los botones le expliqué su posición, su lugar en el esquema de las cosas. Lo llevé hasta la Computadora central, y le dije el algoritmo usado para abrir una puerta más allá del universo.

---

*>Transhumanismo.*

---

Introduje el algoritmo metacuántico, y lo inserté en las superfrecuencias, con lo que lo aplicaría a Walter.

Ingresé el comando una vez más, **>CONIUNGUNT**. Los botones de información se cosieron en el Traje Blanco, esplendiendo radiación roja. Estaba hecho.

—Tenes que irte.

Walter me miró. Comprendía lo que tenía que hacer. No quedaba nada más en aquel lugar, y no tenía por qué quedarse. Estaba por cruzar el umbral del núcleo cuando se volvió una última vez.

«Te la entrego», me dijo. «Me queda una última bala. Queda una en la recamara». Solemne, pero con una sonrisa, acepté el arma.

Los Eldritch son figuras de muchas formas y manifestaciones. Existen en cada universo, diferentes en cada versión cuántica.

Podían existir como humanos, como lo que podría haber sido un humano. Pero a veces eran cosas completamente diferentes. Walter cruzó el umbral y salto, para seguir a cualquier Legión que pudiera salir, ya fuera esta Blanca, Negra o incorpórea por completo. Para intentarlo una, dos, mil veces. Walter desapareció, y yo cerré las puertas tras él.

Ahora estaba encerrado allí. La locura caminante andaba por las calles en ese mismo momento, pero poco importaba ya. La presencia de Walter se había ido de las superfrecuencias.

Desconecté el núcleo, apagando a la NET por completo. Ahora solo estábamos la oscuridad y yo. Oscuridad sin densidad. Vacío. Como el Vacío que se acercaba. Acariciando suavemente la pistola, dispuesto a usarla pronto, encendí mi consola...

Y comencé este último registro.

*Fin del Intermedio*

-----  
>Clay: Caer.  
-----

Habíamos dejado el lugar del helicóptero y estábamos a salvo, pero todavía no podía dejar de sentir esa sensación de vacío.

Todavía podía ver a esa cosa negra frente a mí, mirándome a mí y solo a mí.

«Ah... *la Ciudad*».

Eso había dicho. Cada vez que lo recordaba sentía cómo se me revolvían las tripas, y ese vacío a la altura del corazón volvía con más fuerza. Sentía como si una mano atravesara mi pecho. Tenía que revisar para convencerme que no era así.

Miré a los demás; todavía me daba esa sensación de que sabían más que yo de todo eso. Me sentí débil y asustado. Temí que pudieran ser mis enemigos.

Mi paranoia crecía, alimentándose de hechos como el abrelatas. ¿Cómo era posible que la criatura se viera afectada por un abrelatas pero no por plomo disparado a velocidades infernales? Miré a Clara fijamente. Ella decía que en el libro de Henry se encontraba el futuro. ¿Cómo era posible que Henry no hubiese explicado algo así?

Mi cabeza se había llenado de dudas.

Paré un segundo. Los demás siguieron caminando. Saqué mi pistola y apunté a sus cabezas.

Serian cuatro tiros, nada más.

El vacío en mi pecho no dejaba de hacerse más grande, y mi dedo índice se empezaba a flexionar. Estaba apuntando a la nuca de Nick.

El vacío se hacía más grande; mi dedo estaba cada vez más cerca.

Sí, era tan fácil como apretar el gatillo. No quería que nadie volviera a sufrir un espanto tal como esa bestia.

*«¿No es extraño? Es perfecta, ¿no? Te hace sentir bien, te hace olvidar tus problemas. Como si hubiera algo en el aire. Podría ser una droga recreacional. O podría ser una mala adicción...¿no?»*

No pude disparar.

Guardé la pistola. Seguía sin tener las agallas que me habían impedido dispararme. De todas maneras, matarlos hubiera estado mal. Quizá.

El vacío dolía tanto que me sorprendía no tener un verdadero agujero en el pecho. Era un vacío de pánico y pena. No entendía cómo mi corazón no colapsaba.

—¿Clay? —preguntó Croft. Me había detenido en la calle.

—Sí, no se preocupen —dije—. Estoy bien.

Sus miradas no parecían convencidas. Caminé hasta ellos y sonreí para confirmar que estaba bien.

Así seguimos nuestro camino hacia el norte. O quizá era oeste; quién sabía.

Ahora Nick guiaba. Yendo adelante de todo, parecía distinto al Nick que estaba rendido en el suelo cuando pasaron los helicópteros. O solo iba adelante, sin guiar nada. Podía apostar que ni siquiera Clara y su libro del futuro que había leído sabían exactamente a donde estábamos yendo.

Lo único que sabíamos era que en esa dirección se había esfumado los helicópteros.

—Clara, ¿qué hora es? —pregunté. Ella bajó su cabeza... y contestó.

—Seis y veinte.

El rescate ya tenía que estar en proceso. ¿Dónde estaba la gente? ¿Los helicópteros? ¿Los monstruos?

Estábamos solos; las calles eran un desierto de concreto.

—Esto no me gusta —dijo Croft.

—No estamos lo suficiente al norte. Además, nadie nos garantiza que el reloj de Clara funcione correctamente. —dijo Nick, convenciéndose a sí mismo.

Caminamos unos metros más.

—¿Por qué no hay nadie más vivo en esta puta ciudad? —exclamé. Ninguno contestó.

Era como si hubiéramos sido los únicos que habían escuchado o creído el mensaje.

Seguimos por varias cuadras. Había un cadáver en una esquina, y junto a él unos autos chocados.

El norte no parecía estar llegando a nosotros ni nosotros a él. Croft se acercó a los autos y trató de hacerlos funcionar. Los cuatro escuchamos angustiados el sonido del motor muerto.

Croft golpeó el volante y nos miró.

—No hay rescate.

Bajé la cabeza y pateé una piedra. Pensarlo era una cosa... pero escucharlo de Croft era distinto.

—No hay rescate. Dios —repitió, y golpeó el volante otra vez.

En el horizonte, el sol se apagaba lentamente. La oscuridad empezaba a tomarlo todo.

El reloj de Clara sonó con una alarma. Eran las siete. El rescate llevaba una hora de retraso.

Nadie decía nada ni hacía nada. Yo me tiré en la calle, mirando el cielo.

—Saben, si no hacemos nada vamos a morir acá —dijo Nick. A nadie le pareció interesarle demasiado.

Me paré y me puse frente al auto. Parecía en condiciones de arrancar, aunque no hubiese funcionado.

—Croft, intentá de nuevo. No perdemos nada intentando.

Croft hizo caso y giró la llave. El motor rugió, pero se apagó inmediatamente. Croft dejó caer su cabeza sobre el volante.

No sabía qué estaba faltando, pero casi funcionaba. Abrí el capó del auto, pero era un ámbito desconocido para mí. Fingí girar algo y cambiar otras cosas.

—Intentá ahora.

Croft acercó la mano a la llave, pero Clara nos interrumpió.

—¡Cállense!

—¿Qué pasa? —dije.

—El rescate. ¿No lo escuchan?

Desde la distancia podía escucharse un ruido sintético; el ruido de un motor, y se estaba acercando. Eran dos, de hecho; como con los helicópteros de antes.

Croft salió del auto corriendo y me empujó del capo.

—¡Metete adentro vos! —exclamó, histérico.

Me senté en el asiento de piloto, esperando órdenes, y Croft empezó a revolver el corazón del auto.

—¡Intentá ahora! —dijo, con el mismo tono.

Giré la llave, pero el resultado fue el mismo.

—Mierda —masculló entre dientes.

Siguió buscando el problema por el auto. Nick y Clara gritaban, mirando por arriba de los edificios por las aves mecánicas.

Croft cerró el capo, corrió hacia mí y me empujó del asiento. Giró la llave y el motor rugió con fuerza.

—¡SÍ, MIERDA! —gritó, mientras golpeaba la bocina con su puño.

Apretó el acelerador y fue como si le diera vida al auto. Esta vez no podíamos pasar desapercibidos por los helicópteros; y si eso pasaba podíamos perseguirlos.

Salí del auto, buscando a las máquinas voladoras con la mirada. No estaban allí. Los motores se acercaban, pero el sonido no era como las hélices de antes. Y no lo eran.

Dos autos pasaron a toda velocidad por la calle junto a nosotros. Seguía sin haber rescate.

El sol se había escondido, y ahora la calle estaba llena de sombras. Las sombras no tardaron en empezar a moverse. Tanto ruido atraía a los bichos.

—¡Adentro del auto, todos! —grité.

Me senté de copiloto, con Nick y Clara atrás, como la última vez. Croft aceleró y nos alejamos rápidamente.

—Esos dos autos... iban al norte —dijo Nick mientras recuperaba el aliento.

—No creo que signifique nada —dijo Croft.

—Iban hacia el norte a toda velocidad. No puede ser casualidad —dije.

—Vamos al norte, ahora mismo —dijo Clara, con vos seca.

Croft apretó el acelerador con más fuerza. La noche estaba sobre nosotros.

Entre las sombras podían verse las figuras pseudo-humanas. Prefería no mirarlas, con la vista en mis pies. Viajamos por unos quince minutos, tal vez, hasta que Clara volvió a advertir un ruido.

—¿Lo escuchan?

Más motores en la lejanía; un duo otra vez. No podía ser otra equivocación. Croft siguió manejando a hasta un lugar abierto y que parecía seguro.

Esta vez sí eran hélices, y mientras el ruido se acercaba notamos que eran más de dos.

—¿Estamos lo suficiente al norte? —preguntó Nick.

—Sí —aseguró Croft.

Daba la sensación de que habíamos viajado por bastante tiempo. Debían ser cerca de las ocho. Dos horas de retraso no eran para tanto; era posible. Estábamos en una avenida. La calle por la que veníamos se cortaba y había lo que parecía ser una municipalidad, o algo del gobierno. Era un lugar bastante abierto.

Clara se paró arriba del techo del auto, y empezó a mover las manos para llamar la atención de los helicópteros.

—¡Están acá! —gritó Clara.

No podía verlos, aunque sí escucharlos. Debían ser tres o cuatro. Pero esta vez sí eran helicópteros. Aparecieron algunos autos en las calles de los costados, parando en la misma avenida.

El ruido era ensordecedor, pero era precioso.

Entonces pasaron por arriba nuestro, y parecieron no vernos. Clara gritó, pero apenas pueda escucharla.

Siguieron su camino, pero bajaron la velocidad y empezaron a rotar. Parecía que su plan era aterrizar ahí, en ese predio del gobierno. Pasaron la municipalidad y trataron de descender del otro lado.

Corrimos, rodeando el gran predio sin sentir ningún cansancio. De repente, el primer helicóptero que intentaba descender perdió el control y volvió a subir al aire.

—¿Qué está pasando? —dijo Nick.

—No puede ser bueno —respondí.

Todavía no teníamos una vista muy buena; estábamos como a cien metros. Clara fue la primera a llegar a la esquina, y vi cómo se agarró la cabeza en desesperación.

—No... Dios —dijo.

El helicóptero se veía cubiertos por una masa negra que revoloteaba a su alrededor. No tarde en darme cuenta de qué se trataba; parecían ser los mismos pájaros que nos habían atacado en la casa.

Muchos eran cortados por las hélices que giraban a toda velocidad, pero los pilotos estaban perdiendo el control de la máquina. Trataban de elevarse lo más posible, pero se tambaleaban en el aire. Si eso seguía así, nuestra esperanza iba a derribarse contra el suelo. De nuevo.

Llegamos a la entrada de la calle opuesta y levantamos la mirada, y todo se hizo peor. Arriba, en el techo de la municipalidad, una figura parecía dirigir el ataque, moviendo a las aves al compás de su mano. Un monstruo distinto a las personas deformes de las calles. Una de las criaturas negras.



-----  
>Croft: Hablar.  
-----

La nube de aves rodeaba al helicóptero. La nave empezó a precipitarse contra el suelo, y el impacto la convirtió en una bola de tierra y humo. Cientos de pedazos de metal salieron volando, con varios restos del helicóptero cayendo frente a nosotros. Otras personas nos rodeaban y miraban con asombro lo que sucedía.

—¡En el techo! ¿Qué es eso? —gritó alguien. Una silueta se encontraba sobre el techo de la municipalidad, mirando el espectáculo calmadamente y gesticulando como un loco.

Quedaban tres helicópteros, y las aves empezaron a rodearlos también. Era difícil distinguir su número, pues la luna estaba oculta y no había luces cerca. Un grupo seguía rodeando el lugar del choque, mientras se escuchaban disparos viniendo de él; los pilotos seguían con vida.

Antes de que pudiéramos reaccionar, otro helicóptero se desplomó contra la tierra. Explotó al contacto, creando una gran llamarada que ilumina todo el lugar por unos segundos. Vi, con horror, como la cantidad de aves llegaba a bloquear el cielo.

La silueta en el techo se movió y gritó algo. No pude entenderla, pero antes de que pudiera preguntar sonó un disparo a mi derecha. Una de las personas de la multitud llevaba un rifle y lo había apuntado contra la figura en el techo.

A pesar de las llamas, la figura se mantenía indescriptible. Si las balas le habían dado, no demostró daño alguno. Solo se volteó... y miró hacia nosotros.

Nos llegó un murmullo desde su dirección, seguido por una risa fuerte. Entonces, la nube de aves se rompió y comenzó a dirigirse hacia nosotros. Arriba, en el cielo, un helicóptero seguía luchando por mantenerse en el aire, pero el otro ya había decidido alejarse del lugar.

Las personas no tardaron en ponerse a correr. Algunos, los pocos con armas, disparaban a las aves, mientras que los otros volvían a sus autos. Las nubes empezaron a hacer llover. Clara señaló la municipalidad y empezó a correr hacia ella. Nick gritó que era una locura, pero la seguimos de todas formas.

El edificio era grande, de una calle de largo y cuatro pisos de alto por lo menos. Mientras nos acercábamos, miré hacia el techo y noté que detrás de la silueta surgía una especie de cúpula. Corrimos hacia la entrada principal del lugar, cubriéndonos en un segmento de columnas con techo que tenía la fachada. Una vez ahí dentro, las aves parecieron ignorarnos.

—¡Entremos! ¡Antes de que se den cuenta de nosotros!  
—gritó Clay. Pasó un auto hacia los helicópteros.

—No voy a entrar ahí —dijo Nick—. Lo que sea que está en el techo no es humano.

—Si subimos podemos alcanzar los helicópteros —dijo Clay—. Y al menos vamos a estar seguros contra esas cosas. —Empezó a correr hacia la puerta.

—Tiene razón —le dije a Nick, y empecé a seguir a Clay.

Pero la puerta no abría. No era seguro salir a buscar una entrada entre los pájaros, así que pensé en dispararle; pero había vaciado la pistola contra la cosa vestida como militar. Clay sugirió entrar por las ventanas, pero notó que tenían rejas. Se escuchó un rugido por donde había ido aquel auto. Nick y Clara llegaron tras nosotros y simplemente decidieron derrumbar la puerta.

Al final, la puerta cedió a sus empujones. Apenas tocó el suelo, entramos corriendo.

La poca luz de las ventanas nos mostraba una recepción destruida, con sillas y muebles destrozados por todo el lugar y manchas de agua negra decorando las paredes. Clara trató de encender las luces, pero el encendedor no servía de nada.

Hubo un momento de silencio hasta que Clay habló, sugiriendo lo que nadie quería escuchar.

—Tenemos que subir.



-----  
>Nick: Subir al techo.  
-----

—Tenemos que subir.

Todos nos miramos.

Clay, Clara, Croft y yo. Solo éramos nosotros; la habitación estaba a oscuras, y frente a nosotros estaba la escalera que indicaba nuestro camino.

—Todo esto es inevitable. Caemos en lo que se predijo una y otra vez —murmuró Clara, agazapada en ella misma—. No quiero seguir avanzando.

Pensé en acercarme a ella, pero miré la escalera y luego a ella. Agarrándose las piernas, bajando la cabeza. ¿Qué podía decirle? Yo, también, me había rendido al destino. El abrelatas de Henry refulgía en la distancia, brillante, agarrado con desesperada firmeza.

Me giré hacia el resto, que me miraban en silencio. Sus rostros, manchas negras, no me trasmitían nada. Nada estaba trasmitiéndome algo.

En ecos, como difusos, llegaban sonidos del caos de afuera. Los pájaros cazando a la multitud; sonidos de muerte y siega bajo la lluvia. Vaya juego les era todo.

Para ellos todo estaba a su disposición. Mire hacia arriba, hacia el monstruo ahí subido... Hacia los

monstruos que estaban conduciéndolo todo... Actuando solo con tal de destruir.

Y quise llorar; llorar por lo que nos había pasado y lo que nos tocaba experimentar. Por esa vida en la que estábamos. Pero no pude. Adelante. El único camino que quedaba ahora era el adelante.

Decidí acercarme a Clara, mientras Clay sacaba su pistola; él ya estaba decidido.

Solo me paré frente a ella. Sin decir nada, sin hacer nada más. Como habiéndonos comunicado, ella también se paró, eventualmente. Nuestras actitudes cambiaban de un momento a otro, arrastradas. Yo me había resignado a este hecho también. Apenas éramos un puñado de personas atrapadas en el gran esquema. No podían esperarse más de nosotros. No éramos más que carne para el matadero.

Pero huir no era una opción en ese momento. No había nada para nosotros afuera; la salvación que tanto anhelábamos estaba siendo reducida a una mera idea por los pájaros. Pero estábamos unidos tras haber pasado por la muerte juntos, más unidos que el resto de la gente a la que podíamos acompañar afuera; extraños.

Volví hasta a la entrada a la escalera, y empezamos la subida al techo.

No habíamos perdido la voluntad de vivir. Cuando eso pasara, solo cuando entregáramos eso, dejaríamos de ser personas y nos convertíamos en los números que esos animales creían que éramos.

*«Dios va a pasar sobre la Tierra. Pero no va a ser un castigo ni el día del juicio. Solo porque a Él no le*

*importan. No va a notar su presencia cuando aplaste el mundo; no va a oír sus gritos, ni sus llantos, ni sus rezos».*

Solo números. Nada a lo que dedicarle un pensamiento.

(Faltaban tres pisos hasta la cúpula de la terraza.)

Pero no era así. Aun cuando no quedase nada más... Aunque el siguiente paso fuera a hacernos caer, debíamos darlo. No me vería reducido ni me vería degradado. No iba a ser un número. Moriría recordando quien fui, y todo lo que hice, y recordaría a quienes fueron conmigo. Sí, eso era... No iba a morir solo. La gente a mí alrededor me convertía en más que un número.

Las cosas cotidianas habían perdido su seguridad; ya no entendía donde estaba parada la humanidad, ni la tierra, ni el sol, ni las estrellas, ni la luna, ni el cielo ahí arriba. Todo era una confusa niebla negra, todos los valores se habían dado vuelta. El único refugio era mi alrededor inmediato. Pero estaba bien con eso. Ese alrededor, esa tierra material significaba más de lo que nunca lo había hecho. Nunca había apreciado vivir cuando las cosas eran normales.

Y miré a mis compañeros una vez más; miré a Clay, yendo primero en la fila con el arma. Miré a Clara, a quien sentía tan parecida. Mire a Croft, con quien me había encontrado primero. Recordé a Jack, aunque su memoria hubiese sufrido algunas manchas. Sí.

La cúpula estaba justo adelante. Habíamos subido sin pausa, ignorando lo que hubiera en cada piso.

—¿Vamos... vamos a usar el abrelatas de nuevo? Las balas no sirvieron la última vez —dijo Croft—. Dijo algo de que era una sombra de tres dimensiones...

Clara tomó aire, sabiendo que la responsabilidad caía en ella.

—Sí —dijo—. Sí. Supongo que es lo lógico.

Ella se adelantó a Clay y abrió el acceso a la cúpula en la terraza. La lluvia se había vuelto torrencial durante nuestra subida; impactaba en la cara a través de las aberturas que había en cada lado de la cúpula de vidrio.

La criatura estaba en el otro extremo del lugar, quieta; su figura negra, alta y delgada se recostaba contra un respaldo. Pareció girarse hacia nosotros, aunque el movimiento era tan leve que era una impresión más que otra cosa.

Y entonces comenzó. Fue muy rápido: En un segundo tuve que cerrar los ojos, donde veía un túnel de luces en vez de negro. Tuve que cerrarlos de dolor por todas las sensaciones que atacaban mi cabeza, asaltando como mil gritos y mil garras arañando mi cerebro a la vez; como un chirrido constante; y mis ojos parecían querer salir, querían un respiro frente a un continuo estallido de luces e imágenes imprecisas.

VACÍO VACÍO VACÍO VACÍO se repetía, VACÍO VACÍO VACÍO VACÍO.

Era como la comunicación que había tenido con el hombre de blanco... Pero las imágenes eran enviadas para lastimar.

Y cuando recuperé el entendimiento él estaba frente a nosotros, y acercaba su rostro, y yo me veía sobrecogido. Pero ninguno retrocedía.

*Volvete hacia el vacío.*

No—me quejaba.

*vacío*

No.

Y Clay soltó una exclamación, y apuntó su arma, desesperado. No podía ver adónde estaba cada uno, pero llegué a ver la punta del arma, extendida hacia adelante, y llegué a recordar que era inútil. Pensé en decirle a Clay que se detuviera, pero solo atine a pensarlo; y Clay disparó, entonces, y el disparo llegó y fue inútil.

*Volvete hacia el vacío.*

Se elevó otro grito entre la lluvia, que era como una cascada; vi fugazmente a Clara, y la vi saltar sobre el demonio. Esos demonios... Eldritch.

Así era como los había llamado el hombre de blanco... Sí.

Fue como si mi mente estuviera tirante y la dejaran ir. Entonces comprendí que Croft estaba justo a mi lado, quien había portado el abrelatas la última vez. Juntos vimos como Clara saltaba sobre el monstruo sin cesar, y cortaba sin cesar; cortaba y cada corte la sumía en vapor negro hasta que dio un paso atrás y vio que ya no estaba atacando nada. La cúpula se había limpiado.

—Santo y puto Dios —dejo escapar Clara; su voz era un hilo.

Mientras tanto, la lluvia caía, y caía...



-----  
>Clara: Revisar abajo.  
-----

Ya paso, me decía. Ya paso.

Las aves se dispersaron solas, o al menos la mayoría. Los gritos y disparos se redujeron considerablemente. Aun así, tres helicópteros habían caído y el otro se había ido. El rescate se había esfumado..

No sabía si Henry había llegado a esa situación exacta, pero su predicción se había cumplido. Justo como todas las demás.

Había dicho que saber el futuro permitía cambiarlo. Que la menor mención del futuro cambiaría nuestras decisiones. El futuro que había visto tenía varias diferencias, hasta en los lugares en que los íbamos a estar.

Entonces, ¿por que habíamos cometido el mismo error? ¿Por que habíamos perdido el rescate de todas maneras?

Abajo, las personas se deshicieron de las aves que quedaban. Algunos empezaron a aclamarnos. La mayoría se alejó tan rápido como les fue posible. A unos pocos simplemente no les importaba, y ayudaban a los heridos.

Bajamos las escaleras hasta el primer piso, y al mirar afuera nos encontramos un grupo de gente que nos esperaba con sonrisas.

Un hombre se abrió paso entre la pequeña multitud con una expresión mucho más seria; enojada. Su altura también era mucho más grande. Nick se acercó a mí y me susurró: «Ni una palabra de nada, a nadie».

Quise pasar el mensaje a Clay y a Croft, pero el hombre llegó frente a nosotros y nos quedamos quietos. Clay acercó su mano al bolsillo donde tenía la pistola, pero el hombre sacó la suya antes.

—Ni lo intentes —dijo, y Clay bajo el brazo con cautela. El hombre hizo lo mismo—. Quiero saber quiénes son ustedes y cómo mataron a ese demonio.

Nos miramos entre nosotros, y Clay, que estaba al frente, habló primero.

—No somos nadie importante. Solo un grupo de suicidas. —Habló con una ligera risa, pero el tipo alto no se mostro convencido.

—Yo ya vi a esos demonios de negro. Vi uno al que las balas no le hacían nada.

—Pues... —musitó Clay, y temí que estuviera a punto de admitir algo.

—Pues a nosotros sí nos resultó —interrumpió Nick—. Pero quizá fue suerte. Estuvimos muy cerca de él. —Clay se giro para mirarlo, pero Nick lo ignora.

—¿Qué tan cerca? —pregunto el hombre, dudoso.

—A centímetros.

Pero no parecía creernos ni una palabra.

—Ni siquiera un idiota se enfrentaría a uno de esos demonios.

—Como dijo mi compañero... somos suicidas —respondió Nick, manteniendo el acto.

El hombre alto no hizo más que suspirar.

—Como sea... No tengo ganas de seguir discutiendo. Mientras maten bichos y no personas...

El sujeto se dio la vuelta y se retiró. Nos miramos entre nosotros durante un momento y luego salimos de la municipalidad. Muchas de las personas que estaban afuera nos preguntaron qué habíamos hecho. Algunos querían saber qué sabíamos de las sombras; no éramos los únicos que las habían visto. Aun así, no respondíamos a nada y seguíamos nuestro camino.

Fuera del edificio el ambiente no era para nada bueno. Había muchos muertos alrededor, pero todos mostraban heridas de balas en la cabeza. Pensé que era lógico; había que evitar que se levantasen como deformes. De los helicópteros caídos, uno había provocado un incendio. Aunque no parecía tener para mucho rato más, pues la lluvia que caía era muy fuerte.

Nos dirigimos a nuestro auto y nos subimos, pero no partimos a ningún lado.

—¿Qué rayos fue eso? —dijo Croft, apoyado contra el manubrio—. Lo del tipo ese...

—No era más que curiosidad. No tenemos de qué preocuparnos —dijo Nick.

—Un montón de la gente que había abajo se alejó después de que matamos a la sombra —dijo Clay—. Creo que tuvieron miedo de nosotros...

—Seguro. Igual, como dije, no tenemos de qué preocuparnos.

—¿Qué crees vos, Clara? —me preguntó Clay.

—¿Eh...? Que no es nada de qué preocuparse —respondí, repitiendo a Nick. Pero este me miro, preocupado.

—Clara, ¿te pasa algo?

—Estoy bien.

—¿Segura...?

—Estoy segura de que estoy bien, Nick. Empecemos a movernos.

Croft suspiró y miró alrededor.

—¿Y ahora hacia dónde?

—Busquemos alguna casa. Lo más probable es que el siguiente equipo de rescate vuelva a este mismo lugar —dije.

—Si es que vuelve alguno —susurró Clay.

—Miren, tenemos que... evitar morir hoy —exclamé—. Solo tenemos que aguantar un poco más.

«*Todos se van a morir mañana*». Solo había que aguantar por este día...

Croft encendió el auto. Lentamente, nos adentramos en las calles por donde habíamos llegado. Solo necesitábamos una casa cercana.

Un lugar de dos pisos, a dos cuadras, pareció suficiente. No nos costó mucho entrar y, una vez adentro, preparamos algo de comida con algunas cosas que encontramos. No era mucho, pero serviría para calmar el hambre que nos había acompañado todo el día.

Empezamos a bloquear puertas y ventanas. Rompimos algunos muebles para tener más tablas. Solo dejamos libre la puerta de entrada, y decidimos que íbamos a hacer guardia. Después de todo, no creía que fuéramos a dormir esa noche, tampoco.

Me puse a buscar en la casa por cualquier objeto útil. Croft estaba en la cocina, revisando el agua de la canilla. Empecé a buscar en los muebles de abajo por si había algún cuchillo grande, pero todos tenían tamaño para plato.

—¿Buscas un cuchillo? —dijo Croft—. Ya revisé, no hay nada.

Seguí buscando en el resto de los muebles, de todas formas. Si esa familia comía carne tenía que tener un cuchillo grande para prepararla.

—Parecer que vas a buscar igual, como quieras —me dijo Croft, secándose las manos.

En los cajones solo había condimentos y cubiertos viejos.

—¿Sabés? Al mediodía sí salió líquido negro en vez de agua.

Arriba de un estante solo había cucharas de palo y de plástico. Si no habían puesto ese cuchillo arriba por los chicos, ¿dónde estaba?

—Pensé que debías saberlo, y... ¿me estas escuchando?

En los muebles de la parte de abajo encontré algunas ollas y una pequeña caja de cartón cerrada.

—No me escuchas, ¿no?

Era un tanto pesada, y al agitarla oí un sonido metálico. Usé uno de los cuchillos pequeños para cortarle la cinta adhesiva.

—¿Qué es eso? —dijo Croft, acercándose.

Dejé el cuchillo a un lado y abrí la caja. Como sospechaba, eran cubiertos. Cucharas grandes, chicas, cuchillos mantequilleros, con dientes... pero ningún cuchillo grande.

—¿Y eso de abajo? —marcó Croft, señalando a una esquina.

Quitó los cubiertos de la caja y...

—Oh, no me digas.

—Un abrelatas —dije.

Lo levanté para verlo mejor. Al mirar la caja vi que había varios más. Todos eran iguales. Más que eso; eran como el de Henry.

—Esto me da algo de... escalofríos. ¿Crees que también funcionen?

—No sé, Croft. No...

*Pof.*

—¡Santa...!

Me pegue contra el mueble, instintivamente. La lámpara había refulgido y se había apagado. Quedamos en completa oscuridad.

—¿Croft...? ¿Estás ahí? —dije, temiendo encontrarme en la oscuridad de otra sombra. La oscuridad hacía que el miedo volviese. Pensamientos oscuros. No habíamos matado a las sombras; habían desaparecido. ¿Y si querían vengarse...?

—Sí, estoy acá —respondió Croft, desde el mismo lugar donde estaba antes—. Creo que se quemó el foco.

—Pensé que solo se quemaban cuando se encendían —dije mientras trataba de ver algo, sin éxito.

—Esperá.

Oí como los pasos de Croft se alejaban hacia la puerta que daba al living y la abría.

—No... Creo que se apagó toda la casa.

Croft anduvo hacía el comedor, chocando con un mueble en el camino. Soltó un auch y abría la puerta.

—Sí, se cortó todo. —Tanteó la pared y presionó un interruptor varias veces, sin resultado.

—¡Croft! ¡Clara! ¡Clay! —se escuchó la voz de Nick.

—¡Estoy con Clara en la cocina! —respondió Croft.

—¡Estoy en el baño! Enseguida voy.

Oímos como alguien bajaba las escaleras con cuidado, y se acercaba. Golpeó algo en el camino y tiro algún objeto al suelo, y luego la puerta se abrió.

—Se cortó la luz —le dijo Croft apenas lo escucho entrar.

—No, ¿en serio? —pregunto Nick, sarcástico.

—Si, en serio —respondió Croft, no sé si molestándolo o no captando el mensaje. Oímos otra puerta abrirse lentamente.

—Chicos, se cortó la luz —aseguró Clay desde la cocina.

—Otro más... —dijo Nick. Y de pronto, la luz volvió.

—¡Putá mierda! —chilló Clay, saliendo de la cocina.

Croft y Nick corrieron a la puerta y miraron adentro, horrorizados. Cuando corrí a ver que sucedía, Nick se interpuso.

—¡No, Clara! —Me bloqueó el paso y me alejó de la puerta.

—¿Qué pasa? ¡Díganme! ¡¿Hay alguien adentro?!

—No hay nadie, pero... Por favor, Clara. Quedate acá y no mires. Acabas de pasar por lo del techo y no creo que...

Miré a Clay, que había puesto un mueble para tapar la puerta y se apoyaba en él. Él me miro de vuelta, pero no dijo nada. Solo dio un paso atrás, quitó el mueble y me dejo pasar.



-----  
>Clay: Liquido negro.  
-----

Me encontraba en una pieza pequeña del segundo piso, la de la puerta de marrón oscuro. Sin duda, debía ser el cuarto de huéspedes o donde dormía el perro en las noches de frío. Sabiendo que los demás tenían el resto de la casa cubierta, me relajé en la cama.

No había podido sacarme toda esa escena de la cabeza. Clara había matado a una sombra con un putito abrelatas, de nuevo. No podía unir ningún cabo suelto. Pero tampoco me animaba a abrir la boca para preguntar algo.

Hace un par de días todo era tan perfecto, y ahora estamos en medio de este desastre. Me puse las dos manos en la cara y sacudí la cabeza. Recapitulaba todo lo sucedido y cada vez tenía menos sentido.

Tal vez la respuesta se encontraba en cómo estaba compuesto el abrelatas. Las balas eran de plomo, y los abrelatas de... ¿acero? No estaba seguro. No creía que la respuesta correcta estuviera en las posibles aleaciones del acero. El verdadero enigma corría por otro lado, ya que no tenía la más remota idea de que podían llegar a ser esas sombras. Me sentía apartado del grupo, sabía

que los demás sabían más que yo. Pero elegía no preguntar.

Cuando volví a abrir los ojos, la luz se había ido.

Grité mi ubicación y fui bajando la escalera mientras me guiaba con la baranda. Fui tanteando la pared para poder llegar a la cocina. Había un zumbido en el ambiente, algo así como una aspiradora, muy cerca de mí. Lo ignoré totalmente. Seguí mi camino hacia la cocina, pero la pared se empezó a sentir viscosa. Apuré mi camino a la cocina y la luz volvió. Por Dios.

El líquido negro caía desde las paredes... y cada vez aparecía más. En el centro del living había algo. Cómo un punto que no podía mirar directamente. Sentí cómo mi corazón se subía a la garganta. Era lo más parecido a un infarto. Pude sentir como mi cuerpo se endureció de pies a cabeza por un instante, pero reaccioné con un grito y corrí hacia el living.

Cerré la puerta de un golpazo y puse un mueble para tapparla. Por Dios, era demasiado.

Mi corazón latía demasiado fuerte; pensé que iba a explotar. Quería que mi pecho estallara de una vez y acabara en ese momento. Todos los demás estaban ahí. Miré a Clara y me la imagine empapada en mi sangre.

Bajé la cabeza y vi como el líquido negro empezaba a filtrarse por debajo de la puerta, despacio. Mi corazón se aceleró, si eso era posible. Pero Clara hizo que me relaje. Me miró a los ojos y levantó su mano. Tenía su abrelatas. Ella podía hacerlo. Fuera lo que fuera que hacía.

Limpié mi mano con un borde del mueble que había usado para tappar. Luego lo corrí, dejando pasar a Clara.

—Clay, ¿estás loco? —dijo Croft.

—Ella tiene el abrelatas, no hay de qué preocuparse —dije, con un tono mucho más seguro de lo que estaba.

Nick, Croft y yo miramos desde la puerta como Clara se acercaba a esa cosa. Alrededor del cuarto, el líquido negro no paraba de fluir por las paredes y de moverse. Era como si estuviera escribiendo algo, pero no podía distinguir nada. En ese cuarto las cosas parecían distorsionarse.

Clara se seguía acercando. Esa cosa era transparente, un círculo perfecto. Desde él, partículas negras aparecían continuamente, uniéndose y tomando una forma cada vez más humanoide, y la luz parecía gravitar hacia él. Todo el cuarto parecía deformarse en dirección al círculo.

Clara se acercaba dando un paso a la vez. Yo ya no tenía miedo. Estaba casi tranquilo; confiaba plenamente en ella (en su abrelatas). Mientras tanto, las partículas negras que surgían atrás del círculo empezaban a tomar una forma cada vez más notable.

—Vamos, Clara —susurré.

Ella ya estaba a un metro de distancia, tal vez medio. Entonces tomó el abrelatas con ambas manos en una pose rara, y rasgó al círculo de derecha a izquierda. Inmediatamente, líquido negro surgió del tajo como si fuera sangre. Esta empezó a fluir, muy lentamente.

El círculo transparente empezó a achicarse lentamente, haciendo más claro al cuarto. El flujo de líquido en las paredes empezó a bajar al suelo; se acumuló y ya llegaba a cubrirnos los pies. Frente a Clara, que miraba erguida, la figura negra estaba casi completa,

y la obvia imagen de una sombra estaba por aparecer frente a ella.

El círculo seguía achicándose. Ella siguió inerte frente a él. Al final consiguió un diámetro, se consumió y desapareció, y las partículas negras cayeron al piso, junto a la sangre negra. El pequeño lago que teníamos dejó de sumar afluentes.

Clara tenía una sonrisa de seguridad en su cara cuando se dio vuelta hacia nosotros.

—Entonces... necesitamos una casa nueva, ¿no? —dijo, señalando a sus zapatos empapados—. No me apasiona la idea de dormir con una laguna de esto cerca.

—Sí... —dijo Nick, desanimado—. Tapamos todas las entradas y aun así aparecen estas cosas, Dios mío.

—Voto por irnos. Este lugar ya no me da buena espina. Ya saben, por esa puta laguna de líquido negro —dijo Croft, como explicándonos—. Sí, bueno, eso. Vayámonos.

—Sí, vayámonos —concluyó Clara—. Aunque muero de hambre.

—Podríamos quedarnos a comer... yo también muero de hambre —dije. Nick y Croft asintieron—. Y ya que estamos, podríamos descansar acá... —pero no pude terminar la frase.

—No —dijo Croft.

—No —repitió Clara.

—Escuchen, descansar un poco —insistí—. Tirarnos en la cama un rato y luego salir. No es tan mala idea.

—Mientras no nos quedemos a dormir acá —dijo Croft—. Acepto.

Todos asintieron con la cabeza, y nos dirigimos a limpiar nuestros cuerpos lo más posible. El líquido negro se diluía fácil con el agua. Limpié mi mano izquierda, que era la única afectada. Clara solo tenía un poco en las manos. Croft y Nick solo se lavaron por precaución.

Utilizamos el baño de abajo, que estaba detrás de la cocina y no había sido alcanzado por el líquido negro. Un desnivel llevo el líquido directo hacia una rejilla, y no tuvimos que preocuparnos por limpiar.

Me ofrecí a preparar algo simple. En la heladera encontré mucha más comida de lo que esperaba, aunque solo alcanzaría para una cena. Comeríamos bien una vez más. Los paquetes estaban perfectamente ordenados; parecía que los habían dejado especialmente para nosotros. Había cuatro comidas diferentes; solo faltaba un papel que dijera “Comida de Clay”; “Comida de Croft”.

Calenté las cosas en el microondas y las serví. Comimos rápido, sin decir una palabra.

Cuándo terminamos, Clara se levantó y fue a buscar algo que había en un cajón. Cuándo se acercó a la mesa se apareció con cuatro abrelatas idénticos al de ella.

—Hay uno de sobra, pero ahora podemos llevar uno todos. Aunque no tengo idea si estos funcionan...

De pronto abrió los ojos, y luego nos miró.

—¿Lo escuchan?

Como con los helicópteros, era la tercera vez en el día que Clara decía lo mismo. Me reí. Luego vi la cara de concentración de los demás y decidí escuchar también. Antes de que pudiera oír algo, los demás salieron corriendo hacia la puerta.

—¡Hey!

Me levanté rápido y salí tras ellos. Sin embargo, en la puerta choqué con la espalda de Croft, que venía retrocediendo.

—Mierda, mierda, mierda, mierda —musitaba.

—¿Qué pasa?

Nick y Clara querían entrar, y todos chocaron conmigo. Sobre el hombro de Nick pude ver por qué huían; era una de las bestias amasadas, compuesta de partes del cuerpo de varias personas; y estaba acercándose a la casa.

No quise imaginar qué podía llegar a pasar si semejante mierda alcanzaba a alimentarse de toda el líquido que teníamos adentro. Saqué mi pistola —la que había conseguido junto al auto baleado— y apunté a sus dos piernas. A pesar de tener más brazos, ojos, y pies de lo común, solo tenía dos pies. La bestia estaba a unos cinco metros todavía, y tuve tiempo suficiente para darle un tiro limpio en la rodilla derecha. No estaba acostumbrado a usar armas, y el disparo me sacudió, tambaleándonos a todos que estábamos apretujados en la puerta.

La deformidad se tambaleó, pero siguió cojeando hacia nosotros. Le di un tiro más en la otra rodilla. Con un gemido, la cosa cayó. Sin embargo, inmediatamente empezó a arrastrarse casi a la misma velocidad. Sentí una mano en mi hombro derecho y me giré. Era Croft, con su arma.

Ahora la bestia estaba muy cerca, y podía apreciarse mejor. Ese cuerpo grotesco no llevaba ropa, aunque la

mayor parte de su piel estaba salpicada con manchas negras. Croft hizo otro disparo ensordecedor y le dio en un ojo, y por fin logró entorpecer su marcha. Ya no podía vernos, aunque insistía en avanzar con cierta torpeza.

Clara salió corriendo hacia el auto. Yo cerré la puerta de la casa; no quería que esa cosa toque el lago de líquido negro.

—¡Vamos! ¡Al auto! —exclamé.

No tardamos en estar todos adentro. Esta vez Nick fue al asiento del conductor; todos parecían más apurados de lo normal.

Entonces pude escuchar otro sonido metálico. El sonido flotaba débilmente sobre nuestras cabezas. Hablé antes de que Nick girara la llave del auto.

—¿Helicópteros? ¿Eso era lo que habían oído?

—Sí. No podemos perderlos esta vez —dijo Nick, y encendió el auto.

—Clara, ¿qué hora es? —pregunté.

—Las diez de la noche.

Dejé caer la cabeza contra el asiento. Solo teníamos que aguantar dos horas más para librarnos del destino escrito.

-----  
>Nick: Conducir.  
-----

Esta vez teníamos que alcanzarlos. A los helicópteros, las hélices que se escuchaban a la distancia, la salvación que debía venir de un afuera en mejores condiciones. Esta vez no podíamos dejarlos ir, esta vez no podíamos dejar que algo pasara y volviéramos a estar encerrados en ese ambiente de la muerte.

Si aparecían bestias, Clara las quitaría de en medio, o incluso nosotros podríamos ayudar si nos atrevíamos a usar los otros abrelatas que habíamos encontrado. Sin embargo, temía que no fueran a funcionar, lo temía en el fondo de mí ser. Pensé en todo por lo que habíamos pasado hasta entonces. En Henry, que había traído ese abrelatas; en su diario, en el hombre de blanco, en los Eldritch. Pero Clay, Croft... ellos no habían visto al hombre de blanco y estos pensamientos no debían pasar por sus cabezas. De hecho, Clay todavía no debía saber del agua negra y, aunque habíamos pasado por muchas cosas extrañas, él podía seguir desconfiando en las visiones al futuro de Henry.

Era necesario que todos habláramos, y habláramos con la verdad. Pero urgencias más inmediatas estaban

frente a nosotros. Los helicópteros se mostraban ante nosotros, como anzuelos casi, una vez más. Había decidido vivir, así que iba a seguir adelante. Solo podía confiar en que las divergencias entre nuestro grupo no nos costaran alto cuando llegase el momento.

Sumido en estos pensamientos, mientras conducía, no me di cuenta de que todos estaban en silencio; ninguno había dicho una palabra desde que Clara anuncio que eran las diez de la noche. Había sido pronunciado que íbamos a morir ese día, y a dos horas de que este terminase y con los helicópteros apareciendo así... temí por un segundo que estuviéramos cometiendo un error.

Quizá debíamos seguir el ejemplo de Henry e ir en contra de lo que estaba dicho... revelarnos a este destino que aparecía arbitrariamente para que lo siguiéramos —y quizá termináramos salvando nuestra vida así. Este flaqueo en mi determinación me hizo girar la cabeza, buscando una señal que me guiase en los rostros de los demás. La imagen no fue animadora.

Croft, a mi lado, no mostraba ninguna emoción, con la mirada hacia la nada, hacia el vacío, distanciándose de forma preocupante. Parecía no tener una opinión sobre lo que estaba pasando... siguiendo adelante como resignado. No había hablado mucho con él desde que me había encontrado con el hombre de blanco, así que mis impresiones podían ser erradas. Pero yo sabía que el agua era negra, y que Croft había mentido respecto a eso. Cuando habláramos, no debía seguir ocultándolo.

Miré hacia Clay; él nunca había dejado de ser un extraño. Creí que habíamos llegado a estar más juntos,

pero luego de lo de la municipalidad... Se sentaba en el auto como tratando de aislarse. Trate de convencerme de que solo estaba un poco ido luego de haberse expuesto a la aparición en la cocina. Yo había esperado algo así y había evitado mirarla fijamente mientras Clara se ocupaba de ella, nuevamente.

Y Clara, por su parte, parecía en shock, paralizada por todos los acontecimientos pero con una gran responsabilidad sobre ella que no le permitía dejar de moverse.

Ante todo esto, resistiendo el impulso de sentirme derrotado y simplemente reducirme en mi asiento, decidí que había que tomar una decisión... Y paré el auto.

—¿Qué haces? —exclamó Clara—. ¡Los helicópteros!

—¡Espera! —balbuceé—. No... Eh, no sé cómo decir esto, pero... —Todos estaban mirando hacia mí—. Creo... que no tenemos que seguirlos. Creo que vamos a morir si seguimos avanzando.

—¿De que estas hablando? —dijo Croft, con fastidio evidente.

—Bueno... —miré hacia Clara, buscando auxilio. Pero esta vez no podía saber lo que pensaba, por supuesto—. Bueno, los helicópteros van a atraer a otra gente, obviamente... Y Henry dijo que íbamos a morir en medio de una congregación de los monstruos...

*Eldritch*, pensé para mí, *así se llaman. Eldritch.*

—¿Otra vez con eso? —Se quejó Clay—. ¿Cuándo fue que todos empezamos a creer en ese tipo, che...?

Parecía que iba a seguir hablando, pero decidí mostrar firmeza y salí del auto, dejando el espacio del conductor

vacío. Esto era de vida o muerte... Seguir a los helicópteros podía ser el fin del camino y no iba a tomar ese riesgo. Clay bajo también, dispuesto a hacer que su palabra fuera escuchada.

Sabía lo que tenía que hacer. Permanecí en silencio, dejé que se acercara, y salté sobre él.

Ambos caímos al suelo, rodando por el asfalto, y aproveché el momento para tomar algo bajo sus ropas. Clay trató de evitar que me levantara con un tirón violento de mi camisa, pero solo tuve que mostrarle el arma para hacer que se quedase quieto.

Había tomado su pistola, y empecé a alejarme despacio sin dejar de apuntar. Tenía que hacerles entender que no estaba jodiendo...

Me di cuenta de que Clara y Croft también habían bajado del auto. ¿Pero dónde estaban...? Por detrás. Detrás, pensé, demasiado tarde, cuando Croft saltó para hacerme bajar las manos y Clara arremetió por detrás. Llevaba su abrelatas. Corto por debajo de mis costillas, a través de la ropa. Pero lo sentí, deje caer el arma y caí al suelo yo.

Seguía entero. El abrelatas no me había hecho nada. No era una sombra. No era una abominación. Pero pensar en este alivio no cambiaba el hecho de que podía ver confusión en el rostro de Croft y decepción en el de Clara.

Clay ya se había levantado. Lo había atacado... Pero no me sentía en falta. Si íbamos a seguir juntos, morir juntos, yo solo actuaba por lo que creía que era lo mejor para nosotros.

En ese instante habían logrado ver cuánto creía en mi opinión, y ellos tampoco miraban con tan buenos ojos a la promesa de los helicópteros con el nuevo día estando tan cerca. Era momento de que nos saliéramos del camino. Le di su arma a Clay.

Tomamos un nuevo camino, y encaminé el auto en dirección opuesta adonde estábamos yendo. El viaje fue corto, pero silencioso y cargado. Viajábamos bajo unas nubes más negras de lo normal; nubes que habían cesado de llover pero prometían reiniciar sus actividades en cualquier momento. Solo conduje un par de cuadras, hasta que vi una estación de servicio muy parecida a aquella donde me había refugiado cuando los Eldritch aparecieron por primera vez.

La sucursal estaba vacía, pero no fuimos allí. Nos dirigimos en cambio a una casa enfrente, otro hogar con dos plantas en el que podríamos pensar. Sin embargo, este no estuvo vacío. Oímos los movimientos desde la distancia, al acercarnos a la puerta, e intercambiamos miradas.

Decidimos entrar a la fuerza de todas maneras. Porque necesitábamos entrar, y porque podíamos dialogar con quien estuviera adentro. Después de todo, así nos habíamos conocido nosotros. Pero no fue como lo planeamos.

La mujer que estaba adentro nos estaba esperando. Giramos la perilla de la puerta, que estaba sin llave como invitándonos; la figura de pelo largo ya nos apuntaba cuando abrimos y nos encontramos con la dama y su ballesta. No hubo tiempo para sorprenderse, mientras su

dedo se cerraba en torno al gatillo; Clay se cubrió hacia abajo, sacó su arma y disparo. La flecha voló sin lograr darle a nadie y la bala de Clay impacto justo en el blanco.

Ese no era un Eldritch, como las personas que habían intentado robarnos antes. La violencia parecía siempre más desgarradora en estos casos. La puntería de Clay había sido trágicamente certera, y ahora una mujer yacía muerta por su mano. Todos permanecemos paralizados unos momentos, intentando entender aquello que había pasado en apenas unos segundos. Pronto Clay dejó ir una gran bocanada de aire, y entró a la casa. Lo seguimos. Pasamos por sobre el cadáver y temí que pudiera convertirse en un monstruo de un momento a otro, pero no fue así.

La casa tenía al living cerca de la entrada, con un ventanal cubriendo la pared junto a la puerta. En el frente contaba con una cocina, a un lado estaba la salida a un patio y del otro había escaleras al segundo piso. De nuevo concentrado en la realidad, cerré las cortinas sobre los ventanales para que pudiéramos centrarnos y, antes de hacer nada más, le eché otro vistazo al cuerpo de aquella mujer con ballesta. No podíamos dejarlo ahí. Le pedí ayuda a Croft con una mirada rápida, y la sacamos de la casa. Pensamos en quedarnos con el arco, pero no había más flechas a la vista aparte de la que había disparado contra nosotros. Mientras volvíamos a entrar, Clara bajaba del segundo piso luego de una inspección rápida. Se detuvo en medio de las ruidosas, rechinantes escaleras. Se veía pálida. Se tomó la cara, mareada, y pareció amagar con vomitar, aunque lo soporto.

—¿Eh...? —Le pregunto Clay—. ¿Qué viste arriba?

—Era... Era una nena. —Clara miró hacia nosotros, parados junto a la puerta, por donde habíamos llevado a la mujer—. Debía ser su hija... Estaba tirada sobre una cama. Tenía la mitad del cuerpo brotado... tipo, deforme e inflamado con esa cosa negra. La madre debe haber tenido que matarla...

—¿Se habría infectado con el líquido negro? —Murmuró Clay, rascándose la nuca, indispuerto ante la imagen—. ¿Habrá entrado un deforme?

Croft parecía verse ansioso.

—Pudo haber sido eso... o el líquido pudo haber salido por la corriente de agua —dijo—. Lo negro no había llegado a la otra casa donde estuvimos, pero el agua de las canillas sí está saliendo negra. Justo... como dijo Henry que iba a pasar.



Nos reunimos todos alrededor de la mesa de la cocina de la casa; la presencia del cuerpo de la nena estaba temporalmente fuera de nuestras mentes.

—“Como dijo Henry”... —susurró Clay—. Entonces, ¿él tenía razón? —Pareció pensar un momento—. ¿Vamos... a morir hoy?

Clara bajó la mirada ante esto.

—Confió en que podemos vivir —murmuré—. Confío en que podemos seguir por nuestros propios medios.

—¿Qué viste, Nick? —Me pregunto Clara, serena, aun con la cabeza baja—. Cuando tuviste que irte antes de

llegar a ese edificio... Volviste creyendo en las palabras de Henry.

—Vi a Jack.

Mis palabras hicieron eco en la oscuridad silenciosa. Todos me escucharon con atención. Conté quién era Jack, pues solo Croft lo había conocido; conté cómo lo había seguido por las calles pero había resultado no ser él. Era ese hombre de blanco; ese hombre a quien no podía mirar de frente así como no podía mirar al círculo de la cocina.

—Esa... cosa me mostro imágenes, cosas horribles que pueden llegar a ser los Eldritch... Me dijo que se llamaban así, además... —Mi narración variaba de tono y velocidad, mientras racionalizaba y trataba de darle un orden por primera vez a los hechos que hasta entonces había tratado de ignorar en mi cabeza—. Me mostro a los Eldritch, me los mostro como un espejo. De nosotros. Creo que son invasores... Como un virus. No son de acá.

Todos me miraban en silencio.

Clay pareció intentar hablar, aunque su voz lo sorprendió siendo deshilvanada. Carraspeó, y lo intento de nuevo.

—Em, entonces, este líquido negro... es malo. No es de acá. Guau, esa mierda ya era obvia.

Clara suspiró.

—Hablamos con las sombras. Nos comunicamos con esas cosas. Podemos no entender qué convierte a la gente en monstruos, Eldritch, o cómo sea, ni entendamos nada de ellas. Pero hablamos con los seres... les dejamos claro que no vamos a resignarnos.

—Así que no podemos hacer eso. —dije.

—Sí —dijo Clara. Entonces miró a Clay—. Hay algo que quería preguntarte. ¿Qué quiso decir esa sombra... la que llevaba el uniforme militar?

—¿Eh? —preguntó Clay—. ¿Cuándo? —Clara parecía algo incomoda.

—Cuando te hablo de cerca... Cuando dijo que en la ciudad era como una droga, o... o algo así.

—No estoy seguro. Es algo que empecé a pensar desde que llegué a la Ciudad; que todo era muy perfecto, como que era raro —dijo Clay—. Era... como si la sombra hubiera leído mi mente.

—A mí también me dijo algo raro —dije, haciendo memoria—. Solamente debía tratar de inquietarnos.

—Sí —dijo Clara—. Debió ser eso. Yo viví acá toda mi vida sin notar nada raro.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Croft—. ¿Qué nos queda por hacer?

—Salgamos de la ciudad —propuso Clara—. Llegamos a la zona norte, estamos cerca de la frontera —Pareció dudar, temer haber sido demasiado audaz—. Digo, supongo...

—¡Sí! —apoyó Clay—. Es buena idea. Yo llegue a La Ciudad hace poco. Las puertas no están lejos.

—Y más adelante, la carretera —dije.

—¿Y creen que eso sea mejor que estar en la Ciudad? —dijo Croft—. Por más que acá no haya rescate, bueno...

Lo miramos unos momentos.

Clara levantó la vista hacia el segundo piso, donde estaba esa nena.

—Croft, yo no puedo seguir acá —dijo Clara—. Es... algo que decidí, pero voy a irme de este lugar. Este lugar está podrido. —La fuerza en su voz pareció bajar en las últimas palabras.

Croft solo miraba, mudo. Yo rompí el silencio.

—Eh... Como hablamos en la otra casa, ¿vamos a pasar la noche acá? Digo, la nena, eh, bueno...

Clay parecía estar por opinar algo, pero un trueno interrumpió su línea de pensamiento. El viento había corrido las cortinas y todos podíamos mirar hacia afuera.

Negro. Llovía negro. La sustancia maldita caía como inocente, natural, sin pausa, en un leve murmullo. La lluvia levanta una espesa niebla negra que cubrió la casa, dejándonos en un oasis en medio de la oscuridad. Fue como si todas las ventanas se hubieran polarizado a la vez. Por las ventanas, un perfecto negro. Y el sonido del caer de las gotas.

Ninguno abrió la boca.

Viendo este espectáculo impío, pasó el día. Agujas cruzaron el doce, y por un momento nos sentimos solos en el mundo, sin nada más por lo que preocuparnos, perdidos en esa oscuridad perfecta y su murmullo tranquilo.

Fue un leve momento, de pronto fin. Ahora solo necesitábamos hacer un último trecho. Hasta las puertas de la ciudad. Las Puertas.



-----  
>Clara: Perder el abrelatas.  
-----

La tormenta se detuvo luego de las doce. Ahora era el momento de salir definitivamente. Creíamos estar libres de la predicción de Henry.

Creíamos estar libres del destino.

Afuera, en las calles, el viscoso líquido negro fluía como un río. El pasto y los árboles estaban completamente cubiertos de negro, y el líquido aun fluía por las paredes de concreto y de madera. Nick se cubrió la herida que le había causado con el abrelatas, buscando evitar una infección, y nos dirigimos al auto. No estaba muy manchado; al parecer el líquido no se pegaba a las superficies lisas. Subimos y Nick partió, ahora hacia las puertas. Convencido de que la profecía de Henry decía que íbamos a morir mientras esperábamos a los helicópteros, abrumados por una congregación de monstruos, Nick había decidido separarse de los planes.

Pero algo me molestaba. Henry nunca había dicho eso. Henry me dijo que íbamos a morir infectados. Y yo no creía haber comunicado las predicciones mal. Sin embargo, no dije nada. Viajábamos en silencio. Aparte del motor, no había ningún otro ruido. Comprobé las cosas

que teníamos. Sabía que Croft y Clay tenían armas de fuego, pero no sabía si aún estaban cargadas. Nick tenía un cuchillo, y en la última casa yo había encontrado uno grande para carne como el que había estado buscando. Además de eso, todos llevábamos un fierro y un abrelatas, aunque solo el mío había probado ser útil. No estaba mal.

Todo era silencio. Pasamos más de diez minutos así, hasta que Croft habló.

—¿Que vamos a hacer después de salir? —preguntó, aun inseguro respecto a la idea—. No vamos a vivir en la carretera el resto de nuestras vidas...

—Vamos a buscar otra ciudad, algún otro lugar más seguro... —dijo Nick.

—Para mí, cualquier lugar con esas sombras va a ser igual —respondió Croft. Entonces bajó el tono—. Aparte... quizás ya no haya nada más allá afuera...

Nos miramos entre nosotros. Parecía improbable, pero no sabíamos nada del resto del mundo. Nick pareció pensar durante unos segundos.

—Acá empezó todo —dijo al fin. Encendió la radio del auto, buscando alguna señal que nos dijera algo.

Solo había estática. Nick empezó a subir las estaciones sin encontrar nada más que ruido en todos lados.

—Hay helicópteros de rescate en la ciudad, así que debe quedar algo allá afuera... al menos en las cercanías —nos aseguró Nick, mientras pasaba a bajar las estaciones. Al final pareció poder entenderse algo, pero había demasiado ruido de fondo para entender algo.

—Ah, excelente —gruñó Nick. Apagó la radio, y volvimos a quedarnos solo con el ruido del motor.

—Sí, tenes razón —dijo Croft, entonces—. Esto debe ser el ojo de la tormenta. “La Ciudad es el comienzo y será el fin”.

Nick no respondió.

—A estas alturas ya no importa —dijo Clay—. Si nos quedamos, vamos a morir. Lo que será, será.

—¿Cuánto falta, Clay? —le pregunté. Él había pasado por las puertas hacía poco.

—¿Eh? No mucho... —Se esforzó para ver por la ventana—. No más de quince minutos, diría yo.

—No parecía tan fácil salir hace unas horas... Debimos haber hecho esto antes. —Suspiré. Hice una pausa—. Así no habría muerto esa madre.

—Clara, no te sientas culpable. Salvamos mucha gente allá en la municipalidad —dijo Nick.

—¿Pero sirve eso de algo si de todas formas matamos a alguien?

—Clara, no podemos salvarlos a todos —dijo Nick—. No podemos siquiera intentarlo. Solo...

—Pero podemos intentar no empeorarlo —interrumpí, obtusa.

—No entramos con la intención de matarla —dijo Clay—. Créeme, no quería disparar. Pero ella nos atacó e hizo que fuera ella o nosotros.

—...Quizá debimos haber sido nosotros —solté—. Quizá debí ser yo.

Me hundi en el asiento. Apenas podía cargar con mis pensamientos. Esa mujer también había perdido a su familia a las mutaciones... Era como yo.

—Clara, sos muy importante —dijo Nick, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Si te hubiéramos perdido...

—Mi abrelatas es lo importante —dije—. Cualquiera puede usarlo, es solo que ninguno se anima.

Clay me miró, desanimado. Parecía tener muchas esperanzas en mí, como si yo fuera uno de los pocos hechos seguros que quedaban. Croft solo desviaba la mirada por ventana, y Nick miraba por donde conducía.

—Debería estar muerta.

Los demás se quedaron callados unos segundos.

—Clara... No es el abrelatas. Yo confié en vos —dijo Clay—. También nos salvaste a nosotros, ¿sabés?

—Henry podía ver el futuro. Sabía con quien se iba a encontrar, y ya nos conocía. Pero te dio el abrelatas a vos —dijo Nick.

—Sí —apoyó Clay—. Confiaba en que vos ibas a usarlo bien.

Apoyé los codos en mis rodillas y me refregué la cara.

Henry sabía. No había hecho nada al azar. Confiaba en mí.

Pero cualquiera podía tomar un abrelatas y usarlo para cortar. ¿De verdad tenía algo especial? No.

Solo había sido porque estaba cerca.

—Clara, bueno —dijo Nick—. Si te sentís presionada, podes pasarle el abrelatas a cualquiera de nosotros.

Levanté la mirada. Por el camino, a varios metros, apareció un letrero.

—> Laboratorio Químico Lagorod  
—> Ruta 00

Y más adelante, una salida. Nick giró a la derecha y entramos a un camino de doble carril.

Pensé en lo que había dicho Nick y miré a Croft.

—Croft, no te quedan balas, ¿no?

—Creo que gaste casi todos los tiros —dijo—. ¿A vos, Clay...?

—A mí todavía me quedan —Clay me miró—. ¿Estás segura?

—Sí. Tomá, Croft. —Le extendí el abrelatas—. Ya lo habías usado, de todas formas.

Croft lo tomó y se lo guardó en el bolsillo. Un rayo iluminó el cielo, y poco después escuchamos el trueno. Frente a nosotros estaban las montañas del borde de la ciudad. Un letrero apareció sobre nosotros.

—> Salida a Ruta 00

Croft suspiró de alivio.

A nuestra izquierda, las casas desaparecieron y dieron paso a un edificio cercado que se extendía por varios metros y del cual salían grandes chimeneas. Tenía las luces de afuera y de adentro encendidas, iluminando todo alrededor. Debía ser la fábrica Lagorod esa que decía el cartel; era enorme, y se extendía en la distancia. A la

derecha solo había un gran campo abierto que se perdía en la oscuridad de la madrugada.

—La compañía Lagorod —dijo Nick, con algo de orgullo—. Para ellos trabajo yo.

—Son bastante importantes, ¿no? —dijo Clay, pegándose contra su ventana—. Creo que son los únicos edificios que mantienen su energía.

—Sí, sus fábricas están por toda la ciudad —dijo Nick—. Algunos protestan por el humo que causan, pero yo trabajo para una de sus oficinas, no en una fábrica. Así que no puedo sentirme mal...

—De todas maneras, fíjate —dijo Clay, señalando hacia arriba—. Las chimeneas están apagadas.

—Sí, ya había notado eso. Me parece que todas se apagaron cuando empezó a pasar todo.

De pronto, Nick pareció tensarse.

—Ahí está. El túnel.

Miramos adelante. Aunque estaba lejos, la luz de la fábrica permitía alcanzar a verlo. Sin embargo, esa era la única fuente de luz. El túnel estaba en la oscuridad; todas sus luces apagadas como las de la calle. Nick mantuvo la velocidad, mientras nosotros esperábamos expectantes.

De pronto, Nick se inclinó hacia adelante y entornó los ojos para ver mejor.

Sus ojos se abrieron como platos, se irguió y frenó el auto. No tuvimos que preguntar qué pasaba; podíamos verlo. Estábamos a unos cien metros del túnel cuando nos bajamos del auto.

—Putra madre —dijo Nick.

Las luces del edificio y del auto revelaban la entrada del túnel. Allí, por dentro, había una gruesa reja. Completamente negra, estaba cerrada y bloqueaba el paso. Una puerta literal.

—¿Pero qué...? —dijo Clay, observando en confusión.

—Esto no puede ser cierto. Los túneles no son así... —dijo Croft. Nick empezó a correr hacia la reja y los demás lo seguimos.

Todos se acercaron a las barras, pero algo me detuvo. Me paré cuando estaba a algunos metros.

—¿Que pasa, Clara? —dijo Clay, notando que me había quedado atrás. Los otros también se giraron hacia mí.

—No... no quiero acercarme. Ese túnel... —algo estaba parándome. Algo extraño. Sentía algo raro desde que había visto el túnel, pero ahora que estaba tan cerca me sentía mal. Muy mal—. Deberíamos irnos —dije, mientras mi respiración se hacía un poco más agitada.

—No hay nada, Clara —dijo Clay, tratando de calmarme.

—¿Qué más da —dijo Nick—. Abramos esto y salgamos de acá pronto.

Los tres hombres se pusieron a agitar la reja. También la patearon varias veces, pero esta no se abría. Clay bajó la cabeza y miró al suelo.

—Por supuesto que no se va a mover. Las barras salen del asfalto —dijo, apuntando al piso.

—¿Qué mierda? —dijo Nick, agachándose. Se acercó a las paredes—. Salen del cemento... Es como si hubieran construido el túnel alrededor de la reja.

—Esto no tiene sentido. Esta reja no estaba cuando yo llegué a la ciudad —dijo Clay.

—¿La echamos abajo con el auto? —sugirió Croft. Pero yo aun no quería acercarme.

—Esa oscuridad no me gusta... —comenté, sintiendo ya miedo. Croft se giró hacia mí y luego hacia el túnel.

—Hey, es cierto. Es como si la luz no pasase de ese punto. —Croft señaló adentro del túnel. El auto no iluminaba tanto, pero se podía ver una línea marcada donde empezaba la sombra.

—Dios... —dijo Nick al verlo—. Clara tenía razón, este túnel está mal... mal...

—*Es una trampa, después de todo.*

Una fuerte voz invadió el lugar.

Al girarnos, el destino tomó forma frente a nosotros. De la calle surgieron partículas negras, y estas se acumularon hasta formar una nube negra que adquirió forma humana. Era una silueta de persona. Una sombra. En cuanto apareció, la calle se rodeó de gemidos, mientras una docena de deformes aparecían por los lados de la ruta, surgiendo desde la oscuridad y congregándose detrás de él. Los brotados no dejaban de surgir, llenando la calle.

—*Ya es suficiente* —dijo la sombra, con los alterados esperando tras él—. *Matar a uno de los nuestros, alterar el curso del tiempo. Sus poderes son demasiado peligrosos.*

Como por señal, una fuerte corriente de aire empezó a salir del túnel tras nosotros.

—¡Aléjense! —alcanzó a decir Nick. Pero era tarde. La negrura que reinaba dentro del túnel se agrandó, alcanzando el límite de las rejas y casi tocándonos. De su oscuridad saltaron brazos negros, más brazos de los que podía contar... Y atraparon a los demás, sujetándolos contra las rejas. Yo era la única que se había mantenido alejada.

—¡Clara, cuidado! —me gritó Clay.

—*Y vos, nena* —escuché.

Al darme vuelta, me encontré paralizada frente al mayor de mis temores.

—*Vos, en especial, trajiste caos.*

La sombra estaba mirándome a la cara. Y yo no pude hacer nada. No podía correr, no podía pelear, no podía pensar. Sin el abrelatas, sin el arma, yo no era nadie.

La sombra extendió su brazo y puso su larga mano alrededor de mi cuello.

—*Hablá. ¿Quién sos? ¿Por qué posees aquel arma?*

—¡No digás nada, Clara! —exclamó Nick—. Resis... — La sombra extendió su otro brazo hacia el túnel, como dando una orden. Enseguida, la oscuridad cubrió se extendió hasta cubrir la entrada del túnel, silenciándolo todo.

—*Respondeme* —ordenó entonces.

—N-No soy nadie... —logré responder. Pero la sombra afianzó su mano.

—*Los seguimos por el espacio. Observamos cómo tu arma era inmune a nuestros efectos y la seguridad con la que la usabas. Voy a preguntar de nuevo* —dijo,

acercándome a él—. *¿Quién sos? ¿De dónde sacaste el arma?*

Tenía que esforzarme para poder respirar. La sombra me miró de cerca, esperando una respuesta, pero no dije nada, no podía decir nada más.

—*Puedo enviarte al vacío hasta que quieras hablar. No tendría problema en esperar hasta el fin de los tiempos. Si me respondes ahora te voy a matar de inmediato.* — Entonces apretó aún más fuerte.

Empecé a perder la consciencia. Trate de zafarme, tomarlo del brazo, pero mis manos solo lo atravesaban como si fuera niebla. Había alcanzado el cuchillo de cocina en mi bolsillo, pero no servía.

—*¿Perdiste el arma? Ya veo. Estás indefensa sin ella. De verdad no sos nadie. Pero eso no te salva.* — Empezó a acercarme a él—. *Nos vemos en unos años.*

Con algo de consciencia aun, bajé mi mano al otro bolsillo... Y trate de dañar a la sombra con el abrelatas de Croft.

Pero me soltó antes de poder tocarlo, empujándome hacia tras. La sombra me sujeto de la muñeca, tomando el abrelatas. Con cuidado, acerco su otra mano y lo toco ligeramente.

—*Qué basura* —dijo, percatándose de que era falso. Lo lanzó a un lado y me miró. Me golpeó la cara con fuerza, haciéndome caer. Se postró sobre mí, poniendo sus manos entre mi cara y empezando a extender su negrura hacia mí. Quería absorberme. En eso, sin embargo, los sonidos del túnel volvieron.

—¿Que te crees qué hacés?! —grito Croft, mientras corría libre junto a Nick y Clay. Habían cortado la oscuridad del túnel con el abrelatas real.

La sombra atacó a Croft con su brazo, pero él lo cortó sin dificultad. De la sombra, el Eldritch, brotó vapor negro, y me soltó. Dio un paso atrás para alejarse de Croft, pero este fue tras él.

—¿Estás bien? —Me preguntó Clay, agachándose a mi lado—. ¿Clara...? —Asentí apenas con la cabeza, y le señale hacia adelante. Clay entendió y se levantó.

Los deformes venían por nosotros.

—Son personas comunes... no son muy fuertes ni muy rápidas —comentó Nick, hablando con prisa—. De todas formas... fue un gusto, chicos. —Y con eso, se posicionó entre las abominaciones y yo.

—Debí haberme ido a estudiar a Europa —dijo Clay, permaneciendo en su lugar y esperando que los monstruos lleguen. A unos metros de nosotros, Croft seguía cortando a la sombra con el abrelatas.

Y sobre el asfalto, en el suelo, me encontraba yo, sin poder hacer nada. Apenas respirando.

Cerrando los ojos, oí como Nick y Clay me protegían de la oleada de abominaciones. Los dos se mantenían alrededor mío mientras iban girando, cortando a lo que se acercara. Nick usaba su cuchillo y Clay disparaba su arma, pero apenas podían mantenerlos atrás.

La multitud de personas trastornadas avanzaban como un rebaño sin mente, atropellándose hacia adelante mientras Nick y Clay los empujaban. En medio de los forcejeos, Clay soltó un grito, aunque siguió peleando.

—¿Estas bien? —pregunto Nick, alzando la voz del otro lado del círculo.

—Solo fue un corte...

Empezó a sonar una risa que reverberó por el aire y empezó a desvanecerse. Cuando el sonido desapareció, Croft se sumó a la ayuda.

—La sombra se fue —explicó, mientras cortaba a uno de los deformes con el abrelatas. Entonces tres más aparecieron en su lugar, y retrocedió—. ¿Cuántos son? —Croft apenas alcanzó a decir eso antes de tener que ponerse en acción de nuevo.

—No sé, no pueden ser más de cincuenta —jadeó Nick—. Atacó al cuello. Pare... —Nick se calló mientras cortaba a una mujer mutada—. Parece debilitarlos —terminó.

—¿Es idea mía o parecen un poco... predecibles...? —dijo Clay.

—¡Clay, fíjate! —Nick corrió enfrente mío y atacó a uno de los monstruos que se había acercado a mí. Pude oír como líquido negro caía a centímetros de mi cara, y entonces abrí los ojos. Las abominaciones nos rodeaban y había muchos charcos de líquido negro en el suelo.

Intenté levantarme, pero ya no tenía fuerzas. Nick notó mi estado y soltó una maldición.

—Vamos... —dijo Clay—. Solo hay que resistir un rato más...

Pero no tenía caso. Noté que dentro de nuestro círculo empezaban a aparecer partículas negras.

—*Pierden su tiempo.* —La sombra se materializó desde el suelo, cerca de mí. *Confesá tus secretos, Clara. No puedes escapar del vacío.*

Croft se dio vuelta y atacó a la sombra con el abrelatas, pero esta se desvaneció antes de que Croft lo alcanzara.

—Sabe mi nombre... —balbuceé. Las manos empezaron a temblarme, y sentí un fuerte escalofrío. Eso no iba a salir bien...

Entonces, Nick soltó un grito. De todo lo que podía haber sucedido, vimos lo peor. Nick se había manchado el cuerpo con líquido negro, y... y había alcanzado su herida.

—No... —musité. Se había infectado por la herida que yo le había hecho. Lo había matado, había matado a Nick con el abrelatas.

—No —dijo Croft, sin poder creer lo que veía.

—Nick, no... —dijo Clay.

Y él me miro, por un momento. Fue como un golpe en el pecho. Bajé la vista al suelo... y me puse a llorar. No pude hacer nada más que eso. Ni siquiera podía mirarlo a los ojos.

Nick gritó una vez más, enfurecido. Se tiró contra los deformes y empezó a cortarlos como un salvaje. Derribó a varios, pero los monstruos empezaron a apilarse sobre él, y...

—¡Aléjense, hijos de puta! —gritó Clay.

Clay y Croft corrieron a ayudar a Nick, barriendo a las criaturas por detrás, tratando de alcanzarlo.

Pero solo alcanzamos a oír los gritos de dolor de Nick. Y los gritos al final se detuvieron. Entonces, los monstruos se giraron hacia Clay y Croft.

—Son solo diez, son solo diez... —dijo Clay, tratando de calmarse.

Empezaron a golpear contra esos monstruos, retrocediendo hacia mí. Derribaron a dos y siguieron con el resto. Luego fueron tres y cuatro. Por un momento pareció que lo iban a lograr. Entonces... los pasos.

—¿Qué es eso? —dijo Croft, dando un paso atrás y mirando más allá de los monstruos.

—¿Qué cosa...? —Empezó a decir Clay, pero se quedó atónito. Atrás del grupo, una persona se alzaba por sobre las otras, dando pasos fuertes y ruidosos mientras sonreía. Era un gigante jorobado, y su cara parecía severamente dañada, incongruente... Cómo si dos cuerpos, o más de dos, se hubieran derretido en uno solo. Nos doblaba en altura, fácil, y sus pasos largos lo hacían avanzar más rápido que las otras abominaciones.

—Clara, corré. Levantaté y corré —dijo Clay, mientras levantaba su pistola.

¿Pero yo? Todo lo que hacía yo era llorar como una tonta, sin hacer nada.

Recordé cuando Nick volvió al edificio luego de su visión. Recordé cómo me había creído antes que todo el resto...

*Te creo.*

Oí los disparos y volví a la realidad. Croft me había alzado y estaba alejándose de las abominaciones que

quedaban. Mientras tanto, Clay le disparaba al gigante en los pies, tratando de hacerlo caer.

—Clara, por favor. Movete. —Me dijo Croft. Apoyando los pies en el suelo, empecé a caminar con dificultad.

Croft pudo dejarme, y se giró a enfrentar a las abominaciones. Entonces oímos el fuerte golpe del gigante a caer contra el suelo. Se desplomó frente a Clay, y este corrió a ayudar a Croft. Pero el gigante lo alcanzó con su largo brazo, sujetándole un pie. Con un movimiento, alzó a Clay en el aire.

*Mi abrelatas es lo importante*, había dicho en el auto. Pero Clay había respondido otra cosa.

*Clara... No es el abrelatas. Yo confié en vos.*

Croft mató a los tres deformes que quedaban. Mientras tanto, el gigante se arrastraba hacia nosotros, con la misma sonrisa todo el tiempo. A su lado se encontraba el cuerpo de Clay. Permanecía inmóvil, quieto sobre un charco negro, aunque este empezaba a tornarse rojo. Atrás suyo yacía el cuerpo negro de Nick.

—¡Estamos libres, Clara! ¡Hay que escapar ahora! — Croft corrió hacia mí y me volvió a tirar del brazo derecho. Pero yo no me movía, miraba el cuerpo de Clay sobre el asfalto—. Hay que llegar al auto, Clara. Por favor, antes de que vuelva...

Como si eso me hubiera dado mi señal, corrí la mirada y miré hacia un punto vacío en mi izquierda. Era como si ese punto me alcanzara. En efecto, pronto ese lugar se cubrió de puntos negros... y la sombra se materializó allí mismo. Croft me soltó y levantó el abrelatas.

—*Podieron con todo. Son persistentes*—dijo la sombra, Croft mirándola fijamente—. *Podemos terminar con esto rápido si empiezas a hablar, Clara. O podemos seguir. Todavía no terminé.*

Croft corrió hacia la sombra, pero fue como la vez anterior. Esta se desvaneció en el aire.

Entonces, los monstruos empezaron a moverse de nuevo. Como títeres, se levantaron del suelo a pesar de que los cuerpos de muchos fluían sangre. El gigante se puso de pie. Aunque torpe, se dirigió hacia nosotros junto al resto.

Croft cayó al suelo de rodillas. En su rostro había una expresión de horror. Se refregó la cara con las manos y sacó la pistola que traía. La lanzó a mis pies, y volvió a alzar el abrelatas.

—Henry tenía razón. Tenía toda la puta razón. No escapamos del destino.

Contemple la pistola unos momentos, aunque las lagrimas apenas me dejaban verla.

—Podemos correr, tomar las llaves del auto y salir de acá —empezó a decir Croft. Los monstruos no dejaban de acercarse a nosotros, arrinconándonos contra la pared de la fábrica—. Pero nos alcanzarían de todas maneras. Nos alcanzarían aunque Henry hubiera estado acá.

Levanté la pistola, apuntándola a mi cabeza con el dedo en el gatillo. En ese momento comenzó a sonar un pitido agudo.

Croft se encaminó hacia las abominaciones reanimadas. Hice presión en el gatillo.

Pero, a fin de cuentas, no podía jalarlo. Ni siquiera podía hacer eso. Ni siquiera podía ocuparme de mí misma. Y con eso tiré el arma a un lado. Me derrumbé en el suelo y empecé a refregar mi cabeza contra el asfalto, frustrada.

Oí los gritos de Croft, pero no duraron mucho. Tras eso, las abominaciones vinieron por mí. Iba a morir sola, algo que me había aterrado toda mi vida. Morir sola.

Me dolía la cabeza.

El pitido no dejaba de sonar. Si fruncía los ojos, parecía que había vuelto a ser una nena de nuevo. Si fruncía los ojos, parecía que la ruta se convertía en una iglesia.

Había ido a una iglesia de chica. No había ningún ruido, y el sol brillaba en lo alto.

Pero las abominaciones me seguían hasta ese lugar. La sombra también estaba ahí, liderándolas, y se acercaban hacia mí. Empecé a pedir ayuda, desesperada. No sé a quién rogué; no recé al dios cristiano, no recé al dios griego ni a ninguna divinidad. No podía pedir ayuda a Henry ni a nadie más. Porque estaba sola.

El pitido se hacía más fuerte. El dolor se hizo insoportable, y me puse en posición fetal.

—*¿Por qué tenes esa arma?* —preguntaron.

—Me la dieron sin saber lo que era —respondí.

—*¿Quién te la dio?*

—No importa. Está muerto.

—*Ya veo. Pensé que eras alguien. Me equivoqué.*

En medio del dolor, abrí los ojos y miré hacia arriba. El gigante estaba entre las abominaciones que me

rodeaban. Estaba mirándome, sin ninguna expresión. Intenté escapar a los brazos de mi madre, pero no pude. Intenté esconderme en el fin de los tiempos, pero no pude. Intenté empezar mi vida de nuevo, pero no. No podía irme de ahí.

¿Ese era mi destino?

—*Morí.*

El gigante levantó su brazo y lo dejó caer. Cerré los ojos y, antes de sentir algo más, la oscuridad pasó a ser blanca.

Un hermoso, profundo blanco.



—Ella, ¿qué te paso? ¿Por qué estas llorando?

Mi mamá encendió la luz de mi habitación y se acercó a mi cama. Ahí estaba yo, llorando desconsoladamente.

—¿Tuviste una pesadilla? —pregunto mamá. Sin poder hablar debido al llanto, asentí con la cabeza. Mi mamá extendió los brazos hacia mí y me abrazó.

—Tranquila, tranquila. Ya paso.

En ese entonces solo tenía ocho años. Solo era una nena.

Luego de unos minutos, por fin pude dejar de llorar. Para ese entonces, mis lágrimas ya habían empapado mi pijama y mis sábanas.

—¿Estás mejor? —me preguntó.

—S-Sí —tartamudeé.

—¿Podes contarme qué pasó? —dijo mamá, mientras se sentaba a mi lado en la cama. Todavía me dolía la cabeza, así que tarde un momento.

—Soñé que... que... —Respiré hondo, mientras trataba de recordar sin ponerme a llorar de nuevo—. Soñé que nos moríamos.

—¿Nosotros?

—Sí... Y mucha gente más... Por todos lados, y al final... —Sentí un dolor en el pecho como el que había

sentido mientras soñaba. Aun escuchaba aquel pitido —. Al final nos alcanzaron... Los monstruos... y nos mataron.

—Por Dios... —dijo mamá, más preocupada—. Tranquila, bebe, solo fue un sueño. No fue real...

—Parecía demasiado real...

—Pero ya pasó. Ahora estas acá, conmigo, ¿no?

—Sí.

—Bien... ¿Quieres que duerma con vos esta noche? —preguntó, y yo asentí con la cabeza. Mamá se levantó y apagó la luz.

El corazón empezó a latirme con más fuerza. La oscuridad me recordaba mucho a la pesadilla, pero el miedo no duró mucho. Yo era una nena valiente; ya empezaba a olvidar la pesadilla. Ningún miedo duraba mucho en la ciudad. Mi mamá no tardó en volver y acostarse a mi lado. La abracé y ella hizo lo mismo.

—Pero solo va a ser por hoy, no quiero que te malacostumbres —me advirtió. El dolor de cabeza empezó a aliviarse, y no tardé en quedarme dormida de nuevo.

Estaba en la sala de clases, sentada en mi mesa. La profesora enseñaba algo, pero yo estaba confundida. No recordaba cómo había llegado ahí. Miré mi cuaderno; tenía algunas cosas escritas.

De pronto, recordé todo lo que había pasado.

No, no. Sacudí mi cabeza. ¿Qué había sido eso? Yo parecía mucho más grande. Pero yo solo tenía ocho años.

Mamá me había llevado a la escuela después de dormir con ella.

Miré alrededor de la sala. La mitad de los chicos estaban escribiendo, la mitad estaba en otra cosa. Y desde afuera, los sonidos de la ciudad.

Miré el reloj blanco que había sobre la pizarra. Eran las 04:43 de la tarde. Había algo en ese reloj. Seguí mirando fijo hasta que el segundero pasó al siguiente minuto. 04:44 con dos segundos, con tres segundos...

Con cinco segundos... Nueve... Diez...

Empecé a ponerme tensa.

Once... Doce...

Doce...

Doce, doce, doce, doce, doce.

No avanzaba más. El segundero pasaba al trece, pero volvía atrás una, y otra, y otra vez.

Y recordé mi pesadilla. Todo. El círculo transparente en la cocina. Las aves volando por el cielo. A mí misma, parada frente a mi reflejo. La lluvia negra. Las sombras del más allá. Por un momento sentí estar allí, y miré atrás y vi a Clay, Croft y Nick que me observaban expectantes.

Esta vez, el dolor de cabeza volvió con más fuerza que ninguna otra cosa que hubiera sentido en mi vida. Dolorida, caí sobre mi mesa.

Dolorida, caí sobre el pasto.

Dolorida, caí sobre el asfalto.

Caí sobre la arena, sobre el piso de mi casa, sobre mi cama, sobre una roca de las vacaciones en el sur, sobre el sillón de la tía, sobre el escenario del teatro, sobre un

charco con agua, y tres metros más atrás y tres metros más adelante y en todos los lugares de todos los momentos de mi vida.

Y mamá trató de calmarme, mis hermanos trataron de calmarme, los abuelos trataron de calmarme, mis amigos, mis profesores, mis compañeros, la gente de la calle, mis familiares, los presentadores, los de la fiesta, el cumpleaños, Clay, Croft, Nick, Henry. Ninguno pudo hacer nada. Ninguno logró hacer nada. El dolor solo se hacía más grande, así que me escondí de todos los ruidos, de todas las luces, donde ya no pudiera sentir dolor ni nadie me pudiera hacer nada.

Me escondí en el final de mi vida. En mi último segundo.

Me escondí en el hermoso blanco infinito, donde solo podía estar yo.

Entonces, el dolor pasó. Me quede ahí, sola en mi propia consciencia, sin nadie que me molestara ni me obligara a lastimar o a matar.

Al menos, eso pensé al principio.

—¿Quién sos? —dijo alguien. No conocía la voz, apenas podía entenderla. Parecía modulada de forma extraña; era aguda y grave a la vez. Solo podía identificar que se trataba un hombre.

Di media vuelta... y allí estaba. Pero no podía verlo. Sabía que estaba ahí, pero no podía mirarlo de frente.

Junto a nosotros se encontraba el túnel negro. Era un agujero oscuro en medio de mi blanco perfecto. Mi santuario se había corrompido. El dolor volvió. Ya no podía esconderme ahí.

Escapé y volví a mi niñez, donde había dejado.

Podía olvidarme de todo y seguir con mi vida. Estaba a salvo si seguía normalmente.

*Doce...*

Trece, catorce, quince.

Ese día volví a casa y abracé a mamá. Todo estaba bien.

Pero a la noche volví a tener la pesadilla. A soñar con ellos. No podía olvidarlos.

Aun así, al día siguiente me levanté y fui a la escuela. Viví un día normal. Y al día siguiente hice lo mismo. Estaba volviendo a vivir mi vida. Ahora sufría de dolor de cabeza crónico y tenía pesadillas todas las noches, pero podía manejarlo. Podía seguir así. Había escapado del vacío.

Podría continuarlo hasta que llegaron mis veintidós, hasta que tuve mi cumpleaños en el día anterior a la catástrofe.

Debido a esa cercanía, nunca había podido olvidar la fecha. Deseé que no llegase nunca, pero ahí estaba.

Entonces volví aún más atrás, a los cuatro años, buscando escapar. No podía pasar mi veintidosavo cumpleaños; me daba un miedo horrible. Llegar al día en que había conocido a Henry. Él tenía la culpa de todo.

¿Por qué había hecho eso? ¿Por qué me había dado el abrelatas a mí?

Mientras volvía a crecer, busqué otra salida. Mejoré mis notas en la escuela, tratando de irme a estudiar a otro país, a otra ciudad. Pero no se podía. Era imposible hacer ciertos cambios. Cuando lo intentaba, volvía atrás

exactamente a como estaba en mis recuerdos. Estaba confinada por las posibilidades de mis recuerdos. Y así iba creciendo.

No importaba lo que hiciera, siempre volvía al mismo lugar. Al mismo momento en el túnel, a la misma muerte.

Intenté salvar a Henry. Era imposible. Intenté seguir por el norte y subírnos a un helicóptero. Era imposible. Intente ir al túnel antes de cuando había pasado; la reja ya estaba en su lugar, y la sombra, esperando.

Hiciera lo que hiciera, mi destino era el mismo. No podía escapar de esa suerte.

Mi vida llegaba hasta ese día. Podía volver atrás pero solo podía hacer lo que me llevara a ese momento. Estaba encadenada, atrapada para siempre.

Todo por culpa de Henry. Me había quedado atrapada ahí. Había terminado mi vida a los veintidós años, y estaba obligada a seguir el mismo destino, siempre. Sin ninguna razón.

¿Por qué? ¿Por qué?

—Porque estas atrapada en el tiempo.

Me giré a verlo. La persona que había escuchado en mi espacio blanco, un siglo atrás. Estaba allí, aunque seguía sin poder verlo.

Junto a nosotros se encontraba el túnel negro. Un agujero oscuro en medio de mi blanco perfecto.

—¿Atrapada? —pregunté. Y el hombre empezó a explicar.

Una larga explicación que, sin embargo, me resultaba familiar. Mientras me hablaba, con ritmo seguro y calmado, mi mente iba dándose cuenta.

Estaba leyéndome el fragmento del diario que había encontrado en mi bolsillo. Ese hombre estaba diciéndome las mismas cosas que estaban en el diario de Henry.

—Se le llama transhumanismo. Un proceso que sucede cuando dos mundos hacen contacto —explicaba el extraño, mientras seguía hablando y llenando los espacios entre el fragmento del diario.

Yo creía empezar a entender, aunque a la vez parecía algo que estaba más allá de mí.

—El transhumanismo puede terminar creando personas atemporales, como somos vos y yo. Este cambio es grande e importante, claro. Por lo que llama y guía retroactivamente a su persona en el pasado hasta él. Esto puede mostrarse como un deja vu, que es un desliz en el tiempo, o como sueños continuos. Sueños del futuro. Cualquiera persona que tenga el potencial de la atemporalidad va a seguir ese camino de una u otra forma. Una persona atemporal se crea a sí misma, y esa es su limitación fundamental. No puede cambiar el pasado para no crearse. Está obligada a ser.

El hombre hizo silencio por un momento.

—Moriste a la vez que lograbas trascender el tiempo. Solo el futuro puede cambiarse sin restricciones. La vida que ya viviste es algo en lo que siempre vas a estar atrapada. Podes ser inmortal por veintidós años.

—No. No puede ser... No entiendo lo que estás diciendo.

—Sabes que tengo razón. Ya intentaste cambiar el pasado.

Me dejé caer al suelo. Dirigí mi vista al túnel. Permanecía ahí, estático, sin cambiar.

—Aquella es la Puerta. Es por donde los Eldritch están invadiéndolos, expandiendo el vacío.

—¿Por qué estas acá? ¿Quién sos?

El hombre se encogía de hombros. Era como si le estuviera dando el sol, aunque no había sol. No podía centrar la vista en él.

—Ya no importa —dijo—. Traté de advertirles, pero llegué muy tarde. ¿Sabes? Creo que los Eldritch usaron tu ciudad como lo hicieron con la mía. Creo que la usaron para atraer a tantas personas como les era posible... Pero supongo que eso ya no importa.

Yo apenas estaba escuchando. Contemplé mi situación. El vacío que tanto temía ya me había alcanzado; había llegado en la forma de mi propia muerte. Estaba atrapada en el tiempo, en mi propia consciencia. Mi reloj ya no podría avanzar.

Me sentí abrumada. Sentí que la depresión de mis días finales volvía a mí. Había evitado los dos últimos días para evitar caer en ella y recuperarme, pero, al final, era lo único que realmente me quedaba.

Pero sí descubrí cosas. Podía experimentar toda mi existencia. Repasar mis cambios de ánimo y personalidad. Podía ser la niña inocente de ocho años y la mujer de veintidós al mismo tiempo. Podía ser la yo alegre y la yo deprimida. Me di cuenta de que había algo raro con la ciudad.

Cuando vivía mi vida, cuando estaba con mi mamá y mis hermanos, era feliz. Incluso cuando pasaban

tragedias, era feliz. Entonces volvía a mi blanco, y la depresión volvía. Era como si no se pudiera estar triste en la Ciudad. Casi parecía que cuando sucedió la catástrofe fue la primera vez que tuve libertad de estar triste... Justo cuando se apagaron las fábricas. No entendía que quería decir todo, pero esas eran las cosas de las que podía darme cuenta.

De todas maneras, a fin de cuentas solo volvía al final del camino.

La sombra me había atrapado en el vacío. Si trataba de revivir el momento, hablarle sobre el abrelatas en cuanto me lo preguntaba... solo me llevaba al mismo destino.

Ese era su vacío.

Me levanté y caminé hacia el túnel. Era un círculo negro flotando en el aire. Al acercarme sentí que mi mano se veía arrastrada en un anillo alrededor de él. Extendí mi mano, ya sin miedo de nada. Como Nick en sus momentos finales, había perdido la consideración de mi propia vida.

Pero no toqué nada. Extendí mi mano al interior del agujero, pero no había nada.

—Esa puerta pertenece a los Eldritch —explicó el hombre—. Solo ellos pueden manipularla, y ellos controlan quién pasa. Podes saltar adentro, pero nunca vas a alcanzar el otro lado si ellos no lo permiten.

Pase la mano por el agujero, viendo como distorsionaba la luz, y pensé un momento. Entonces me giré hacia el hombre.

—¿Por qué no pasan ellos? ¿Por qué no me invadieron nunca?

—Supongo que no les interesa. Después de todo, ya dejaron el vacío.

—No... —musité—. No puede ser eso...

Lo miré, usando toda mi voluntad, y pude verlo con más definición. Era un hombre adulto y muy pálido. Usaba ropas blancas y tenía los ojos entrecerrados, esforzándose por mirarme entre toda la luz que causaba el blanco de ese lugar.

—No es eso —repetí.

Cuando traté de pasar por la Puerta ellos no me habían dejado. Es decir que había algo del otro lado. Que no estaba vacío. Eran ellos los que trataban de evitar pasar a este lugar. Este lugar no era el vacío.

Entonces lo entendí todo.

—Nunca fue eso. No estoy atrapada acá.

Todo calzaba perfectamente. Ya no era la yo deprimida. Era la yo inteligente. No, era la yo epifanía. No, en realidad era la yo que por primera vez podía entenderlo todo. La razón de los Eldritch, del nosotros, de la Ciudad. Miré hacia el hombre de blanco.

—Me llamo Ella Clara. Recordá ese nombre —dije, determinada—. Voy a arreglarlo todo.

—¿Eh? —dijo el hombre, perdiendo la compostura—. ¿C-Cómo? Vos...

—Observa.

Podía controlar el flujo del tiempo de mi vida. Podía ver cada posibilidad. Cada elección dentro de elecciones,

cada imprevisto. Por unos momentos pude dejar de temer lo que Croft, Clay y Nick llamaban el destino, pues ahora yo era el destino. No podía cambiar el pasado... evitar que llegase el momento del túnel... pero podía decidir el futuro. Solo tenía que encararlo.

Volví al día anterior a que comenzara todo. Era mi cumpleaños número veintidós. Volví a mi casa, y mamá y mis hermanos estaban ahí.

—Mamá —dije, entrando a la cocina. Ella se giró hacia mí.

—¿Qué pasa, hija?

La miré por un momento.

—Te quiero.

Mamá me sonrió.

—Yo también, bebe.

—No importa lo pase, te voy a seguir queriendo. Recordá eso, ¿sí? —le dije. Mi vista estaba nublándose de nuevo

—¿Por qué estás diciendo esto? —me pregunto, preocupándose—. ¿Pasó algo?

—No. Pero por si pasa algo... recordalo.

Mis hermanos menores entraron a la cocina. Me acerqué a ellos y los abracé.

—Eh, hey, ¿qué pasa? —preguntó Roberto, el mayor de los dos.

—Ya me escucharon, par de pesadillas. Lo mismo va para ustedes —dije, apretando el abrazo.

Quería que supieran cuantos los quería. Al día siguiente iban a transformarse, y no podía saber si les

quedaba algo de consciencia mientras me atacaban. Quería que supieran que los iba a amar igual.

No podía salvar a nadie. No había un camino alternativo para eso. Todas las muertes eran necesarias, el dolor era lo que me había dado esa oportunidad. No podía negarlo.

Volví al día en que conocí a Henry, y le dije que confiara en mí. Que ya lo estaba arreglando, y él entendió. Fue entonces que agregó el detalle de que íbamos a morir bajo una agrupación de monstruos.

Y así fue cómo Nick supo que ese iba a ser nuestro fin. De mi vino la información. Yo había causado todas las contradicciones.

Pude leer el diario de Henry. Vi la página en la que estaba escrito todo lo que me había recitado el hombre de blanco. ¿Cómo podía ser?

Henry había visto el futuro después de su muerte. Había creído que él debía sobrevivir, pero no era así. Lo que vio había sido mi futuro.

Solo una de sus predicciones iba a ser falsa: no íbamos a morir.

Entonces llegué al ahora. Al límite del pasado.

Clay, Croft, Nick y yo estábamos agrupados en un círculo. Yo estaba de pie junto a ellos. Los deformes nos arrinconaban, apretándonos contra la ruta. La sombra los lideraba y, tras ellos, iba el gigante.

—No soy nadie, Eldritch—dije, explicándole. Ahora había una diferencia. Llevaba el abrelatas en mano. Empecé a acercarme a él—. Matame de una vez.

Clay susurró mi nombre, confundido.

Por orden del Eldritch, el gigante levantó su brazo sobre mí y lo dejó caer con toda su fuerza.

Entonces, de vuelta al blanco. De vuelta con el hombre de ropas blancas, y de vuelta a la Puerta de los Eldritch.

—¿Qué es eso...? —dijo el hombre de blanco. Ahora su voz sonaba normal. Mientras más tiempo pasábamos juntos, más parecía acostumbrarme a él, y su visión se hacía más clara.

El hombre de blanco se esforzó por mirar hacia mí; el fulgor del abrelatas lo enceguecía.

—Traigo un regalo desde el otro extremo del tiempo. La razón por la que los Eldritch no vienen acá. Este abrelatas es este lugar, este lugar los quema, los *vaporiza*. Este objeto es la razón por la que el infinito es un blanco brillante.

Me giré de vuelta hacia el agujero.

—El reloj de mis memorias tiene el mismo fuego, mi casa tiene el fuego, mi cuerpo tiene el fuego. Dijiste que se llamaba transhumanismo, ¿no? Todas esas capacidades no me sirven sin un punto donde converger. En la punta de este abrelatas converge la llama infinita de todo este lugar.

Acerqué mi brillante abrelatas a la Puerta, a unos centímetros de ella. La luz del abrelatas no se deformaba. No. Ahora era la Puerta la que se deformaba alrededor de él.

—Un abrelatas abre agujeros. Pero me parece que voy a ir más allá de eso. Voy a revertir el flujo del tiempo, y cerrar las Puertas para que no se abran nunca. Con este abrelatas cortó el nudo del tiempo —declaré, triunfal.

Enterré el abrelatas con fuerza, al tiempo que una fuerza trataba de empujarme. Pero mantuve el lugar, y pudieron oírse los gritos de los Eldritch. Mi reloj empezó a retroceder. Las 04:44 con doce segundos, con once, con diez, con nueve...

El blanco infinito empezaba a desaparecer.

—¿Cuál es tu nombre?—grité al hombre, apenas logrando escucharme a mí misma.

—Apenas lo recuerdo. Pero sé que alguien, hace mucho tiempo, me llamo Walter.

—Walter... Gracias por tu ayuda.—Le sonreí, y me volví hacia el agujero.

Empecé a mover el abrelatas en sentido anti horario. El agujero empezó a cerrarse, al tiempo que el abrelatas se oxidaba y se dañaba.

Tres segundos, dos, uno; 04:42. Cincuenta y nueve segundos, cincuenta y ocho, cincuenta y siete...

El líquido negro empezó a brotar desde el agujero, y llego hasta una de mis heridas, infectándome. Pero ya no importaba. A esas alturas no podía hacerme nada.

Cuarenta y seis, cuarenta y cinco, cuarenta y cuatro...

Con un último esfuerzo, termine el giro completo en el agujero.

Y este se cerró, llevándose consigo a Walter y a todo el resto del blanco.

Y volvimos a la realidad.

Los cuatro estábamos tirados en la ruta. Croft se levantó primero, adolorido y confundido, y miró alrededor.

Los deformes que habíamos derribado, junto con el gigante, seguían en el suelo, inertes una vez más.

—Clara —Croft vio que me movía y empezó a sacudirme, aunque apenas podía abrir los ojos—. Levantate, rápido.

Seguí la mirada de Croft y vi a la sombra. Se encontraba en medio de todos los cuerpos, moviéndose de forma extraña. No nos prestaba atención.

Apreté mi mano y sentí el abrelatas. Cuando abrí el puño, solo había polvo oxidado, que se deshizo entre mis dedos.

—Dios, no... —dijo Croft. Sin embargo, al mirar de nuevo a la sombra pareció despreocuparse.

El Eldritch trataba de mover a las abominaciones, levantando sus brazos como un director de orquesta. Pero estas no se movían. Las habíamos matado y la sombra ya no podía reanimarlas.

Cerca de ellos, los charcos negros se evaporaron, siendo reducidos a un vapor que se dispersó en la atmosfera.

La sombra se dio vuelta hacia nosotros, y creí que me miró a los ojos. Sostuvo la mirada durante unos segundos, y entonces dio un paso atrás. Alejándose de las luces de la fábrica Lagorod, la sombra se desvaneció entre la oscuridad.

—¿Qué fue eso...? —dijo Clay, que se había levantado y había presenciado toda la escena. Soltó un quejido —. Me duele la cabeza...

—¿Qué pasó? Siento que soñé con algo, pero... —dijo Nick, confundido, esforzándose por recordar. Me miró a mí, como pidiendo una explicación.

Pero yo tampoco recordaba. Mi registro de esa noche no tenía sentido; estaba fuera de orden. Recordaba que había sentido que todo era claro como el agua, pero mi cabeza ya no era más que una maraña inentendible.

Pero el dolor y el pitido se habían ido. Para siempre. Había vuelto a ser la yo de siempre. Me sentía deprimida, pero a pesar de eso, estaba bien. Sentía que el mundo volvía a tener sentido. Que era alguien. Me había recuperado un poco...

—Tu abrelatas, Clara... —dijo Clay, señalando la pila de polvo a mi lado.

—Oh... Sí, no creo que lo necesitemos más.

Estábamos a salvo, al fin. Nick se puso de pie y miró alrededor. Se giró a ver el túnel. El techo parecía haber sufrido algún colapso, y se había derrumbado. El túnel estaba cubierto de escombros.

—S-Supongo que vamos a tener que buscar otra salida... —dijo, palideciendo—Yo no quería más preocupaciones.

—Descansemos —dije, sin intenciones ni ganas de ponerme en movimiento—. Solo por un momento...

Ninguno protestó. Nos quedamos cerca del auto, sintiendo el aire fresco. Las nubes parecían dispersarse poco a poco, y los truenos habían cesado. La oscuridad de la madrugada era tranquilizadora.

Entonces empezamos a escuchar los aleteos. Un ruido familiar. Giramos la cabeza y vimos a los helicópteros que se acercaban por el aire.

—Tiene que ser una joda —dijo Croft, casi riendo. Esos eran los helicópteros a los que íbamos a seguir conduciendo en dirección contraria; y ahora los habíamos encontrado. Croft se subió al techo del auto, llamando su atención. Los helicópteros descendieron hacia nosotros. Y todos subimos con gusto.

Mi mente empezaba a aclararse. El rescate había llegado después de morir, como había predicho Henry.

Pasamos por sobre las montañas, dejamos la ciudad y salimos al campo abierto. Éramos la única luz en todo el cielo, pero ya no me aterraba. No temía a la oscuridad ni a las sombras.

No podía cambiar lo que ya había pasado, cambiar las muertes de mi mamá, de mis hermanos, de Henry, de los hombres que invadieron nuestra casa, de esa madre. Pero no habían sido muertes en vano.

Me había prometido no llorar hasta salir de la ciudad. Pero ahora estaba libre de cualquier peso. Llorar no iba a

convertirme en la chiquilina de hace unos días. Estaba en paz.

Mientras me descargaba, pude escuchar como el piloto nos explicaba alguna cosa. Que habían analizado el líquido negro y parecía ser inestable, pudiendo decaer rápidamente en cualquier momento. Justo como había pasado en la ruta. Solo podíamos esperar que toda la gente alterada desapareciese por sí misma.

Pronto pude parar de llorar. Nick vino a sentarse cerca de mí y quedamos en silencio por unos momentos.

—Clara. ¿Sabés que pasó en verdad?

—No —susurré. No era mentira.

—No sé si lo soñé o fue verdad, pero me pareció que hiciste algo... con el gigante, no sé.

—Sé que hice algo —dije—, y en su momento me pareció claro, pero ahora apenas recuerdo... Quizá mañana, luego de dormir, me aclare.

Croft soltó un bostezo.

—Yo voy a dormir un día entero. Estoy agotado... —y nos contagié el bostezo a todos.

—Sí —dije—. Supongo que sí...

Luego de unos días logré comprender todo una vez más, pero no se lo dije a los demás. No quería que recordasen sus muertes. Por lo demás, creí entender que la sombra había quedado atrapada acá. Pero ya no tenía poder.

Mientras viajábamos en el helicóptero y bostezábamos, miré por la ventana. Oscuridad total en todas las

direcciones. Empezó a darme sueño, a pesar del ruido del motor. No hice esfuerzo alguno por mantenerme despierta. Ahora estábamos a salvo. Nosotros y la humanidad. Cerré los ojos tranquila. Ya no era el destino. Había perdido el poder, pero no me importaba. Luego de vivir un siglo, por fin podía seguir con mi vida.

Y luego de un siglo, dejé de soñar con ese día en la ruta.

Fuimos liberados del destino. Fuimos liberados de cualquier comando. Soñé con el blanco infinito.





⇒



*“...Aunque es imposible eliminar la entropía de todo el universo, es posible hacerlo en regiones locales, como somos nosotros.*

*Comprender lo que sucede entonces es increíblemente difícil debido a la forma en que nuestro cerebro opera. Para entender, son necesarios un*

*lenguaje y forma de pensar nuevas que no posean los conceptos de ‘pasado’ ‘presente’ y ‘futuro’. Hablar de ‘había’, ‘hay’, ‘habrá’ y los demás tiempos verbales carece de sentido. Para la mente humana, se percibe una ‘fuga de tiempo’, en que información del futuro pueden filtrarse al pasado, permitiendo a un observador...”*



==>

Agosto del 2013 — Noviembre del 2015